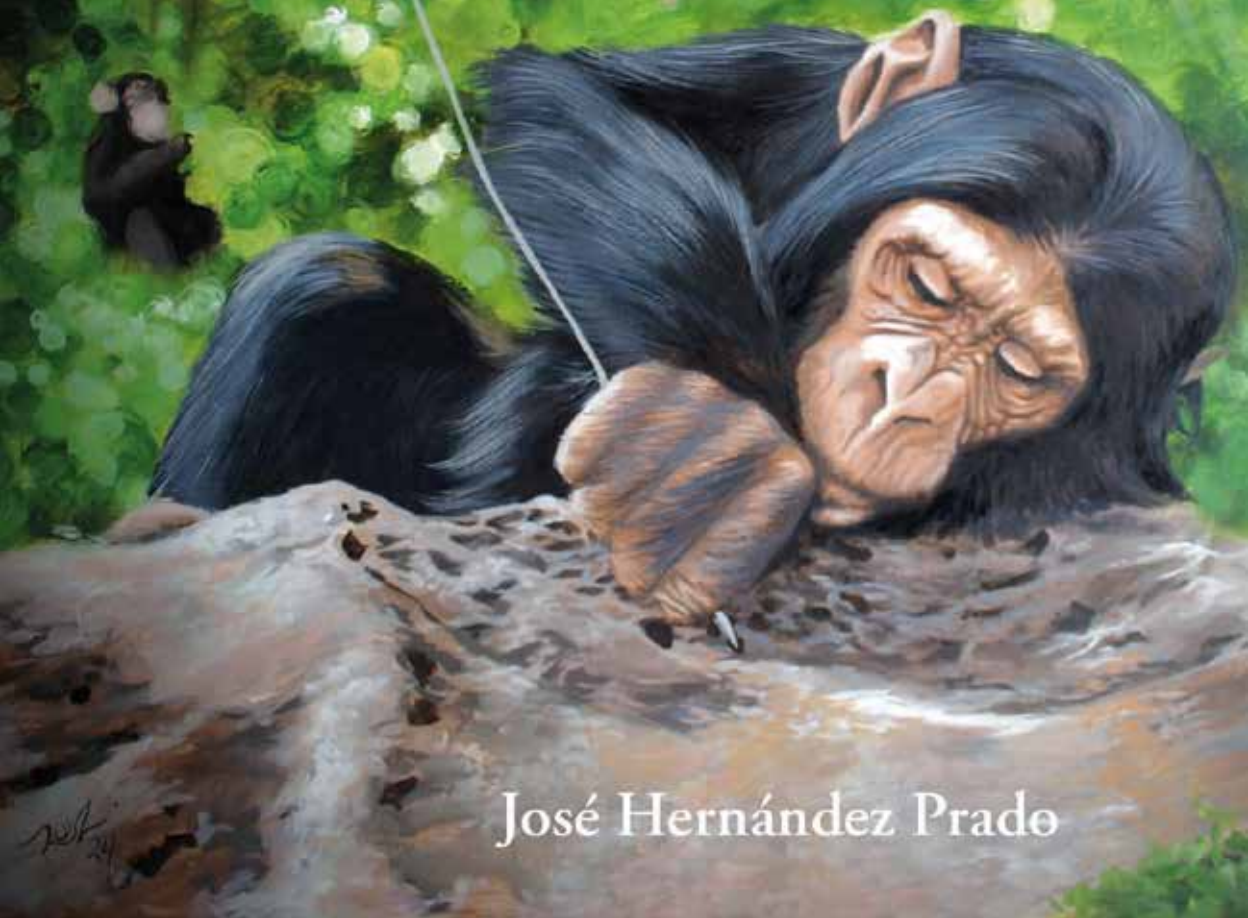


# Natura mensura

## De las sociedades y culturas animales a las humanistas



José Hernández Prado



DOI: 10.24275/uama.395.11930

*Natura mensura*

**Universidad Autónoma Metropolitana**

Rector General

*Dr. José Antonio de los Reyes Heredia*

Secretaria General

*Dra. Norma Rondero López*

**Unidad Azcapotzalco**

Rectora

*Dra. Yadira Zavala Osorio*

Secretario

*Dr. Salvador Ulises Islas Barajas*

**División de Ciencias Sociales y Humanidades**

Director

*Dr. Jesús Manuel Ramos García*

Secretario Académico

*Lic. Gilberto Mendoza Martínez*

Jefe del Departamento de Sociología

*Dr. Carlos Alberto Ríos Gordillo*

Coordinador de Difusión y Publicaciones

*Dr. César Daniel Alvarado Gutiérrez*

DOI: 10.24275/uama.395.11930

*Natura mensura*  
De las sociedades y culturas animales  
a las humanistas

José Hernández Prado



Primera edición, 2025

© Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Azcapotzalco  
División de Ciencias Sociales y Humanidades  
Coordinación de Difusión y Publicaciones  
Av. San Pablo 420, Edif. E, Salón 004, Col. Nueva El Rosario,  
Alcaldía Azcapotzalco, C.P. 02128,  
Ciudad de México. Tel. 55 53189109  
[www.publicacionesdcsh.azc.uam.mx](http://www.publicacionesdcsh.azc.uam.mx)

© Pergamino Editora  
Nayarit 63  
Col. Roma Sur  
06760 Cuauhtémoc  
Ciudad de México  
Tel.: (55) 55 74 16 98

ISBN: 978-607-28-3441-5 (Universidad Autónoma Metropolitana)  
ISBN: 978-607-59613-6-1 (Pergamino Editora)

El contenido de esta obra fue dictaminado por pares bajo la modalidad de doble ciego  
Ilustración de portada de Edgar Said Ruiz Cano, a partir de una fotografía de James Balog  
Se prohíbe la reproducción por cualquier medio sin el consentimiento del titular de los derechos  
patrimoniales de la obra.

Impreso en México / Printed in México

*Para Guadalupe  
y mis grandes compañeras caninas en la vida,  
primero Mab y después Pamina*



## ÍNDICE

Preámbulo	13
Introducción. Hacia una sociología no sólo humana en el marco del antiprotagorismo	15
Primera parte. Algunas sociedades y culturas animales	23
1. Los insectos sociales	25
2. Mamíferos terrestres no homínidos	33
2.1. Elefantes	35
2.2. Lobos	40
3. Mamíferos marinos	49
3.1. Orcas	50
3.2. Cachalotes	54
4. Grandes monos antropoides de la familia <i>Hominidae</i>	59
4.1. Gorilas	60
4.2. Chimpancés y bonobos	62
5. La cultura animal, la humana y la humanista	73
Segunda parte. Lo animal, humano y humanista	83
6. Instintos y otros impulsos naturales, de acuerdo con Thomas Reid	85

7. Las grandes implicaciones del lenguaje, según Thomas Reid y John Rogers Searle	99
8. Antonio Caso y las cosas, los individuos y las personas, así como las protopersonas animales y los dos tipos de libertad	109
9. Reflexiones varias sobre la transición de los homínidos hacia el homínido autonombrado sapiens	119
10. Y las sociedades humanas se complicaron hasta arribar a su vida civilizada	129
Epílogo. Hacerse <i>Homo sapiens</i> a partir de un persistente <i>offensus</i>	139
Glosario de términos pertinentes	143
Bibliografía	165
Índice de imágenes	173

Las explicaciones de abajo para arriba son lo opuesto a las teorías tipo *Big Bang*. Ellas asumen la continuidad entre el pasado y el presente, la infancia y la edad adulta, lo animal y lo humano e inclusive entre los humanos y los más primitivos mamíferos.

*Frans de Waal, Primates y filósofos*

Muchos nos parecemos, sin darnos cuenta, al hombre de la historieta que contempla el cielo estrellado y le dice a su compañero: “cuando miro todas esas estrellas, me asombra lo insignificantes que son”.

*Neil de Grasse Tyson  
y Donald Goldsmith, Orígenes*



## PREÁMBULO

**A** lo largo del año 2023 y hasta las primeras semanas del 2024 el autor de este pequeño libro tuvo la oportunidad de impartir durante tres trimestres, en la licenciatura en Sociología del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, el curso optativo intitulado “Sociedades y culturas animales. Hacia una mejor sociología no solamente humana” y lo hizo con una entusiasta recepción de las y los estudiantes de dicha licenciatura, a quienes sin duda se debe la elaboración del presente texto, en extremo enriquecido con el diálogo desplegado en las sesiones del curso, retroalimentadas en forma más que afortunada con las inquietudes, preguntas y aportaciones de su atento auditorio.

Pero es pertinente aclarar de un modo inmediato que quien ha escrito este modesto volumen no es un naturalista o biólogo de profesión. Es tan sólo alguien formado en la sociología clásica y en algunas áreas de la filosofía moderna y contemporánea, además de un universitario igualmente entregado en años recientes a ciertas lecturas muy provechosas, procedentes de los estudios biológicos, etológicos y primatológicos actuales, que le permitieron elaborar la propuesta y el conjunto de consideraciones y reflexiones que contiene este breve volumen.

El autor está muy agradecido con todas las personas que escucharon y nutrieron los contenidos del planteamiento aquí trazado y espera poder contribuir, con una que otra idea de interés, a la discusión de los temas abordados. Su agradecimiento es todavía mayor con las y los amables dictaminadores que concedieron la publicación del libro y que lo enriquecieron sustantivamente.

El título de la presente obra tuvo su inspiración en otra previa, denominada *Homo offensus. Un ensayo sobre la disocialidad entre los seres humanos*. A quien escribiera ambos textos le pareció conveniente recurrir de nueva cuenta a un nombre en lengua latina, acaso pensado como continuación del de aquel volumen publicado en 2021, cuando todavía azotaba al mundo la pandemia de COVID-19. Este pequeño libro busca retomar los principales señalamientos sugeridos en *Homo offensus* y llevarlos a nuevas consecuencias quizás implicadas en su puntualización, tanto como en su siempre limitada actualización.

## INTRODUCCIÓN

### HACIA UNA SOCIOLOGÍA NO SÓLO HUMANA EN EL MARCO DEL ANTIPROTAGORISMO

**E**n la actualidad, la disciplina denominada sociología no sólo debiera abarcar y estudiar prácticas sociales y realidades culturales humanas, sino también aquellas otras presentes en diferentes especies animales. Hasta los tiempos que corren, se ha cultivado fundamentalmente una sociología humana y es preciso impulsar ahora legítimos estudios sociológicos y culturales sobre los demás animales en la naturaleza, en particular los mamíferos y los primates antropoides. La sociología pudiera entenderse ya como una disciplina compuesta por *dos* grandes ramas, que serían la *humana* y la *no humana* o, coloquialmente, *animal* y, de un modo adicional, sería factible sostener que las ciencias denominadas hoy “sociales” deberían llamarse, con toda propiedad, *ciencias sociohumanas*.

A lo largo del ya lejano siglo XIX, culminando con los autores hoy considerados clásicos de la disciplina sociológica –debido a que son autores que no han perdido vigencia–, autores tales como Émile Durkheim (1858-1917), Georg Simmel (1858-1918) o Max Weber (1864-1920), quedó firmemente establecida la posibilidad de emprender y realizar un estudio científico de los fenómenos inherentes a la socialidad o sociabilidad de los seres humanos. Un autor como Herbert Spencer (1820-1903), antes de la mencionada sociología clásica, llegó a proponer, incluso, que con los actuales humanos se inauguraba con toda propiedad una nueva etapa de la evolución universal, la evolución social como él la llamaría, también denominada superorgánica (Ritzer y Goodman, 2004: 40-43), pero con el

avance de la biología, a partir de Charles Darwin (1809-1882), se descubrió e investigó, poco a poco, que muchos otros animales, desde los insectos llamados sociales, hasta los mamíferos neurológica y cerebralmente muy complejos y más cercanos, desde una perspectiva genética, al *Homo sapiens*, tales como los chimpancés y los bonobos, sobre todo, también han dado lugar a una rica y compleja vida social, socialidad o sociabilidad, de seguro no tan sofisticada como la de los seres humanos, pero sí una que es factible considerar como la que sirvió de punto de partida para la socialidad desarrollada por las y los *Homo sapiens*, heredándole, inclusive, algunos de sus rasgos.

Es por ello que hoy mismo es preciso reivindicar que se deje de hablar de la sociología como exclusivamente humana; que se conciba ahora a esa disciplina como una dotada de sus dos obligadas ramas de la *sociología humana* y la *sociología no humana o animal* –en un principio llamada *sociobiología* (Wilson, 2000)– y asimismo que, por añadidura, deje de pensarse en unas “ciencias sociales”, para denominarlas, con más corrección, *ciencias sociohumanas*.

En el presente es posible constatar que no únicamente hay y ha habido sociedades humanas, sino también sociedades de otras muchas especies animales, desde ciertos insectos –los denominados *insectos sociales*, como las hormigas, abejas o termitas–, hasta los mamíferos genéticamente más próximos a los seres humanos; es decir, los *grandes primates antropoides* u *homínidos*, que son los gorilas y orangutanes y, en particular, los chimpancés y los bonobos, pasando por animales y en especial por mamíferos neurológicamente muy complejos y, con toda claridad, tan sociales como los cánidos, los cetáceos o los paquidermos.

De igual modo es preciso constatar que muchas especies animales no sólo se conducen y conviven, al interior de sus colectividades, apoyándose en los llamados instintos y las emociones, sino además dando lugar a conductas ingeniadas y desarrolladas en muy diversos hábitats, las cuales son enseñadas por esos animales a sus descendientes y aprendidas por

éstos, en especial mediante la imitación y con la información y ayuda práctica de sus progenitores y mayores, de manera tal que es perfectamente válido hablar de una *cultura animal* o de *culturas animales* en la naturaleza, debido a que no todo lo que hacen los animales en esa naturaleza es por completo instintivo y, para sobrevivir, ellos deben aprender a hacer ciertas cosas, que conllevan elementos culturales. No basta con que actúen sólo basados en sus instintos o impulsos naturales, como los apetitos, deseos o afectos. Requieren también de una cultura ingeniada, transmitida y aprendida.

Urge, además, establecer la relación que existe entre la *cultura animal*, la *humana* y la *humanista*; comprender que lo que suele denominarse *cultura*, comienza por ser animal, continúa o se prolonga siendo humana y esa cultura humana es capaz de florecer como otra que sería factible calificar de humanista, la cual es la que construye moral y civilizatoriamente a los seres humanos. A las dos últimas culturas –la humana y la humanista– es a las que erróneamente se les ha reservado, de manera tradicional, el nombre de cultura, negándoselo a la cultura animal; y a la *cultura humanista* es a la que, en forma habitual, se le ha concedido, de manera esa sí más aceptable, el título de *alta cultura*, la cual pudiera ser de muchos tipos –inclusive políticos, económicos y religiosos, como sucede con la democracia liberal, con los mercados regulados hoy globales o con las grandes religiones universales–, si bien destacan sus modalidades de una cultura científica y filosófica y una cultura artística y humanística.

La cultura humana es, por lo tanto, una *hipercultura*. Los humanos somos animales hiperculturales y la hipercultura humana se distingue por ser capaz de generar muy diversos códigos lingüísticos, socioconvencionales, jurídicos, morales y religiosos, así como otros filosóficos, científicos o artísticos y por crear instituciones sociales que no existen entre los demás animales.

Debe comprenderse que el lenguaje no es un fenómeno exclusivamente humano. Se suele confundir al *lenguaje hablado*, sintáctica y foné-

ticamente muy complejo de los seres humanos, con el *lenguaje en general o propiamente dicho*, pero también existen y operan en todas las especies animales *lenguajes específicos*, desde luego que dotados de un grado de complejidad y de posibilidades culturales menores a las del lenguaje que caracteriza a la especie *Homo sapiens*, o bien a nosotras y nosotros –y quienes no se identifican como tales–, los seres humanos. Hay, pues, *lenguaje animal*, el cual ha sido llamado *natural* –para distinguirlo de otro *artificial o convencional* entre los humanos– desarrollado por especies animales distintas a la del *Homo sapiens* y que, inclusive, se presenta en estos últimos como un lenguaje de *signos naturales*, comprendidos por todas las y los miembros de nuestra especie, en todos los tiempos y lugares.

También es factible constatar que existen sociedades animales compuestas por especímenes a todas luces homogéneos, los cuales serían propiamente idénticos a sus congéneres, y que hay asimismo y, en contraste, sociedades animales compuestas por *individuos* ostensiblemente diferenciables de los demás, tanto en términos fisiológicos, como en términos conductuales –*sociedades de qué*s y *sociedades de quié*nes, según el naturalista Carl Safina (nacido en 1955)–; y constatar, además, que en los animales neurológicamente más complejos se va perfilando una suerte de “libertad no moral”, que en los seres humanos sí es, en contraste y en definitiva, *moral*.

Por último, es posible comprender que, como lo afirmara el filósofo mexicano Antonio Caso (1883-1946) en 1941, el universo puede dividirse, al final de cuentas, en *cosas* materiales e inertes, en *individuos* que son seres vivos diferenciables y en *personas* insustituibles, si bien a esta clasificación casiana se le podría complementar en nuestros días con *protoindividuos* o cosas en la ruta de convertirse en individuos y con *protopersonas*, que serían los individuos animales, neurológica y cerebralmente muy complejos, que prefiguran a las personas humanas y sociohumanas dotadas de libertad política y moralidad plenas.

Por otro lado, hay que examinar aquellas formas de *eusocialidad* o de cooperación o división del trabajo o especialización de funciones, muchas veces calificadas, con buen tino, como *altruistas*, que se presentan en el interior de diversas sociedades animales, tanto como entre diferentes especies, además de las formas de *disocialidad* o bien de competencia, lucha, rivalidad, poder, dominación y conflicto, por lo general consideradas *egoístas*, tanto en el interior de determinadas sociedades animales, o entre las colectividades que conforman a una misma especie animal, como entre especies animales distintas, las cuales muestran inequívocas relaciones recíprocas. Se persigue, así, entender a –y diferenciar entre– una *eusocialidad* y una *disocialidad internas y externas*. No hay duda de que la tesis de que las sociedades humanas necesitan *deschimpanzarse* y, en rigor, *bonobizarse*, resulta muy pertinente en nuestros días.

En la actualidad conviene en extremo sondear las modalidades del tránsito de las sociedades de *homínidos antropoides*, tales como las de chimpancés y bonobos, a las sociedades de *homininos* y finalmente del *Homo sapiens*, identificando en las primeras formas de asociación propiamente humana las bases del establecimiento y la difusión de complejas civilizaciones, dotadas de Estados políticos, todo ello a partir de la posible “autodomeesticación” del *Homo sapiens*. Es impostergable aceptar que las formas iniciales de la socialidad humana fueron acaso muy parecidas a las de las de los *homínidos antropoides* más cercanos genéticamente al *Homo sapiens*, manifestándose también en otros *homininos* u *Homo* diferentes al *sapiens* –como los *erectus*, los neandertales, los denisovanos o los *antecesor*–, para dar lugar, a la larga, a formas más avanzadas de socialidad en las que apareció la denominada *civilización* y algunos efectos históricos trascendentales de la misma, como la aparición de los *Estados políticos* y las *autocracias* tradicionales o los gobiernos de tipo patriarcal y autoritario –tan parecidos a “la política de los chimpancés”–, aunque también la justamente llamada alta cultura, en lo principal filosófica, científica y artística.

Protágoras de Abdera (*circa* 485-411 antes de nuestra era) sería el retórico de la Antigüedad que propuso el célebre filosofema que afirma que “el hombre –el ser humano, femenino o, sobre todo, masculino, según el abderitano– es la medida de todas las cosas”. Es decir, el universo entero existe y debiera ser comprendido en función de los seres humanos, quienes somos, según esto o bien de acuerdo con otra gran tradición cultural de Occidente –aquella judeocristiana–, los “reyes de la Creación”.

Conforme al apotegma mencionado, a la naturaleza es posible utilizarla para nuestro exclusivo servicio y aun la realidad misma acaso existe únicamente si nosotros los humanos la percibimos y somos conscientes de ella a través de nuestros conceptos mentales y culturales, ya que, de lo contrario, ella ni siquiera es real. Es factible llamar *protagorismo* a esta doctrina o concepción filosófica y *Homo mensura* –abreviación de *homo omnium rerum mensura est*– ha venido a ser la elocuente expresión latina que se emplea para referir este protagorismo y para subrayar que “el hombre es la medida” de cuanto existe. *Homo mensura*; es decir, los humanos somos la entidad por la que debiera medirse, entenderse, evaluarse, clasificarse y aprovecharse todo cuanto hay.

Pues bien, en la actualidad, entre la comunidad científica internacional, en particular de biólogos y naturalistas como el recientemente fallecido Edward O. Wilson (1929-2021) o Carl Safina, se ha insistido mucho en la necesidad de impulsar un *antiprotagorismo* que reivindique la tesis antagónica de que no somos los humanos “la medida de todas las cosas”, sino que, en contraste, es *la totalidad de las cosas –especialmente las dotadas de vida–, la medida de cuanto llamamos humano*.

Es pertinente y obligado ubicar y encuadrar a los seres humanos y a sus incontables asuntos en el contexto más amplio y hasta más valioso de las cosas materiales y orgánicas en su conjunto, las cuales conforman a la Naturaleza. Según el antiprotagorismo, no es sostenible el principio del *Homo mensura*, sino más bien aquel otro que propondría una *Natura mensura*; es decir, a la Naturaleza –con inicial mayúscula– como la me-

dida inclusive de lo humano, que es algo que proviene de y existe en función de esa Naturaleza. Hoy podría decirse pues, en latín, *Natura omnium rerum mensura est*.

En consecuencia, y como lo destacara el primatólogo Frans de Waal (1948-2024), entidades tales como la cultura o la moral no nos “han caído” a los humanos “del cielo”; más bien ellas proceden de la Tierra o de las formas de vida que dieron lugar a la humana o a la propia de nuestra especie animal, usualmente denominada, no sin bastante presuntuosidad, *Homo sapiens*. Por ello es viable concluir que el protagonismo y su *Homo mensura* son quizás *el último reducto del creacionismo* y que el antiprotagonismo y la tesis de la *Natura mensura* significan su cabal superación en el ámbito de las ciencias sociohumanas. No hubo jamás un *Big Bang* sociohumano y cultural, con la llegada a la vida animal en el planeta, del denominado *Homo sapiens*. Según el antiprotagonismo, las características y peculiaridades de cuanto hoy es lo humano proceden de la vida mamífera y homínida que se desarrolló en esta Tierra.



## **PRIMERA PARTE**

### **ALGUNAS SOCIEDADES Y CULTURAS ANIMALES**



## 1. LOS INSECTOS SOCIALES

**A**quello que los humanos entendemos por vida social nació en el reino animal y se nos hizo patente con los insectos, los hoy pequeños animales invertebrados de los que es posible afirmar que fueron quizás el origen de esa vida social.

Insectos sociales son las termitas, las avispas sociales, las abejas y las hormigas. Las avispas se originaron hace entre ciento cincuenta y doscientos millones de años y de ellas vinieron las abejas y, muy claramente, las hormigas. Las termitas, en contraste, son de la familia de las cucarachas y son las únicas cucarachas sociales. Su origen, más reciente, data de hace unos treinta millones de años. Las hormigas aparecieron entre ciento diez y ciento treinta millones de años atrás, al igual que las abejas, aunque aquellas melíferas o productoras de miel existen desde hace entre diez y veinte millones de años.

En su *Sociobiología*, el mirmecólogo –o estudioso de las hormigas– Edward O. Wilson (2000: 397-437) escribió que se tienen clasificadas unas ocho mil especies de hormigas, pero se piensa que existen unas doce mil y sólo unas cien especies o alrededor del 1% han sido estudiadas con atención. Las hormigas son los insectos más abundantes de la naturaleza, tanto en especies, como en individuos. Por otra parte, se conocen setecientas veinticinco especies de avispas sociales, junto a muchas otras que no lo son. Claro que, del año 2000 hasta el día de hoy, todas estas cifras debieron haberse modificado, creciendo un tanto más.



Imagen 1. Hormigas [foto: Aleksander Polanowski].

Agregaba Wilson que las tres características de todos los insectos sociales o eusociales son: 1) que individuos de la misma especie cooperan para el cuidado de los más jóvenes; 2) que muestran una muy clara división del trabajo, con individuos estériles que trabajan en favor de los que no lo son y 3) en sus colonias hay una coexistencia o traslape de generaciones que colaboran entre sí, por lo que incluso las jóvenes generaciones pueden llegar a cuidar de las mayores.

Todos los insectos sociales viven en colonias muy numerosas, organizadas en lo que se ha denominado *castas*. Están las castas de las reinas –únicas de cada colonia–, los machos procreadores –zánganos en el caso de las abejas y que existen en mucho menor número que las hembras– y las castas de las cuidadoras o niñeras, las obreras y las guerreras.



Imagen 2. Abejas [foto: PollyDot].

La colonia –hormiguero, panal, avispero, termitero...– se organiza en torno a una reina fecundada, la cual ha volado y perdido las alas para establecer una colonia y se dedica a generar huevecillos. Las reinas miden su vida en años y su descendencia en mucho menos tiempo. Una hormiga reina puede vivir hasta treinta años, pero las demás hormigas del hormiguero no más de tres. Una abeja reina vive hasta tres años y todas las demás máximo tres meses.

Las castas pueden ser temporales, de acuerdo con la vida del individuo, o bien pueden ser permanentes. En abejas y hormigas, la inmensa mayoría de los individuos poseen sexo femenino –no es incorrecto decir, pues, “las abejas” o “las hormigas”–. No así con las termitas, donde la gran masa de individuos se divide por igual en ambos sexos.

En hormigas y abejas existen “cuidadoras o niñeras” que se encargan de los huevecillos fecundados y las larvas que produce la reina; hay “obreras” que trabajan principalmente en conseguir y traer el alimento –o lo necesario para generarlo– y en erigir las estancias de la colonia y hay “soldados” o “guerreras” que protegen a la colonia de invasores o de atacantes que pudieran ser insectos o animales de otras especies o también de la misma especie o familia de especies a la que ellas pertenecen.

Según el cuidado de las larvas por las niñeras, en especies de insectos sociales aquellas larvas se pueden convertir más tarde en niñeras, obreras, guerreras o hasta reinas. Todas las larvas producidas por la reina son genéticamente iguales y su diferenciación tiene lugar en virtud de los cuidados que se les procuren, lo que ya anuncia el tema de la cultura entre los animales y los propios insectos sociales o eusociales. De una colonia emerge alguna reina fecundable que dará lugar a una nueva colonia.

Según Wilson (2012: 17 y *passim*), la *eusocialidad* es aquello que ha permitido que abejas y, sobre todo, hormigas, se hayan extendido por casi todo el planeta, desbordando sus nichos ecológicos originales. Las hormigas sólo no se han establecido en la Antártida y en el Ártico de aguas heladas, de un modo muy semejante a como sucedió también con los humanos. Claro que las hormigas incluyen muchísimas especies, porque en el caso de nosotros, tan sólo ha sobrevivido una especie dividida en subespecies o razas: la especie *Homo sapiens*. De hecho, la eusocialidad muy probablemente apareció en el reino animal con los insectos y de allí pasaría a otros órdenes de vida animal, hasta llegar a manifestarse con suma riqueza en las sociedades de aquel *sapiens*, desde luego.

Wilson dijo que por la eusocialidad hubo una “conquista social de la Tierra” (Wilson, 2012: 14 y ss.), llevada a cabo por especies de animales invertebrados –de manera señalada las hormigas– y vertebrados –primordialmente los homínidos o humanos y el *Homo Sapiens*, sobre todo– y que por eso hay una sobreproducción de estas especies. En el caso de los humanos, la rapidez con que creció esa gran población –lo que no ha ocu-

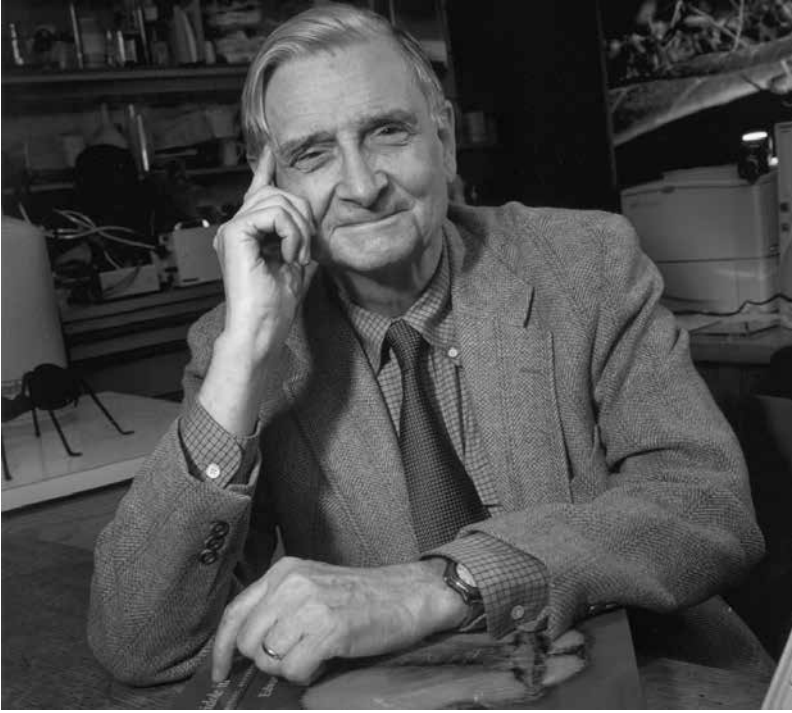


Imagen 3. Edward Osborne Wilson [foto: Jim Harrison].

ruido con las hormigas– está amenazando la ecología del planeta entero. Otros homínidos, entre los que se cuentan los grandes antropoides de la actualidad, como los chimpancés o los bonobos, sólo alcanzaron en la historia poblaciones de unos cuantos millones de especímenes, mientras que, por ejemplo, hoy los humanos rebasamos ya los ocho mil millones de individuos. ¿Qué planeta del tamaño y las características de la Tierra puede soportar eso? Diríase que ninguno.

Ahora bien, hormigueros y panales de abejas, cuando se topan en territorio o ámbito de recursos con otra colonia, por lo general se enfrentan entre sí, como ha ocurrido con las sociedades de los humanos cuando acontece lo mismo. Los insectos sociales y los humanos muestran

así una clara *disocialidad* “externa”. Pero, con respecto a las hormigas, se han presentado en el mundo casos de supercolonias que incluyen a varios o muchos hormigueros, los cuales conviven y colaboran entre sí. Sin embargo, pudiera hablarse entonces de “los hormigueros de los humanos”, que entran en guerra cuando se encuentran y amenazan mutuamente (Hernández Prado, 2021: 119-122 y *passim*).

Son admisibles, así, la eusocialidad y la disocialidad internas y externas. Las abejas y las hormigas tienen eusocialidad interna, pero muy rara vez externa; o bien, tienen disocialidad externa, aunque no interna, porque en el interior de sus colonias no existen el conflicto y la lucha por el poder. Sus ocasionales supercolonias aluden a una posible eusocialidad externa, que se da por condiciones ambientales muy singulares. Y nótese que en el caso de los humanos y, como se verá más adelante, de otras especies de mamíferos –lobos o chimpancés, por ejemplo–, hay en sus colectividades eusocialidad y disocialidad internas y también disocialidad externa, pero sólo eusocialidad externa, cuando logra acordarse la paz –en el ámbito humano, de un modo cultural, por excelencia–. Una gran “supercolonia” mundial de *sapiens* que abarcara a toda la humanidad sería la propuesta concebida en el Siglo de las Luces por el filósofo Immanuel Kant (1724-1804) con su *paz perpetua*, propuesta en 1795 (Kant, 1980), o bien por el cantante popular *beatle*, John Lennon (1940-1980), con su célebre canción *Imagine*, del año 1971.

La eusocialidad de los insectos sociales incluye el gran tema de su comunicación o del lenguaje que hay en ellos. Dicha comunicación se da mediante movimientos visualizados, sonidos escuchados o contactos físicos experimentados, pero, sobre todo, mediante señales o intercambios químicos que fueron descubiertos –por Edward O. Wilson– a finales de los años cincuenta del siglo xx.

Entre los insectos sociales se han identificado los siguientes mensajes, claramente comunicables: 1) alarma; 2) llamado para reunirse en asamblea; 3) reclutamiento para ir a determinado punto fuera de la colonia;

4) asistencia para la limpieza corporal; 5) reconocimiento de miembros de la colonia o de individuos que no pertenecen a ella y 6) definición de la casta a la que se pertenece. Además de estos mensajes, los insectos sociales intercambian partículas líquidas o sólidas de alimento, que son expresión de sus fuertes lazos sociales.

Es muy característica la comunicación de las abejas mediante movimientos y vibraciones corporales visualizables. Se trata de “la danza de las abejas”, quienes se pueden comunicar entre sí la dirección y la distancia a la que es factible encontrar néctar de flores, con el fin de traerlo como alimento a la colmena.

Y, por su parte, es muy conocida también la “ganadería” de pulgones que ejercen ciertas especies de hormigas, con el propósito de “ordeñarlos” y, de paso, protegerlos de sus depredadores naturales, que son las catariñas o mariquitas. Los pulgones secretan la llamada “ligamaza”, que es una sustancia rica en carbono, la cual atrae y es útil a las hormigas.

A excepción de las termitas, todos los insectos sociales pertenecen al orden de los himenópteros, que son insectos que experimentan metamorfosis y tienen dos pares de alas membranosas –el primero más grande que el segundo– y boca capaz de masticar o de lamer.



## 2. MAMÍFEROS TERRESTRES NO HOMÍNIDOS

**P**udiera hablarse de la vida social de otros órdenes de especies animales además de los insectos, tales como los peces, los moluscos, los reptiles o las abundantes aves, pero de los insectos sociales pasaremos a considerar la socialidad en los animales biológicamente más cercanos al *Homo sapiens*, que son, por supuesto, los mamíferos.

El primatólogo –o estudioso de los primates– Frans de Waal destacaba en su libro *Diferentes. Lo que los primates nos enseñan sobre el género*, de 2022 (de Waal, 2022: 330-331 y *passim*), que los mamíferos aparecieron en la Tierra hace unos doscientos millones de años y que su manera vivípara de tener descendencia y de cuidar a las crías, comenzando por la lactancia, es muy significativa y distinta de aquellas de las especies animales ovíparas, tales como los propios insectos o los peces, reptiles y aves. Estas especies se reproducen a través de huevos fecundados y muchas veces se desentienden del cuidado tanto de dichos huevos, como de las crías surgidas de ellos. Las aves serían los animales ovíparos que más atienden a sus crías, pues las empollan, alimentan y cuidan hasta que logran alzar el vuelo por sí mismas y lograr la madurez, pero aún en las aves el vínculo materno-filial no parece ser tan fuerte, duradero e influyente como lo es entre los mamíferos.

Todos los mamíferos, por medio de su sexo femenino, dan a luz a su descendencia y luego tienen que cuidarla durante tiempos bastante prolongados, en particular alimentándola mediante la lactancia, lo que suscita los afectos materno-filiales que, según de Waal, pudieran estar en la base del resto de los afectos benevolentes de estos animales y del *Homo sapiens* inclusive, como llamara Thomas Reid (1710-1796) a tales afectos

en el siglo XVIII (Reid, 2010: 106 y ss.) y que tienen como buenos ejemplos el amor de pareja, el amor hacia los grupos de que se forma parte, la amistad, la gratitud, la compasión, etcétera. Los afectos benevolentes cimentados en el amor maternal son un gran elemento propulsor del altruismo y de la eusocialidad en todos los mamíferos, en quienes se despliegan en grado muy elevado.

Pese a la gran importancia del sexo femenino entre los mamíferos, no debe pensarse que sólo en ese sexo radican la afectividad, el altruismo y la eusocialidad, ya que el sexo masculino mamífero, en muy numerosas especies que abarcan a la nuestra, también participa o interviene mayor o menormente en el cuidado de la descendencia y es capaz de aquellas afectividad, conducta altruista y eusocialidad. De igual modo, los afectos malevolentes, según Reid –rivalidad, ira, envidia, etcétera–, el egoísmo y la disocialidad se hacen presentes en la sexualidad femenina y no sólo en la masculina, aunque de la posibilidad de su maternidad se desprende quizás todo lo mejor y más amigable de los mamíferos, incluida la especie humana; *the better angels of our nature* –“los mejores ángeles de nuestra naturaleza”– como lo expresara poéticamente el presidente estadounidense Abraham Lincoln, en su célebre primer discurso de asunción al cargo, el 4 de marzo de 1861.

Con respecto a los humanos, es obligado subrayar que no es que, por la maternidad, la mujer se encuentre predestinada y hasta condenada al cuidado de su descendencia o de otros seres humanos. Es tan sólo que ella está mejor preparada, genéticamente hablando, para tales actividades, lo que no significa que se la deba constreñir a tal ámbito, como ha sucedido en muy amplia escala en las tan patriarcales sociedades humanas, a lo largo de su historia.

## 2.1. Elefantes

Acerca de los elefantes y su notable vida social y muchos otros aspectos, es muy ilustrativa la primera gran sección de *Beyond Words* o *Mentes maravillosas. Lo que piensan y sienten los animales*, de Carl Safina (2015: 5-136). Los elefantes modernos existen desde hace unos cinco millones de años. Se originaron en África y de allí pasaron al Asia. Hoy se reconocen tres especies de ellos: las dos africanas del elefante de las selvas (*Loxodonta cyclotis*) y el elefante de las sabanas o llanuras (*Loxodonta africana*) –el segundo más grande que el primero y quizás el más estudiado de las tres especies– y el elefante asiático o de la India (*Elephas maximus*), que también puede hallarse en China y otros países del continente asiático.

El elefante africano es de orejas grandes y cabeza y cuerpo redondeados y el asiático, de orejas más pequeñas, cabeza dotada de una gran frente y cuerpo en línea perpendicular. El elefante africano de las sabanas es el más grande de todos los animales terrestres, llegando a medir hasta cuatro metros de alto y pesar más de seis toneladas. El elefante asiático es más pequeño, de hasta poco más de dos metros de alto y un peso de hasta cinco toneladas.

Los elefantes africanos de las selvas, que habitan en el Congo, son más pequeños que sus primos de las sabanas. En las tres especies los machos son mucho más grandes que las hembras y en los elefantes de la India sólo tienen colmillos los individuos de sexo masculino. Las especies africanas los poseen en ambos sexos.

Carl Safina –apoyado en zoólogas y zoólogos especialistas, sobre todo Cynthia Moss– se exhibe con respecto a los elefantes africanos y de las sabanas. Él dice que originalmente habitaban todo el continente africano, pero hoy sólo sobreviven en países como Kenia, Tanzania o Uganda, además de la región del Congo, donde habitan el más pequeño elefante de las selvas o la jungla.



Imagen 4. Elefantes africanos [foto: Michael Siebert].

Se calcula que a principios del siglo XIX había más de veintiséis millones de elefantes en toda el África y hoy sobreviven sólo unos cuatrocientos mil. Muere o más bien es asesinado un espécimen cada quince minutos –Safina afirmaba esto en el 2015–. Desde tiempos del Imperio romano hasta el presente, la población de elefantes africanos ha disminuido 99%. Esto, debido, muy principalmente, a su marfil. Hoy está comprobado que los elefantes tienen colmillos más pequeños que antes, como una desesperada adaptación evolutiva que han desarrollado en vano, porque se les sigue cazando sin miramientos.

Y el cerebro de los elefantes es el más grande de los animales terrestres, incluso en proporción al tamaño de su cuerpo, llegando a pesar hasta cinco kilos –el cerebro humano pesa en general un kilo y medio– y sus funciones cognitivas son asombrosas en materia de memoria y de reconocimiento de rasgos en los objetos y seres vivos. Incluso pueden distinguir los diferentes idiomas humanos.

Iain Douglas Hamilton (nacido en 1942) descubrió para la ciencia en los años setenta del siglo xx que los elefantes viven en grupos familiares compuestos por una matriarca que guía a sus hermanas menores, a sus hijas, sobrinas y a las crías en general. Los elefantes machos permanecen en estos grupos familiares hasta la adolescencia –casi siempre, los elefantes pueden vivir hasta los setenta años o más–. Los machos adultos deambulan solos en numerosos casos y los más jóvenes forman pequeños grupos alrededor de un gran macho, pero éstos se disuelven y recomponen pronto.

Experiencia y conocimiento son la clave de la dominación de la matriarca, aspectos que son reconocidos por todas las hembras integrantes del grupo. Dicha matriarca conduce al grupo hacia las zonas en las que ella sabe y recuerda que hay agua y alimento y mantiene unido al grupo, resolviendo la convivencia cotidiana y el cuidado de las crías. Las rutas de elefantes trazaron claros caminos entre zonas de gran abundancia en flora y fauna, por toda África.

Cuando muere la matriarca, cosa que siempre afecta mucho emocionalmente a las y los integrantes del grupo, ella es sustituida por la hermana, hija o prima que tenga más conocimientos y experiencia. Y si muere intempestiva o inesperadamente dicha matriarca, su grupo familiar puede llegar a desbaratarse y muchas veces sus integrantes más jóvenes no sobreviven.

Cabe precisar que no hay ambición “política” o de rango entre las integrantes del grupo, pero sí una personalidad individual muy marcada y definida en todos y cada uno de los elefantes, la cual suele perfilar a ciertas elefantas para convertirse en matriarcas y a otras no. Por consiguiente, existen distintos estilos de matriarcado entre las elefantas y sus familias. En numerosas ocasiones viven junto con otros grupos familiares, con los que se entienden muy bien, formando manadas grandes. No hay, pues, disocialidad interna de especial significación en las familias de elefantes y tampoco es absoluta la disocialidad externa.

Para la sobrevivencia de los grupos de elefantes es esencial aprender dónde hallar alimento, agua y zonas seguras y con abundancia de recursos. Los elefantes no sólo viven “por instinto”, sino que se transmiten saberes que, en caso de faltar, dejan inermes a los miembros del grupo. Y esos aprendizajes son clave, incluso, para el desarrollo de las crías. Es incontestable, en consecuencia, una cultura “elefantina”, transmitida por las matriarcas, principalmente, a los grupos de elefantes que ellas conducen.

Por ejemplo, los elefantes deben aprender desde pequeños a usar sus trompas, con el auxilio de sus madres y de sus mayores. Todas las integrantes del grupo colaboran en la crianza de las y los elefantitos, si bien las madres son, por supuesto, indispensables. Bebés que se queden en la orfandad tienen una alta probabilidad de no sobrevivir, si su madre no es sustituida pronto por otra elefanta. La trompa de los elefantes equivale a las manos de los humanos; es, acaso, como unas “manos que tuvieran narices” (Safina, 2015: 14).

En efecto, la trompa del elefante es un órgano tremendamente versátil, sensible y poderoso. Con ella le es posible al animal desde recoger una nuez o cacahuate en el suelo, hasta mover pesados troncos de árboles o derribarlos a éstos. Se ha observado que los elefantes bebés se chupan su trompa, de igual modo que hacen los humanos con sus deditos de bebé.

Y los elefantes tienen temperamentos, talentos, tendencias psicológicas y una amplia capacidad de reconocimiento, tanto de sus congéneres como de otros seres vivos. Pueden hacerse amigos o tener relaciones difíciles entre ellas y ellos. Las hembras son capaces de tener crías cada cuatro años y son receptivas por sólo unos cuantos días, mismos que deben confluir con el celo de los machos mayores, que compiten, se amenazan y luchan entre sí por el derecho a aparearse. Pero las hembras son más ágiles que los machos y sólo se dejan embarazar por los machos que ellas acepten o decidan.

Las y los elefantes son muy sensibles, emocionales y afectuosos y establecen lazos muy fuertes y duraderos. Tanto, que experimentan mucho

dolor y despliegan duelo cuando mueren integrantes de su familia. Ante un congénere muerto, sobre todo familiar, llegan a cubrirlo con vegetación y tierra y acompañarlo por varios días, según la importancia que tenga dentro del grupo el individuo difunto. Es sorprendente su capacidad para reconocer los restos óseos de sus familiares y antepasados y la actitud respetuosa y contemplativa que guardan ante esos restos.

También es sorprendente el lenguaje de los elefantes. Antiguamente se pensaba que sólo “barritan” con sus trompas, pero hoy se sabe que se comunican entre sí con una gran variedad de gestos faciales, movimientos de cabeza, orejas y, sobre todo, de sus trompas, así como con gruñidos y sonidos muy diversos, mismos que abarcan un enorme rango de frecuencias, desde algunas muy agudas hasta otras muy graves.

Los infrasonidos profundos de los elefantes, imperceptibles para el oído humano, pueden viajar hasta nueve o diez kilómetros y no por el aire, sino a través del suelo. Los elefantes captan esos sonidos con las plantas de sus enormes patas y ellos transmiten mensajes de aviso o de alarma, indicando que hay algún incendio o amenaza y peligro para otros congéneres o miembros de las manadas y familias.

Por último, es digna de destacar la difícil relación histórica entre elefantes y humanos. En Asia, los elefantes han sido culturalmente aprovechados –prácticamente domesticados– por grupos humanos, para emplearlos –como se hizo en la Antigüedad– como armas portentosas y aún hoy como herramientas muy poderosas de trabajo. En África sólo se les llegó a utilizar a manera de arma de combate y, en estricto sentido, no se les domesticó, sino que se convivió con ellos, entendiéndolos como el “ganado de los dioses”, por parte de grupos pastores y, en concreto, por los masái, que sólo consumen carne de su ganado y no de animales silvestres, entre los que figuran los propios elefantes.

Pero la relación entre humanos y elefantes ha sido siempre muy problemática, debido a una competencia por los espacios de pastoreo y cultivo y más, todavía, cuando las sociedades occidentales colonizaron diver-

sas zonas del África. Entonces se presentó el caso del elefante destructor y perseguido y aniquilado por los humanos afectados.

Empero, la gran maldición de estos paquidermos en su contacto con los humanos ha sido el marfil de sus colmillos, buscado y muy valorado siempre por las sociedades de aquéllos y no sólo por las capitalistas modernas. El comercio de marfil llevado a cabo, a veces en cantidades verdaderamente industriales, por muchas de esas sociedades, ha llevado a las y los elefantes al borde de la extinción. De los siglos XVI a XIX el comercio de marfil estuvo muy asociado al de esclavos de raza negra, por parte de Occidente. Vastas zonas de África fueron vaciadas de elefantes y de habitantes humanos por un lamentable comercio en el que cada esclavo debía llevar o ser embarcado a otro continente, con un colmillo de elefante que cargaba en la espalda.

Hasta las teclas de los pianos occidentales, pasando por las bolas de billar, llevaron la triste marca de este comercio depredador. Por desgracia, se mataría siempre a los elefantes machos y hembras para obtener su marfil. No se esperaba a que murieran por causas naturales, a fin de aprovechar sus grandes colmillos, sino que se les cazaba sin piedad.

Pero hacia los años ochenta del siglo XX se fue prohibiendo internacionalmente el comercio de marfil, mismo que ha continuado de un modo clandestino en los países africanos, sobre todo. La sociedad occidental cobró mucha conciencia de que no debe continuar ese mercado ilegal y lo ha detenido casi en su totalidad, pero, por desgracia, ahora él continúa en China, donde todavía no se ha generalizado dicha conciencia.

## 2.2. Lobos

Sobre los lobos, su vida social y muchos otros aspectos relacionados con ellos, pueden encontrarse elementos muy destacables en la segunda sección de *Beyond Words* o *Mentes maravillosas. Lo que piensan y sienten los animales*, de Carl Safina (Safina, 2015: 137-240). El lobo gris (*Canis lu-*



Imagen 5. Carl Safina [foto: Michael J. Lutch].

*pus*) apareció hace unos ochocientos mil años y se difundió por todo el hemisferio norte del planeta –América del Norte, Europa y Asia–. Existen variedades diversas de la especie; por ejemplo, el lobo gris mexicano. Alcanzando en la historia una población de varias decenas de millones, en la actualidad sólo quedan entre trescientos y cuatrocientos mil ejemplares de lobos grises en el mundo.

Su altura puede alcanzar los noventa centímetros y su peso hasta poco más de setenta kilos. Llegan a la madurez sexual hacia los dos o tres años de edad y pueden vivir alrededor de ocho años en la vida silvestre, aunque prácticamente el doble en cautiverio. Su mordida es el doble de fuerte que la de un perro pastor alemán y sus principales causas de muerte son los seres humanos y los propios lobos. Los lobos están hechos para cazar y matar y, por lo mismo, son grandes caminantes y viajeros; también son muy sociables y, dice Safina, en extremo rudos y resistentes.

La (auto)domesticación del lobo gris (cf. *infra*) dio lugar al perro (*Canis lupus familiaris*; antiguamente sólo *Canis familiaris*) hace no menos de quince mil años, aunque quizás mucho más. El perro ha sido el cánido con más subespecies o razas gracias a las modificaciones procuradas por los humanos. Resulta difícil pensar que un perro chihuahua, un salchicha, o bien un san bernardo o un gran danés desciendan del lobo, pero tal parece ser el caso.

En el siglo XVIII, Carl Linneo (1707-1778) creyó especies radicalmente diferentes al lobo y al perro y las clasificó por separado, pero la biología y la genética modernas han demostrado que son especies muy próximas y que el perro tiene mucho de lobo y viceversa. Para empezar, perros y lobos son extremadamente sociales, aunque el lobo posee un cerebro mayor y es más inteligente que el perro, ya que es su propio amo. Dice Safina que “nunca habrá platos de comida para los lobos” (Safina, 2015: 221).

Los lobos viven en manadas –en inglés, *packs*– compuestas, en principio, por una *pareja alfa* y las crías que van teniendo a lo largo del tiempo, de modo que así se constituye un grupo más o menos nutrido de lobos y lobas de distintas camadas y generaciones. Sin embargo, las manadas de lobos pueden integrarse con muchísimas combinaciones que incluyen a hermanos, primos, tíos o hasta meras amistades sin lazos de sangre.

En una manada de lobos existe una clara jerarquía de individuos. En la cúspide se hallan los alfa y, yendo hacia abajo, individuos de cada vez menor relevancia. Esta jerarquía se establece dada la búsqueda de acceso a la comida y a la posibilidad de tener descendencia. Algo muy parecido sucede entre los chimpancés y los humanos, sobre todo los de la era civilizada. Los rangos sociales o el estatus son importantes en todos estos animales, a fin de lograr una mejor vida material; otras especies no los necesitan.

Todavía en el siglo XX se pensaba en la dominación exclusiva y principal del macho o el lobo alfa; y este lobo ciertamente existe, pero no es quien conduce por completo a la manada. Ésta, más bien, se encuentra comandada en todos sus aspectos por una pareja alfa, un macho y su com-



Imagen 6. Lobos [foto: Larry Clark].

pañera, una hembra que es también alfa. El macho alfa es esencial para las labores de caza, pero la hembra alfa toma las decisiones “domésticas” más relevantes para la manada, tales como cuándo salir a cazar, en qué momento trasladarse por el territorio y dónde o hacia qué tiempo hacer madriguera para los lobeznos.

Los lobos conviven mucho en grupo; por ejemplo, dedican bastante tiempo al juego con sus crías. Pero sobre todo cazan en grupo, lo que les permite conseguir presas más grandes que ellos mismos; alces y bisontes, entre otros. En el reino animal, si la presa es más grande que el predador, éste cazará en grupos y de manera más o menos coordinada; la relevancia de la sociabilidad crecerá por esta circunstancia, como también sucedió con varios *Homo* y con nosotros, los humanos actuales.

Al cazar en grupo las y los lobos más jóvenes y ágiles persiguen y cansan a las posibles presas y llegan, para “rematarlas”, los lobos más grandes; sobre todo el macho alfa, que se hace un experto en matar, mordiendo en

el cuello a sus víctimas. Las jerarquías dentro del grupo se establecen según personalidades y estilos de mando y llevan con frecuencia a revueltas y derrocamientos bastante violentos. Los lobos se matan mucho entre sí y por ello, tal vez, los perros pueden ser agresivos y peligrosos entre sí y con otros seres.

Las manadas se mueven continuamente en grandes territorios y sus relaciones llegan a ser muy difíciles, aunque también armónicas y tolerantes. Claro que la tolerancia de los lobos siempre será mucho menor que la de los perros, porque no son un animal domesticado. Safina habla en su libro de los lobos del Parque Nacional de Yellowstone, en los territorios estadounidenses de Wyoming, Montana e Idaho, donde los ha estudiado mucho el naturalista Rick McIntyre (nacido en 1949). También recurre a menudo a los estudios de Douglas W. Smith.

En Yellowstone desaparecieron los lobos hacia 1920, exterminados por los humanos, pero su ausencia incrementó en forma desmedida la cantidad de alces, los cuales se vieron libres de predadores naturales y su gran cantidad alteró la flora del Parque Nacional, afectando a otras especies animales, como las de muchas aves o los castores. Entonces, en los años noventa del siglo xx, se reintrodujeron a Yellowstone lobos traídos del Canadá y ellos se han adaptado al parque como si nunca hubieran dejado de estar ahí.

¿Pero por qué los humanos han matado tanto a los lobos? Primero hay que destacar que los pueblos nativos norteamericanos consideraban al lobo como un espíritu hermano. Ellos veían la forma de ser de los lobos muy semejante a la de los propios humanos y así se estableció una relación de respeto mutuo entre ambas especies. Ninguna mataba a la otra o, más bien, los humanos no mataban a los lobos, pues éstos nunca consideraron a los humanos como presas preferenciales. Humanos atacados por lobos siempre han sido algo en extremo infrecuente, a pesar de la, sobre todo, occidental “leyenda negra” que tanto ha hablado del y ha afectado al “lobo feroz”.

Sin embargo, el “hombre blanco”, caracterizado por la tradición judeocristiana, tanto en América como antes en Europa, por motivos culturales, económicos y religiosos, persiguió despiadadamente y hasta buscó un exterminio de los lobos. Estos animales cazaban el ganado de los humanos aunque, en especial, fueron considerados “los perros del demonio” y seres malignos, que falsamente se hicieron de una pésima reputación moral y eran considerados símbolo del pecado, el mal y lo demoniaco. “El hombre es el lobo del hombre”, llegó a decir Thomas Hobbes, sin detenerse a pensar en el modo en que calumniaba con ese dicho a los lobos, porque ellos nunca fueron un peligro real para los seres humanos.

Para colmo, y de un modo adicional, las pieles de lobo, también por motivos simbólicos, han sido muy buscadas y valoradas por el “hombre blanco” y el resultado fue que, con el desarrollo y la expansión de la sociedad occidental, se atacó en extremo a los lobos y se redujo muchísimo su población. Aún es fecha, dice Safina, que en los Estados Unidos existen tanto defensores como detractores del lobo. Estos últimos piensan que “el mejor lobo es el lobo muerto”, como antes decían de los nativos americanos –muy probablemente, el mismo tipo de gente que ahora vota por Donald Trump, quien con toda probabilidad es como aquélla–.

Pero es el propio Occidente el que ha terminado por emprender y alentar el estudio científico de los lobos y muestra afinidades electivas –en el sentido de respetar y cuidar a este gran cánido– con los pueblos originarios que los veneraban desde tiempos antiguos. Así, la reintroducción de lobos en Yellowstone ha sido un rotundo éxito ecológico e, inclusive, turístico, y tanto en toda Norteamérica –incluido México–, como en Europa, ha prosperado y mejorado mucho la población silvestre de lobos.

Ahora bien, hace por lo menos quince mil años (si bien hay indicios de que quizás bastante antes) unos lobos menos tímidos y temerosos que sus congéneres se acercaron a los campamentos de los humanos en busca de sus sobras como alimento y se fueron entendiendo con ellos, quienes decidieron adoptarlos para alimentarlos y para aprovecharse de sus

capacidades de aviso en situaciones de alarma, de protección y hasta de ayuda durante la cacería. Se piensa que los humanos mejoraron la eficiencia de su caza (mayor) y de su expansión por todo el planeta con ayuda de los perros que ya habrían estado a su lado.

Entiéndase por *domesticación* el proceso por el cual un animal como el humano introduce y adapta a su entorno doméstico a otro animal –o incluso a un vegetal o un tipo de planta–, o bien modifica severamente su forma de vida y logra la preservación de sus características amigables y útiles en las siguientes generaciones –de ese animal o planta–. Un animal *domesticado* difiere drásticamente de un animal *domado*, pues este último no ha pasado por el proceso de domesticación. Por ello animales salvajes resguardados como mascotas –lobos, tigres, leones...– atacan y matan con frecuencia a sus muy insensatos dueños.

Pero el perro no fue un lobo domesticado a propósito por los humanos, sino uno autodomesticado o que se domesticó a sí mismo con la colaboración de nosotros, quienes al mismo tiempo estábamos domesticando a otros animales y también a algunas plantas. El perro resultó de la autodomesticación de los lobos entre los humanos y experimentó las modificaciones genéticas que éstos quisieron para él, volviéndolo un perro eminentemente guardián, uno rastreador, uno recuperador o tan sólo uno de compañía, con muchísimas presentaciones agradables y convenientes para los *sapiens*.

El perro fue así un lobo que, al autodomesticarse, desarrolló el llamado *síndrome de la (auto)domesticación* o también *síndrome de Peter Pan*, porque incluye rasgos de infantilización en los especímenes adultos (Hare y Woods, 2020: 78-101 y *passim*; Wrangham, 2019: 60 y ss. y *passim*). A saber, un cerebro más chico que el del lobo o la especie original y con más aptitud para la empatía; una agresividad (reactiva) mucho menor o bien mayor tolerancia hacia los congéneres; una mentalidad infantil o conducta permanente muy dispuesta al juego y francamente noble y bondadosa, aunque también rasgos físicos como las famosas orejas caídas, el cráneo

redondeado, las mandíbulas y los dientes más pequeños de lo que pudieran ser, los ojos y el rostro más gráciles y expresivos, etcétera.

Identificada la autodomesticación en los perros, los zoólogos comenzaron a descubrir más casos de ella y del síndrome de Peter Pan en otras especies animales; una autodomesticación incluso con o sin relación con los humanos y sus sociedades. Destacan los casos de los gatos domésticos, de los bonobos, que son chimpancés autodomesticados en la propia naturaleza, sin intervención humana alguna, y de los propios *Homo sapiens*, que nos vamos comprendiendo a nosotros mismos como un *Homo* autodomesticado en comparación con otros *Homo* que no lo habrían estado; por ejemplo, los *habilis*, los *erectus*, los neandertales incluso, etcétera. Esto lo propone y sostiene el primatólogo británico actual, Richard Wrangham (nacido en 1948) (Wrangham, 2019: *passim*).

El perro devino en el “mejor amigo del ser humano”, pero tal vez –propone Safina– porque los lobos son muy parecidos a nosotros, los llamados *sapiens*. Otra vez recordemos a Hobbes y a su célebre “el hombre es el lobo del hombre”. Todo lo brutal en nosotros recuerda al lobo, pero el lobo es un animal que, además, llega a ser “muy humano”, porque más que violencia o aparte de ella, es individualidad y personalidad y es tan sociable –eusociable y disociable– como lo somos los actuales humanos.



### 3. MAMÍFEROS MARINOS

Por mamíferos marinos entenderemos aquellos que viven por completo y principalmente en el mar o en el agua; es decir, los llamados *cetáceos*, que son los delfines, marsopas y ballenas, y no incluiremos en este apartado a aquellos que viven tanto en tierra, como en un medio acuático, tales como las nutrias, focas diversas y morsas. Y de los cetáceos nos referiremos sobre todo a las orcas o “ballenas asesinas” y a los cachalotes o “ballenas de esperma”, que son los que aborda Carl Safina en sus libros *Beyond Words...*, o *Mentes maravillosas* –sección cuarta, dedicada a las orcas (2015: 295-409)– y *Becoming Wild...*, o *Aprendiendo a ser salvajes* –primera sección, sobre los cachalotes (2020: 1-120)–.

El término cetáceo proviene del griego antiguo *ketus*, que significa “monstruo marino” y del latín *cetus*, que equivale, más ampliamente, a “animal marino”. Las orcas (*Orcinus orca*) son los delfines más grandes que hay y los cachalotes (*Physeter macrocephalus*) las ballenas que poseen dientes y no “barbas” o cerdas bucales para alimentarse, en especial de plancton, como todas las demás especies de ballenas.

La palabra *orca* se generó a partir de *orcus*, demonio del inframundo o dios de los infiernos, identificado a veces con el dios Plutón, según la mitología romana –los conocidos orcos de J. R. R. Tolkien (1892-1973) también tuvieron un origen etimológico similar, basado en el idioma anglosajón (Tolkien, 2023: 267)– y se le aplica a las llamadas “ballenas asesinas”, que no lo son –muy en general– de seres humanos, sino de las presas de estos grandes delfines, mismas que van desde los salmones hasta los cachalotes y las ballenas jorobadas o grises jóvenes, pasando por focas y pingüinos.

El término cachalote proviene quizás del portugués *cachola*, que significa “gran cabeza” y/o del inglés *catch a lot*, “atrapa a muchos”; y convive con el de “ballena de esperma”, debido a que el nombre alude a la sustancia que se encuentra en las gigantescas cabezas de estas ballenas dentadas, las cuales se alimentan en lo principal de calamares medianos y gigantes, en las profundidades de los océanos.

Los cetáceos, desde luego, son mamíferos que, procedentes de la tierra, colonizaron los mares hace aproximadamente cincuenta millones de años. Allí fueron alcanzando grandes tamaños por la alimentación de que disponían y, también, en las especies menos grandes o los llamados delfines, una enorme capacidad intelectual. Safina explica que hace veinticinco millones de años, los animales más inteligentes del planeta Tierra eran los antepasados de las actuales especies de delfines, hasta que fueron igualados y superados por los primates homínidos y los demás homínidos –incluido el *sapiens*–, desde hace unos seis millones de años.

Y es que, en efecto, primates antropoides, elefantes, delfines y, desde luego, los humanos, tenemos *spindle cells* o células nerviosas fusiformes, que son las que permiten un funcionamiento más ágil y versátil de las funciones cerebrales, especialmente cognitivas, así como una sinapsis en extremo eficiente y productiva. Algo así como una función “turbo” de las conexiones del cerebro. Como ironiza Safina, cuando las mentes de los delfines eran las más avanzadas de la Tierra, al menos no había, todavía, guerras, ni problemas ecológicos o conflictos religiosos, políticos o ideológicos.

### 3.1. Orcas

Pero, ¿cómo viven en sus ambientes naturales las orcas y los cachalotes? Comencemos por las orcas, que habitan en todos los océanos del planeta, desde casi el Polo Norte hasta la Antártida o el Polo Sur. Su organización social parte de grupos familiares comandados por la matriarca de mayor



Imagen 7. Orcas [foto: ia].

experiencia y conocimientos, con la cual conviven sus hermanas, sobrinas, hijas, hijos y las crías que requieren de protección y están en proceso de maduración.

A diferencia de lo que ocurre con los elefantes, los machos de las orcas nunca se marchan del todo ni se alejan demasiado de su grupo familiar. El vínculo maternal se mantiene siempre entre ellos y sus madres; y, cuando alcanzan la juventud y la madurez, tales machos forman grupos amistosos que van en busca de hembras en otros grupos familiares, aunque sin apartarse para siempre de sus madres. Además, los grandes machos ayudan a los grupos familiares en las labores de caza que requieren más fuerza y poderío –por ejemplo, matar a una ballena joven que intente cazar el grupo–.

Las familias o grupos familiares de orcas forman a su vez *pods*, manadas o “escuelas” y lo hacen entre aquellas con las que se entienden bien y simpatizan, pero no con orcas extrañas. Y es que los *pods* se aglutinan también en *clanes* o comunidades que conforman auténticas nacionalidades o tribus de orcas, nacionalidades que se identifican por lo general como extrañas y no entablan la vinculación y colaboración que hay entre las orcas que sean parte de una misma familia, *pod* o clan.

Las familias dedican buena parte de su tiempo a la búsqueda de alimento, de la cual excluyen a las crías más pequeñas, aunque sí incorporan a las que van creciendo y madurando. No sólo las madres, sino otras hembras o “tías” se encargan del cuidado de las orcas bebés mientras la parte restante del grupo se dedica a cazar; cacería en la cual se desarrollan conocimientos que luego son transmitidos a la joven generación. Las orcas madres amamantan a sus hijos e hijas durante muchos años. El vínculo maternal es muy fuerte y vitalicio entre las orcas y sobra decir que cada orca es un individuo bastante diferente a los demás. Las orcas son claramente un *quién* y no un *qué*, al igual que sucede con los elefantes y los lobos, reitera Safina.

Ahora bien, hay grupos familiares, *pods* y clanes *residentes* y los hay *viajeros*. Los primeros permanecen en una misma zona y los segundos se trasladan a distintos sitios en busca de alimento. En la bahía de Vancouver que menciona Safina como ejemplo, las orcas residentes se nutren de salmón y las orcas viajeras cazan focas y hasta ballenas. Esas labores de cacería son organizadas y colaborativas, desde luego. Todo esto lo ignoraban quienes en las décadas de mediados del siglo xx cazaban delfines y orcas para entrenarlos y presentarlos en parques acuáticos de diversiones. Trataban de alimentar con peces a orcas acostumbradas a comer focas o ballenas y resultaba incomprensible para estos “entrenadores” la reticencia a comer de las orcas.

Éstas ingenian y desarrollan, a la vez que enseñan a y aprenden de otras, prácticas de caza muy específicas. Piénsese en cómo cazar salmones

o cómo cazar focas o pingüinos en determinadas circunstancias de mar abierto o de agua cercana a las playas.

Y, por supuesto, las orcas y los delfines se comunican entre sí con vocalizaciones o chillidos y con un contacto físico abundante, de tipo cariñoso además de erótico. Se comunican entre sí bastantes cosas y algo muy sorprendente es que van aprendiendo a “hablar” a medida que maduran, porque las crías no son muy eficientes en la comunicación que intentan. Pero más impresionante aún es que las orcas y los delfines generan chillidos y sonidos propios con los que se presentan y refieren a sí mismos y a su familia y su clan. Otros congéneres los reconocen por estos nombres propios y todo individuo responde a su llamado particular.

Tales *nombres* de los delfines y de sus grupos, destaca Safina, generan una identidad que hace que los individuos se reconozcan e identifiquen entre sí como miembros de una misma tribu o nacionalidad o de alguna diferente o extraña, con la que no tienen relación alguna, porque no sólo “hablan distinto”, sino además, y muy seguramente, no tienen los mismos hábitos y costumbres. Humanos y delfines, incluyendo a las orcas, dice Safina, son los únicos animales en la naturaleza que identifican a familiares y a extraños de una nacionalidad diferente o de la propia.

Se comenzó a estudiar con detenimiento a los delfines hasta la segunda mitad del siglo xx. Y, al capturarlos e investigarlos, se descubrió que eran extremadamente inteligentes, pero, sobre todo, que su desempeño en la vida silvestre involucraba aspectos asombrosos como la *ecolocalización* en un ambiente acuático, del mismo modo en que ella se descubriría antes, en un ambiente aéreo, para el caso de los murciélagos. Nos referiremos al *radar* y al *sonar*, por los que estos animales emiten vibraciones o radiaciones sonoras que, al rebotar en los objetos, les permiten “verlos” figuradamente, creando “imágenes o mapas” mentales que los humanos entendemos sólo de manera visual, pero ellos de manera a la vez auditiva y táctil.

En la práctica, ello significa que las orcas y los delfines –y veremos que también los cachalotes– emiten auténticos y poderosos “rayos” sono-

ros, audibles para los humanos como *clicks*, que les permiten “mapear” y “ver” en las oscuras profundidades del mar o bien en sus claridades, pero no de manera visual, como nosotros los humanos –de hecho, nosotros y otras especies con buena vista “mapeamos” o nos figuramos a los objetos *viéndolos*, ya que podemos captar con nuestros ojos “ecos” de la luz que reflejan los objetos que vemos; nuestra visión es una suerte de ecolocalización visual–.

Las frentes abultadas de los delfines son, con propiedad, cajas de resonancia, como las de una guitarra o un violín, que les permiten emitir aquellos rayos sonoros en el agua y así mapear con tremenda exactitud todo cuanto hay e inclusive se mueve –y en que direcciones y velocidades– en el fondo del mar. Y los *clicks* producidos por orcas y delfines se suman a su lenguaje identitario e identificador que emplean en sus familias, *pods* y clanes, las llamadas *codas*, a fin de vincularse o considerarse extraños.

### 3.2. Cachalotes

Pero la ecolocalización y los *clicks* son en extremo notables entre los cachalotes, las ballenas más famosas y típicas de todas, aunque sean las únicas dentadas. Si se pide a una niña o niño que dibuje a una ballena, dice Safina, es muy seguro que intentará pintar un cachalote. Y está la literatura y el cine con *Moby Dick*, el personaje cetáceo de Herman Melville (1819-1891), novela publicada en 1851. Melville mismo se embarcó en un buque ballenero en los años previos a la redacción de su afamado libro.

Los cachalotes también viven en familias o grupos familiares, como las orcas, pero, en su caso, más a la manera de los elefantes. A una familia la dirige y articula una matriarca experimentada y sabia, con la cual permanecen sus hermanas, hijas, sobrinas y crías, aunque los cachalotes machos, como sucede con los elefantes, se apartan de su familia al llegar a la adolescencia y cuando son adultos viven solos, a la manera del Moby



Imagen 8. Cachalotes [foto: ia].

Dick de la novela de Melville. Por cierto, se encuentran cachalotes en toda la franja oceánica del ecuador del planeta Tierra y los machos viajan solitarios hasta las ubicaciones más cercanas a los polos, sin llegar hasta ellos.

También con los cachalotes se forman *pods* y grupos y nacionalidades o tribus, pero lo más común es que se mantengan en familias y *pods*, los cuales se vinculan con grupos más grandes sólo en caso de necesidad. Cuando los humanos identificaron a los cachalotes a principios del siglo XVIII, y comenzaron a cazarlos en forma desaforada, ellos vivían en pequeños grupos, pero en tiempos del auge de la caza de ballenas de esperma en los siglos XIX y XX formaron, como estrategia de defensa, grupos mucho más grandes, con el fin de protegerse.

Las familias de cachalotes también pueden ser residentes o viajeras. Las y los individuos de mayor tamaño se sumergen en las profundidades

para encontrar qué comer y dejan en la superficie a las crías bajo el cuidado de sus madres o tías. Grupos de jóvenes machos expulsados de sus familias originales se acercan, conviven y aprenden de los machos adultos que, en época de celo, se acercan a las familias abundantes en hembras para que éstas los seleccionen como padres de sus futuras crías. Y, claro, los machos intervienen en defensa de los grupos familiares en caso de ataque de orcas o de otro carácter –humano, demasiado humano...–.

Durante siglos –xviii, xix, xx, xxi– el humano sólo supo de los cachalotes la forma cada vez más sofisticada de cazarlos. Los creía animales mudos y no se explicaba la razón de su gran cabeza, suponiendo que ella obedecía a las batallas entre los machos, por su derecho a aparearse con las hembras. El problema era que también éstas y las crías son criaturas “cabezonas”.

Tan sólo a finales del siglo xx y en lo que va del xxi se ha investigado a los cachalotes para entender que ellos son los mejores y más grandes generadores de *clicks* y los maestros naturales más consumados de la ecolocalización marina, pues cazan con gran habilidad en profundidades en donde ya no hay luz. Sus grandes cabezas son portentosas cajas de producción y recepción de vibraciones, cuyos ecos recogen por medio de sus delgadas mandíbulas inferiores, con las que también atrapan a sus presas preferidas, los calamares gigantes. Asimismo, sus cerebros son los más grandes entre todos los animales, porque, a mayor sociabilidad, mayores los cerebros, recuerda Carl Safina.

A los elefantes se les ha perseguido históricamente por su marfil y a los cachalotes se les sigue cazando aún por el aceite de sus cuerpos y cabezas e inclusive por sus huesos, dientes y carne. El aceite de ballena se utilizaba en tiempos pasados de formas que luego podría cubrir el petróleo y aun cuando llegó la era de éste, no dejó de cazarse a las ballenas y cachalotes, buscándoseles otros usos innecesarios y cuestionables a sus componentes corporales, incluyendo la fabricación de corsés para las damas a partir de los huesos de los grandes cetáceos.

La caza de ballenas de esperma comenzó hacia 1720 y, para fines del siglo XVIII, los Estados Unidos eran ya en su región noreste un gran emporio ballenero. En el siglo XIX se consolidó la industria de la caza de ballenas, con incursiones muy abundantes y eficientes en barcos de vela, como las descritas por Melville en *Moby Dick*. En el siglo XX tuvo lugar la maquinización de la pesca de estos gigantes con cañones arponeros instalados en grandes buques motorizados. El resultado fue la casi extinción de las especies de ballenas y, en particular, del cachalote.

Todavía después de la Segunda Guerra Mundial, hacia 1946, se creó una Comisión Internacional Ballenera, que “regulaba” la caza de ballenas fijando cuotas de “producción” o, mejor, de aniquilación, pero más por vigilar los intereses de las empresas y las naciones “balleneras”, que por proteger a los cetáceos. Aún en los años sesenta del siglo XX, la caza comercial de ballenas era vastísima, pero a partir de los setenta y durante los años ochenta, sobre todo, se cobró mayor conciencia ecológica y científica y se tomaron acciones para terminar con la caza de estos animales, los más grandes del planeta e importantísimos para su equilibrio ecológico.

Los cachalotes y otras ballenas, dice Safina, “abonan” con sus excrementos, volcados en las aguas superficiales, el plancton del que se alimentan las propias ballenas y muchísimas especies de peces en el mar, de manera que matar a una ballena es matar los mares mismos.

Además, ya es por completo innecesario cazar a estos animales. Ello sólo se sigue haciendo por motivos culturales y absurdamente comerciales. En general, el mundo occidental ha prohibido y terminado con la caza de ballenas y sólo ciertas naciones como, asombrosamente, Japón o Rusia, continúan evadiendo las normas internacionales y comportándose de un modo tan anacrónico, como depredador, debido a sus ya injustificables “usos y costumbres”.



#### 4. GRANDES MONOS ANTROPOIDES DE LA FAMILIA *HOMINIDAE*

Tales grandes monos nos incluyen a nosotros, los *Homo sapiens*, pero también a orangutanes, gorilas, chimpancés y bonobos. “Hominidos” son todos los grandes simios y los humanos y estos últimos son, además, “homininos”, aunque no únicamente el *sapiens*, sino, en forma adicional, otros *Homo* ya extintos. Sobre chimpancés y bonobos escriben muy provechosamente Carl Safina en la sección tres de *Aprendiendo a ser salvajes...* (2020: 207-324), así como también Frans de Waal en sus preciosos últimos libros (de Waal, 2014, 2019 y 2022). En este texto nos referiremos sólo a gorilas, chimpancés y bonobos.

La línea evolutiva que separa al *sapiens* de los orangutanes se bifurcó hace unos quince millones de años y la que nos separa de los gorilas hace unos diez. Hace entre siete y seis millones de años, también se separaron otras líneas evolutivas de un ancestro común, para dar lugar a los actuales chimpancés y bonobos y a los futuros *Homo*, que serían antecidos por los llamados australopitecos, que eran monos parecidos a chimpancés, aunque bípedos por ser ya habitantes de las llanuras africanas.

Los humanos coincidimos con chimpancés y bonobos entre un noventa y ocho y un noventa y nueve por ciento de los genes o de nuestro genoma. Bonobos y chimpancés lo hacen entre sí en un noventa y nueve por ciento y, sin embargo, a todas luces son especies diferentes, fisonómica y, sobre todo, conductual y socialmente hablando. Entre gorilas y humanos la coincidencia genética baja a cerca de entre noventa y cinco y noventa y siete por ciento. Estamos más emparentados con chimpancés y bonobos que con los gorilas o cualquier otro animal.

#### 4.1. Gorilas

Hay dos especies identificadas de gorilas: el gorila occidental (*Gorilla gorilla*) y el oriental (*Gorilla beringei*) (Wikipedia, 2024 y WWF, 2024). Ellas existen en su forma actual desde hace entre once y siete millones de años. Los machos llegan a medir hasta 1.80 cm y pesar más de doscientos kilos y las hembras no más de cien –esta diferencia de tamaños es típica de un animal no domesticado; cuando hay domesticación de una especie, las dimensiones de los machos y las hembras ya no difieren demasiado-. Y viven entre treinta y cincuenta años. Las crías permanecen al lado de sus madres hasta los tres o cuatro años de edad.

Ambas especies de gorilas viven en los bosques tropicales y subtropicales del África central o subsahariana. Se calcula que hoy existen unos trescientos sesenta y seis mil ejemplares, pero sólo poco menos del tres por ciento vive en zonas protegidas, como el parque Virunga o Albert en las selvas de la República Democrática del Congo –hay un recomendable documental en Netflix, acerca de este parque nacional–.

Cada especie de gorila se divide a su vez en dos subespecies. El gorila occidental –el más abundante, con unos trescientos dieciséis mil individuos– lo hace en aquel “de tierras bajas” y el “del río Cross”; y el gorila oriental se subdivide en el “gorila de montaña” –el de la película *Gorilas en la niebla*, de 1988, sobre la primatóloga Dian Fossey (1932-1985)– y el de “tierras bajas” o “de Grauer”.

Su hábitat natural ha sido muy afectado por las actividades económicas de los seres humanos –madereras, mineras, petroleras, agrícolas...– y se les caza mucho por su carne y sus pieles o para obtener simples trofeos disecados, además de por el hoy intenso tráfico de especies. Los países africanos en donde viven los gorilas –Uganda, Ruanda, República Democrática del Congo, Camerún, Nigeria, Gabón– los protegen poco y mal, debido a sus severos problemas políticos y sociales. Aún abunda mucho la caza furtiva e ilegal de gorilas, si bien se hacen esfuerzos por combatirla.



Imagen 9. Gorilas [foto: Dušan].

Los gorilas son casi exclusivamente herbívoros –también comen insectos sociales– y viven por lo general en familias de entre cinco y diez individuos comandadas por un gran macho dominante –el llamado “espalda plateada”–, aunque también llegan a hacerlo en parejas o en grupos de familias de entre treinta y cincuenta individuos. Las costumbres de los gorilas varían según las especies y subespecies, ligadas a territorios distintos.

El grupo familiar típico está compuesto por el espalda plateada mayor de doce años de edad y por tres o cuatro hembras con sus crías, las cuales pueden incluir a machos jóvenes inmaduros. Por lo general, estos

jóvenes, al igual que las hembras, abandonan al crecer sus grupos para tratar de formar en el futuro sus propias familias o integrarse a otras.

Si un espalda plateada muere, su grupo se desintegra; y también puede ocurrir que este macho sea derrotado por otro desafiante, el cual asume el control del grupo. En tales circunstancias, es usual el infanticidio, pues el nuevo líder busca a las hembras y éstas no lo aceptarán mientras cuiden de crías muy pequeñas. Las peleas entre machos –por el poder en el grupo o por territorio disputado– no son frecuentes, pues prefieren intimidar a sus rivales con los típicos golpes en el pecho y mostrarse más poderosos, de paso resultándoles atractivos así a las hembras.

Los grupos familiares se desplazan por donde haya alimento –hojas, frutos, cortezas, bambú, bayas, termitas...– y pernoctan haciendo camas en el suelo o en ramas bajas de árboles. El espalda plateada duerme siempre en el suelo, velando por la seguridad del grupo, pues entre sus funciones está protegerlo contra posibles depredadores de crías, sobre todo, leopardos.

Las madres y sus crías son inseparables y, si muere una madre, su bebé estará, en principio, sentenciado a morir, aunque se han documentado casos de adopción de crías huérfanas por parte de otras hembras o, incluso, por sus hermanos machos. Como último dato puede destacarse que un estudio de National Geographic realizado con un robot que simulaba ser un gorila reveló que sobre todo los gorilas machos “cantan” a la hora de comer; hacen sonidos vocales de inequívoco agrado, como si estuviesen canturreando en tales momentos.

#### 4.2. *Chimpancés y bonobos*

Ha sido mucho más estudiada la interesante vida de los chimpancés y de los bonobos. La gran promotora y decana de las investigaciones sobre ellos es la primatóloga inglesa, Jane Goodall (nacida en 1934) –quien los empezó a llamar mediante nombres, rompiendo la costumbre de los

investigadores hasta entonces, que numeraba o codificaba a los individuos-. Goodall descubrió que los chimpancés suelen usar ramitas preparadas por ellos mismos, a manera de herramientas para comer termitas y hormigas, y que asimismo entablan guerras que duran años.

Actualmente se calcula que existen no más de trescientos cincuenta mil chimpancés (*Pan troglodytes*) y unos cincuenta mil bonobos o chimpancés pigmeos, enanos o gráciles (*Pan paniscus*). Estos últimos viven al sur o en la orilla izquierda del río Congo, en la república del mismo nombre; y los chimpancés habitan a la derecha de ese río, en las selvas del propio Congo y en Uganda, Tanzania, Gabón, Ghana, Costa de Marfil, Senegal, Camerún y Nigeria, compitiendo por los recursos en varias zonas con los gorilas. Hay cuatro variedades o subespecies de chimpancés: el oriental, el occidental, el central –que es el más numeroso, con unos doscientos mil individuos– y el de Nigeria y Camerún –con apenas unos seis mil-. Cada subespecie tiene sus propios hábitos culturales, diferentes a los de las demás; tales hábitos incluyen usos diversos de herramientas y aún de vocalizaciones dotadas de distinto significado.

Los chimpancés viven hasta sesenta años en cautiverio, pero en la vida silvestre su esperanza de vida es de sólo treinta y cinco años. Pesan entre treinta y setenta kilogramos. La diferencia de tamaño de los dos sexos entre los chimpancés es mayor que entre los bonobos y éstos son mucho menos corpulentos y con cráneos redondeados, cerebros más pequeños –aunque con ciertas áreas más desarrolladas que en los chimpancés–, caras aplanadas más expresivas y extremidades con mayor esbeltez. Según el primatólogo holandés Frans de Waal, el cerebro del bonobo es el más empático –el de mayor capacidad altruista– de toda la naturaleza (de Waal, 2019: 248).

Como ya se indicó, humanos y chimpancés tuvieron un ancestro común hace entre seis y siete millones de años y los bonobos se separaron de los chimpancés hace unos dos millones de años. Las primeras descripciones y alusiones a los chimpancés ocurrieron hacia 1739 y 1740, por el



Imagen 10. Chimpancés [foto: ia].



Imagen 11. Bonobos [foto: tsauquet].

artista Louis Gerard Scotin (1690-1755) y el naturalista Georges-Louis Leclerc de Buffon (1707-1788). Hacia 1860, los biólogos Thomas Henry Huxley (1825-1895) y Charles Darwin propusieron que estos grandes primates se encuentran emparentados con los humanos. Darwin sugirió al célebre “eslabón perdido”, que luego resultó ser algo muy complicado, ya que no ha sido uno, sino muchos.

El nombre científico del chimpancé se inspiró en el dios mitológico griego Pan, concebido como un personaje peludo, así como en los “trogloditas” mencionados por Herodoto (484-425 antes de nuestra era) y Aristóteles (384-322 antes de nuestra era), en cuanto seres humanos extraños y salvajes. Al bonobo se le identificó como una especie aparte hasta 1933. La naturalista inglesa Jane Goodall y el japonés Toshisada Nishida (1941-2011) emprendieron en 1960 y 1963, respectivamente, los primeros estudios etológicos formales sobre los chimpancés.

La vida social de chimpancés y bonobos, hasta y en donde se les ha estudiado, es radicalmente diferente. Los primeros son patriarcales y los segundos, matriarcales. Chimpancés y bonobos viven en grupos o comunidades de alrededor de sesenta individuos o menos, o a veces incluso más. Al nacer una o un crío vive muy apegado a su madre hasta los tres o cuatro años.

Entre los cinco y los diez y poco más años un chimpancé y un bonobo tienen aún mucho que aprender de su madre y sus mayores y desde los quince estos monos son adultos jóvenes que comienzan a abrirse camino en la comunidad. Entre los chimpancés, las hembras abandonan sus comunidades originales para ser incluidas en otras y los machos permanecen toda su vida en ellas e inician su búsqueda de rango o estatus, el cual, mientras sea mejor, les garantizará comida de mayor cuantía y calidad y más acceso a tener sexo.

Casi todos los machos compiten por ser el alfa, quien dirige al grupo y cuenta con los mayores privilegios. Este alfa y sus competidores establecen alianzas con otros machos, de modo que su vida en la comu-

nidad es una de perpetua ambición y de intriga política permanente. El poder del alfa se funda al final de cuentas en la violencia y la fuerza, pero también cuentan en extremo su personalidad y su talento para gobernar. Generalmente, los alfa se mantienen en su posición superior unos tres o cuatro años, aunque está documentado el caso de uno que permaneció dieciséis años en el poder. Según Frans de Waal, el liderazgo de un macho alfa violento es siempre más breve que el de uno justo y conciliador (2019: 223).

Un tercio de las crías de una comunidad de chimpancés son hijas del alfa y las demás lo son de machos de elevado rango. En sus alianzas e intrigas políticas, los machos llegan a matarse mucho entre sí, pero también son muy capaces de reconciliación. Los chimpancés muestran gran violencia intragrupo –mucho disocialidad interna– y no pocos de ellos mueren por estas luchas. Un alfa desbancado acaso permanece como macho de menor rango en su comunidad o, de plano, muere por las heridas que haya sufrido en sus combates con otros aspirantes. También, abundan los chimpancés lisiados, tanto porque se lastiman mucho en sus enfrentamientos, como por su vida cotidiana en la selva, misma que incluye la intromisión de los humanos, ya sea por las alambradas que éstos ponen, o por la cacería que hacen sobre ellos.

Asimismo, los machos matan bastante a las crías, sin importar si son muy pequeñas, o ya mayores, pues desean aparearse y las hembras que son madres no están disponibles para ellos mientras cuiden a sus crías. Por inexperiencia, la mayor parte de las chimpancés pierde siempre a su primer bebé y los primatólogos nombran a los individuos de una comunidad sólo después de que hayan cumplido los seis meses de edad, pues antes de ello están en gran riesgo de morir. Por añadidura, las hembras padecen en extremo la violencia de los machos, quienes llegan a matarlas de modos caprichosos, como parte de su búsqueda de estatus. Frans de Waal sugirió la regla de que los chimpancés machos respetan en general a las hembras con las que han tenido sexo (2022: 237).

Dice Carl Safina que la política y el carácter machista y patriarcal de las comunidades de chimpancés recuerda muchísimo a la de las sociedades humanas. De Wall realizó ya esa sugerencia desde finales del siglo xx. El porcentaje de asesinatos en las comunidades de chimpancés es similar al que hoy existe en los grupos humanos de cazadores-recolectores.

De acuerdo con estas situaciones, el *Homo sapiens* no es “en el fondo” como todos los demás animales; más bien, es como los chimpancés. La política de las sociedades de los seres humanos, hasta tiempos de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) –recuérdese su libro *El Príncipe*– o de William Shakespeare (1564-1616) –evóquense sus obras teatrales sobre reyes británicos o nórdicos, reales o ficticios: Hamlet, Macbeth, Ricardo II, Ricardo III, Enrique IV, Enrique V, Enrique VIII...–, de plano fue bastante *chimpancesca*. Pero en el siglo xviii llegarían las monarquías ilustradas y desde el xix se afianzaron democracias liberales, que han cambiado este panorama violento. Cuando Maquiavelo recomendaba a los príncipes del siglo xvi “eliminar” a sus oponentes, no se refería a derrotarlos en las elecciones, sino, en concreto, a asesinarlos.

Algo importante es que los chimpancés matan usualmente a sus congéneres “en grupo” y no en combate individual. Cuando un alfa es derrocado, el nuevo líder cuenta con el apoyo de sus alianzas pactadas con anterioridad con otros machos. Y además está la vigilancia y protección del territorio de la comunidad, el cual es por lo general de unos veinte a veinticinco kilómetros cuadrados.

La comunidad se desplaza por ese territorio, haciéndose de la comida que ya sabe que hay en él. Y va en busca de frutos, hojas, cortezas, nueces o bayas, miel, termitas y hormigas y, de manera ocasional, incluso carne, porque, de forma grupal y organizada, los chimpancés cazan sobre todo monos y cervatillos pequeños. Esta caza en grupo muestra coordinación, si bien una “en modo yo”, como lo ha destacado Michael Tomasello (nacido en 1950) (2014: 136-138); es decir, sin demasiado y complejo trabajo de equipo. Pareciera que una caza más coordinada, ya presente entre los

*Homo*, hizo posible a la “caza mayor” –en inglés *Big Game*– que no existe entre los chimpancés, aunque sí entre los lobos.

Comandados por el alfa, las patrullas de machos –que llegan a incluir hembras, cuando eso es necesario y ellas no cuidan de crías– también alejan o expulsan a otras patrullas invasoras y se han documentado verdaderas guerras de varios años entre comunidades de chimpancés –quienes muestran, pues, gran disocialidad externa–. Como ya se indicó, Jane Goodall fue la primera en registrar dichas guerras. Las muertes ocurren sobre todo cuando varios chimpancés enfrentan a alguno solo o a un grupo menor –tal es la *violencia proactiva coaligada* de la que habla el primatólogo Richard Wrangham (2019: 33 y ss. y *passim*) y que también ha sido una marcada característica humana–. Se calcula que un diez por ciento de las muertes entre los chimpancés ocurre a causa de sus guerras y conflictos internos.

También entre las hembras de los chimpancés hay rangos, aunque ellas no aspiran al poder de la comunidad, sino tan sólo a un buen alimento asegurado, a un trato más benévolo de los machos y a poder escoger mejores parejas. Los machos incorporan hembras jóvenes procedentes de otros grupos y estas hembras son tratadas como inferiores por las que ya pertenecen a la comunidad. Sólo con el tiempo las hembras migrantes logran una mejor posición dentro del grupo al que han llegado.

Las cuatro variedades mencionadas de chimpancés desarrollan sus propias herramientas y maneras de hacer las cosas, tales como los alimentos que pueden obtener y las formas de consumirlos. Se trata de modos distintivos y diferentes a los de otras variedades de chimpancés y sus comunidades. Unos grupos cazan más monitos que cervatillos y otros, viceversa. Algunos usan piedras para romper nueces y otros no. Unos saben cómo cazar termitas y hormigas y otros no. Algunos usan hojas como una esponja para ayudarse a beber agua y otros no. Todos ingenian y transmiten procedimientos y en especial las madres se los enseñan a las crías de mayor edad, quienes aprenden por imitación. Así se establecen costum-

bres y luego tradiciones culturales, propias de cada comunidad y hasta variedad de chimpancés. De Waal precisa que los machos aprenden de los machos y las hembras de las hembras (2022: 62-63). Por lo tanto, sólo las hembras saben, por ejemplo, cómo cazar termitas o romper nueces y los machos cómo dañar mejor a un enemigo.

Y está el asunto del lenguaje, que entre los chimpancés es muy parecido al de los humanos, pues utiliza gestos faciales y corporales y vocalizaciones. Estas últimas son, anatómicamente hablando, más limitadas en los chimpancés que en los humanos, pero en cuanto a su diversidad expresiva y su uso muy complejo y contextual, los lenguajes de los chimpancés tienen poco que envidiarles a los de los humanos. Y con los gestos faciales ocurre que son casi del mismo número entre humanos y chimpancés.

Hubo chimpancés que fueron enseñados, por varios experimentos hechos con ellos hasta los años sesenta del siglo xx, a comunicarse por medio de y a entender los complejos lenguajes de los humanos, pero este tipo de investigaciones han sido abandonadas, para preferir las del complejo y versátil lenguaje de los chimpancés en sus propios hábitats naturales. Allí se ha descubierto que ellos tienen en efecto un lenguaje gestual universal, pero también otro artificial, desarrollado por cada comunidad y cada variedad. No hay un lenguaje único de los chimpancés, sino varios.

Ahora es tiempo de abordar de un modo más específico la sociedad de los bonobos. Ésta, como se dijo anteriormente, es matriarcal y mucho más pacífica y menos violenta y agresiva que la de los chimpancés. Los bonobos habitan en la rivera izquierda o bien al sur del río Congo, en una gran zona selvática donde no ha habido gorilas y donde el alimento vegetal es abundante, por lo que los bonobos han tenido menos dificultades que los chimpancés para desenvolverse en su entorno y eso, tal vez, ha implicado que sean tan diferentes de sus agresivos primos, tanto biológica, como socialmente (Hare y Woods, 2020: 46). En ellos, por ejemplo, no se registran infanticidios y asesinatos, según apuntó Frans de Waal (2019: 254).

Las y los bonobos viven en grupos donde una matriarca experimentada y sabia, coaligada con otras hembras madres de menor rango, cuidan a las crías de la violencia masculina y tienen “a raya” la agresividad de los machos con la amenaza de su propio número y con la herramienta adicional del sexo placentero. Brian Hare destaca que el poder de la matriarca y de las madres radica, en última instancia, en las crías bebés que están a su cuidado, quienes son los individuos mayormente privilegiados en la sociedad de los bonobos (Hare y Woods, 2020: 44-46). La dominación de las matriarcas suele ser muy benévola, justa y conveniente para el grupo. Las únicas muestras de favoritismo ocurren, acaso, hacia su propia descendencia, pero en general su desempeño es muy atinado e, inclusive, digno de envidia para una especie como la de los *Sapiens*.

Los chimpancés machos se coaligan en sus comunidades por el poder, pero las hembras bonobos lo hacen en las suyas para la buena alimentación, la buena crianza de las crías y la ayuda y amistad. Y ellas prefieren y sólo aceptan a los bonobos machos menos agresivos, por lo que éstos, para ser bienvenidos, también se han diferenciado de sus equivalentes chimpancés. Las hembras bonobo no hacen tan evidentes sus periodos de celo como las chimpancés, por lo que los machos no saben cuándo son más receptivas y fértiles. Tampoco estos machos patrullan en grupo sus territorios ni tienen guerras con otros. Además, las y los bonobos tienen sexo “de frente”, como nunca lo hacen los chimpancés. Y, en definitiva, entre los bonobos los conflictos no se resuelven preponderantemente con violencia, sino con mucho sexo y caricias placenteras.

Una gran lección de nuestro planteamiento sería que el mundo humano debiera *deschimpanzarse* mucho y *bonobizarse* bastante. Si los bonobos son chimpancés autodomesticados, como lo ha propuesto Richard Wrangham, los humanos requerimos continuar con nuestra autodomesticación iniciada hace entre doscientos y trescientos años mediante logros culturales que se han ido y se irán integrando al paso de los siglos a nuestra naturaleza. Por ejemplo, la democracia liberal, la cual sería básica para

materializar sociedades apoyadas en un Estado de derecho racionalmente constituido, por el que impere la razonabilidad, la sensatez. Sólo *bonobizados* y democratizados, los humanos dejaremos de ser *Homo offensus* para convertirnos en genuinos *Homo sapiens*.



## 5. LA CULTURA ANIMAL, LA HUMANA Y LA HUMANISTA

Los animales que no son el humano no sólo actúan “por instinto”. Si acaso los instintos son impulsos naturales o biológicos que nos mueven a desenvolvernos en nuestro medio, en primer lugar habría que destacar que ellos no son los únicos impulsos de esta clase. Habría que incluir también, como lo hizo el gran filósofo moderno del sentido común, Thomas Reid, en el siglo XVIII, a los hábitos, los apetitos, los deseos y los afectos que experimentamos los humanos y numerosos animales, al lado de las emociones que ya estudiara Charles Darwin en el siglo XIX, con un enfoque evolucionista, el cual enfatizaba y concluyó, por cierto, el hecho de que todas las razas humanas pertenecen a una misma especie animal.

Tradicionalmente se ha pensado que a cualquier animal le basta con crecer y “seguir u obedecer sus instintos” para sobrevivir en la naturaleza y alcanzar una plenitud como individuo, pero luego de un conocimiento cada vez mayor y mejor de la conducta individual y social de los animales, culminado en los estudios etológicos desplegados desde el siglo XX, mismos que han estudiado el comportamiento animal en sus hábitats naturales, queda muy en claro que ello no es así. Como lo ha destacado Carl Safina, a fin de intitular de este modo uno de sus libros, muchos animales tienen que “aprender a ser salvajes”, aprender a ser silvestres para sobrevivir, lo que significa que no sólo obedezcan a sus instintos, satisfagan sus apetitos y deseos y desplieguen sus afectos de todo tipo, sino que desarrollen cierta cultura.

“Aprender a ser salvajes” exige desarrollar determinadas habilidades o ingeniar ciertos procederes con el fin de sobrevivir y desenvolverse en el entorno en que se está ubicado; y, después, enseñar dichas habilidades descubiertas a otros congéneres menores, a la vez que aprenderlas, acaso, de otros mayores. Cuando tal cosa ocurre, se presenta o aparece la cultura (Hernández Prado, 2022a y 2022c). En estricto sentido, *cultura*, en contraste con *naturaleza*, es *aquel conjunto de conductas y procedimientos ingenidados, enseñados y aprendidos, con los que tiene que contar un animal en su propio hábitat natural para poder sobrevivir y desenvolverse en el mismo*. La mencionada cultura, desde luego, ha de agregarse a los impulsos naturales o los “principios mecánicos y animales de la acción” que dijera Thomas Reid en el Siglo de las Luces, y su existencia es crucial para que resulte factible “aprender a ser silvestres” o “salvajes”.

Quizás existe algo a medio camino entre la naturaleza y la cultura en el caso de los insectos sociales, que cuidan de determinada manera a huevecillos y larvas, a fin de que se conviertan en femeninas obreras, niñeras, guerreras o hasta reinas, ya que entonces a aquellas larvas no les basta con crecer y sobrevivir para convertirse en tales. Es su cuidado especial por las niñeras, lo que las convierte en cuanto llegan a ser, pero ese cuidado es instintivo o natural. Semejante “cultura” de los insectos sociales sería, por lo tanto, una *semi-* o *precultura*, si bien en otros animales ocurrirá ya, y sin duda, que un ingenio enseñado y aprendido durante generaciones pueda ser llamado, a plenitud, “cultura”.

Pero, ¿por qué hablar de “cultura”? ¿Por qué se le denomina así a todo aquello que se ingenia, enseña y aprende para sobrevivir y poder desenvolverse en un ambiente determinado? La palabra de raíz latina no existía entre los romanos que utilizaron la histórica lengua originalmente. Ellos nombraron *colere* a la actividad de rendir veneración o culto respetuoso a los ancestros o a las deidades y, por extensión, en las “edades oscuras” y en la temprana y madura Edad Media del Occidente europeo se empezó a

hablar de una veneración reverencial por el trabajo de la tierra, que sería referido con el término *agricultura* o, simplemente, *cultura*.

Y si a la tierra había que cultivarla con el fin de que rindiera frutos, de allí se pudo transitar en el Renacimiento y la Era Moderna occidentales a hablar de la cultura como de un *cultivo de lo humano en los propios seres humanos*, con el propósito de que se convirtieran a cabalidad en eso que pueden llegar a ser. El humano debía ser enseñado en determinadas artes de expresión hablada y lectura, escritura, aritmética, geometría y conductas y quehaceres diversos, para que pudiera convertirse a cabalidad en humano. No le bastaba con sólo crecer para ser eso y se encontró una gran diferencia con respecto a los animales, de los que se pensaba, de un modo equivocado, que tenían sencillamente que crecer para devenir en perros, gatos, caballos, tigres o leones, águilas, monos, escarabajos o lo que fuera.

En el siglo xvii, por ejemplo, el jurista y pensador político alemán Samuel Pufendorf (1632-1694), consignó en su libro *De Iure Naturae et Gentium (Derecho natural y de gentes)* de 1672, la siguiente definición tan influyente: cultura equivale a “los medios a través de los cuales los seres humanos superan su barbarie original y por medio del artificio, se convierten en completamente humanos” (Damasio, 2018: 174), lo cual conlleva o implica que la definición “clásica” de cultura sea precisamente cuanto los humanos ingeniamos, enseñamos y aprendemos para poder llegar a ser precisamente humanos, pues no sólo nos basta con crecer para que seamos tales. Sólo siglos más tarde entenderíamos que acontece lo mismo con muchos animales generadores de cultura.

Un siguiente paso muy importante en la comprensión de la cultura humana sería convencernos de que lo que los humanos ingeniamos, enseñamos y aprendemos no es igual en todos los ambientes y épocas en los que hemos vivido, sino que aquellos elementos son en extremo cambiantes, por lo que es posible y conveniente hablar no sólo de cultura humana, sino de *culturas humanas*, en un importantísimo plural. De esto se

costraría conciencia desde el siglo XVIII, aunque de un modo muy nítido en los siglos XIX y XX, cuando se pensó, inclusive, que los seres humanos somos *pura y exclusivamente* cultura y que la naturaleza en su conjunto es muy poco relevante con respecto a nosotros y las culturas humanas.

Pero tal no sería el caso ni era cierto, porque, en efecto, se debe distinguir entre la cultura animal y sus creaciones más simples que las humanas en materia de aquello que se ingenia, enseña y aprende y lo enormemente complejo que resultan las culturas del actual y llamado *Homo sapiens*, donde lo que se ingenia, aprende y enseña es siempre complicado en una inmensa medida. La cultura nace animal –se ha dicho con anterioridad en este texto–, pero deriva en cultura humana y como semejante cultura es mucho más compleja que la animal y es trascendental y significativa entre los seres humanos. Puede afirmarse que los humanos somos seres *hiperculturales*, como no lo son los demás animales en la naturaleza conocida, y vale la pena preguntarse sobre qué es lo distintivo de la cultura humana; qué es lo característico de la aquí denominada hipercultura humana.

Lo distintivo de ella no únicamente pudieran ser los valores o las “ideas de valor”. A finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, el filósofo alemán Heinrich Rickert (1863-1936) y luego el mexicano Antonio Caso (1883-1946) propusieron en sus respectivas meditaciones (Caso, 1985 y Rickert, 1965) –y en lo que se pudiera denominar una *hipótesis Rickert-Caso* (Hernández Prado, 2022a)– que “cultura” es todo cuanto tiene que ver con los valores, siendo los valores o las “ideas de valor” aquellos conceptos o realidades ideales, mentales o intelectuales que inspiran el quehacer de los seres humanos, a la vez que permiten también un conocimiento acerca del mundo –en estricto sentido– cultural, que se crea con dichos valores. Este conocimiento en particular sería aquello que Rickert llamó la *ciencia cultural*, en contraste con toda la *ciencia natural*. Ciencias culturales eran para Rickert y Caso –y también para Max Weber, en cuanto el seguidor de Rickert que fue– las ciencias humanas y, específicamente, sociohumanas, por ejemplo, la economía, la sociología,

la psicología, la antropología cultural o la politología, que estudian aspectos diversos de la polifacética (hiper)cultura humana.

No cabe duda de que la cultura de los seres humanos es abrumadoramente rica en valores y que tales valores pueden mostrar una jerarquía muy amplia y compleja, pero los animales que poseen un sistema nervioso o neuronal muy sofisticado y un cerebro bastante desarrollado y, en consonancia con ello, cuentan también con una relevante e intensa vida social, actúan asimismo por valores o por ideas de valor, si bien unas más limitadas y sencillas que las humanas. Un ser humano es capaz de llegar a matarse por la democracia, la justicia o por la “salvación de su alma”, pero un delfín, un perro o un chimpancé también actúan buscando, sin duda alguna, su propia comodidad o, inclusive, persiguiendo el que se les trate más equitativamente que a otro congénere suyo. Frans de Waal subrayaba que es posible observar y comprobar un sentido de la equidad en muchos animales neurológicamente complejos, los cuales resienten el que se les trate mal o peor con respecto a otro animal de su misma especie (de Waal, 2019: 267-274). Quizás por ello los humanos, en forma generalizada –consideró de Waal–, siempre hemos sido muy sensibles a la desigualdad y a la injusticia.

Pero la respuesta acerca de lo que distingue a la cultura animal de la hipercultura humana pudiera radicar, sencillamente, en la invención, desarrollo y uso de *códigos* tales como sistemas de signos, símbolos y reglas de muy diferentes clases, que los humanos hemos sido capaces de crear, identificar y cumplir o no cumplir. Un primer código indispensable y característico de la hipercultura de los llamados *sapiens* sería, en sentido estricto, el código lingüístico; los códigos de palabras y reglas que son las lenguas habladas. Los humanos y, en concreto, los autodenominados *sapiens*, hemos podido desarrollar infinidad de idiomas pronunciables y después escribibles demasiado sofisticados y, gracias a ellos, muchos otros códigos asociados a instituciones sociales típicas de la humanidad, hoy restringida al *Homo sapiens*; instituciones tales como las religiones, las unidades y sistemas políticos, los sistemas económicos, jurídicos y demás.

El lenguaje humano es, en concreto, un sistema de signos y de reglas, pero a partir de él existen códigos de reglas morales, religiosas, de convenciones sociales, de costumbres tradicionales, etcétera. Los humanos hemos generado múltiples sistemas jurídicos, económicos, políticos, de actividades estéticas o artísticas –las artes, en general–, de actividades cognitivas que persiguen descubrir la verdad y el significado del mundo –las ciencias y la filosofía–, entre otros. Todos esos códigos son posibles por aquellos otros lingüísticos y conforman la hipercultura de la humanidad, hipercultura que no está presente entre los animales, pero que surgió de la cultura animal y, por añadidura, nos llevó a pensar a los humanos que *no existe* una cultura animal y que nuestra cultura humana, al igual, por ejemplo, que la moralidad, nos “cayó del cielo” al modo de un regalo de los dioses o como un elemento añadido a la Creación divina del universo; o bien a pensar en una cultura exclusivamente humana que tuvo lugar por cierto *Big Bang* coincidente con la aparición de los seres humanos sobre la Tierra (de Wall, 2006: 23).

Por otro lado, mucho –no todo, hay que destacarlo– de la hipercultura humana nos construye como seres humanos, o bien edifica y dignifica a la propia especie y naturaleza humanas, que son en esencia culturales o, más bien dicho, hiperculturales. A la hipercultura que nos construye y edifica en cuanto seres humanos y que se refleja con claridad en los más sostenibles –de manera racional y sensata– sistemas morales, políticos, sociales y económicos desplegados por la humanidad, así como también en las artes más elevadas y en la ciencia y la filosofía cabales, es factible denominarla *cultura humanista*. La cultura, pues, comienza siendo animal, deviene en cultura humana y concluye como cultura humanista. Y esa cultura humanista es indispensable para superar y corregir a la hipercultura humana y para comprender, valorar y proteger a la cultura animal.

Aclarado en sus rasgos fundamentales el tema de la cultura animal y humana, conviene destacar que al entrar al siglo XXI una serie de autores, a la cabeza de los cuales se hallaba Edward O. Wilson, enriquecieron

ese tema con la propuesta de una *coevolución genocultural* de la humanidad (Boyd *et al.*, 2018; Hare y Woods, 2020; Richerson y Boyd, 2005; Wilson, 2012), la cual significaba una imbricación o influencia mutua entre la evolución biológica y conductual y la evolución cultural, sobre todo humana. La idea básica es que al aparecer la cultura, principalmente en los humanos, ella evolucionaría también y su evolución se asocia a y articula con la evolución natural que esclareció Darwin, en modo tal que, con respecto a los humanos actuales, hay que conceder que seguimos sujetos a una evolución natural que en rigor es una coevolución de nuestras genética y culturas.

Wilson ilustró la coevolución genocultural humana con la tolerancia a la lactosa por parte de grandes poblaciones humanas, tolerancia que les permitiría a éstas, gracias a la llegada de las actividades agropecuarias, alimentarse con y aprovechar la leche de otros mamíferos y no sólo la de su propia especie en las etapas iniciales de la vida; poder ingerir entre las y los individuos adultos, leche, crema y quesos procedentes del ganado vacuno o caprino (Wilson, 2012: 198). Por su parte, Brian Hare y Vanessa Woods destacarían el interesante caso del desarrollo de la esclera o el fondo blanco de los ojos, en una especie autodomesticada como la del *Homo sapiens* (Hare y Woods, 2020: 72-77), lo cual permite una mirada mucho más expresiva y comunicativa que la de otras especies, mientras que en los chimpancés o los gorilas y, en general, en los animales no domesticados, no existe tal esclera y el iris se confunde con un fondo oscuro del ojo. Los humanos “hablamos con la mirada o los ojos”, o también muchos perros, pero los chimpancés y otros animales y grandes mamíferos son incapaces de hacer ello, subrayaron Hare y Woods.

No cabe duda de que la coevolución genocultural existe y es muy aceptable, tanto entre los humanos, como ya también en otras especies animales generadoras de cultura, porque los hábitos culturales, que son posibles en virtud de determinadas estructuraciones genéticas y orgánicas, van influyendo sobre o afectando a la conducta de aquellas especies, de

forma tal que la cultura se convierte poco a poco en naturaleza, al tiempo que la naturaleza posibilita nuevas formas de cultura. En el caso de los humanos, como se verá más adelante en este pequeño libro, esto significa que ciertas prácticas culturales nos van alterando de manera genética para hacernos más y más aptos para adoptar nuevas prácticas culturales. Aprender a leer y escribir y hacerlo generación tras generación, por ejemplo, nos convierte poco a poco en seres más comprensivos, reflexivos y tolerantes, capaces de una vida más civilizada y hasta humanista, en comparación con la de otros seres humanos que no hicieron o han hecho suya la lectoescritura (Wolf, 2008). Esto no significa que los humanos seamos “mejores” en estos tiempos que en otros anteriores, sino que, en rigor o sencillamente, estamos *mejor preparados* para ser “mejores” que en ese pasado, algo que deberíamos aprovechar y fomentar en el problemático presente que nos ha tocado vivir.

Por último, también valdría la pena resaltar que la hipercultura humana no es indispensable o esencial para que exista lo que podemos denominar *conocimiento*. Entre los seres humanos, conocer consiste en *formular enunciados o proposiciones que digan cómo es en efecto aquello de lo que se habla* (Hernández Prado, 2016: 15). Esta definición presupone al lenguaje hablado humano, que no existe en otras especies animales, y ella también es compatible con una caracterización del conocimiento que abarcaría asimismo a un conocimiento animal o de los animales. De acuerdo con esta otra definición de conocimiento, conocer es, en pocas palabras, *entender aquello que se percibe en el entorno, o en el medio que rodea al individuo percipiente, o en la naturaleza en su conjunto*. En especial los animales dotados de una mente más o menos compleja –por contar con un sistema neuronal y cerebral igualmente complejo– son capaces de entender en mayor o en menor medida lo que perciben con sus sentidos; y con los individuos de la especie denominada *Homo sapiens* tan sólo ocurriría que ellos logran entender *mejor* que otros animales cuanto

perciben, hasta acceder hasta el conocimiento de carácter científico o la ciencia, de la que carecen los demás animales.

Esta concepción del conocimiento como simple *entender lo que se percibe* está basada en el filósofo sensocomunista Thomas Reid (2002: 27 y ss.) y también sugiere que el conocimiento no sólo es “cuestión de cultura humana”, sino de naturaleza humana y animal, en cuanto especie animal, y por lo tanto es, en rigor, una “cuestión de especie”, con todo y que aquella especie sea hipercultural o cultural como lo son, de un modo más limitado, otras especies animales. Entonces, los humanos actuales no conocemos el universo –no humano y humano– sólo por nuestras culturas o nuestros enfoques culturales, los cuales sin duda intervienen en dicho conocimiento, con el fin de mejorarlo –o lo contrario–. Conocemos por ser la especie animal que somos y nuestra hiperculturalidad tan sólo hace factible que tal conocimiento llegue a ser científico, o bien un conocimiento demostrable, conforme a la definición clásica de ciencia, o uno que equivalga a lo mejor que podamos decir acerca de una realidad dada en un momento dado, como puede afirmar cierta definición actual o moderna de la ciencia (Hernández Prado, 2016: 19 y ss.).



## **SEGUNDA PARTE**

### **LO ANIMAL, HUMANO Y HUMANISTA**



## 6. INSTINTOS Y OTROS IMPULSOS NATURALES, DE ACUERDO CON THOMAS REID

Si las consideraciones de los capítulos de la primera parte son atendibles, se puede proponer que la llamada especie *Homo sapiens* es hipercultural porque ha generado múltiples y muy complejas culturas codificadas –con frecuencia se dice que “simbólicas”– y, por consiguiente, ella es la que ha generado a tales culturas y no estas culturas las que han “creado” a ese *Homo*, quien sin duda posee una *naturaleza*, una *naturaleza humana hipercultural*, que el propio hiperculturalismo humano llegó a negar, en particular en el siglo xx. Dicha naturaleza hipercultural valida sobre todo el que los humanos hoy presentes sobre la Tierra seamos *especie*, algo que ya supo y reivindicó la Ilustración dieciochesca, no sólo en un autor como Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), el médico y anatomista de origen germánico que concluyó que los humanos de las razas blanca, negra, amarilla o cobriza –que él mismo identificó– éramos todos juntos aquella única especie biológica clasificada por Carl Linneo –especie que, por cierto, según Blumenbach, era también una “autodomeesticada” (Wrangham, 2019: 50-52)–, sino, además, en el ya mencionado filósofo e investigador escocés Thomas Reid, conocido insuficientemente en la historia y la actualidad como el gran filósofo moderno del sentido común humano.

Reid estudió en forma detenida la naturaleza humana –capaz de generar hipercultura y múltiples culturas– en sus libros *Una investigación de la mente humana según los principios del sentido común*, de 1764; *Ensayos sobre las capacidades intelectuales del hombre*, de 1785; y *Ensayos sobre las capacidades activas del hombre*, de 1788 (Reid, 1997, 2002 y 2010).



Imagen 12. Thomas Reid, por el retratista Sir Henry Raeburn. 1796.  
National Trust for Scotland, Fyvie Castle, Aberdeenshire, UK.

En las dos primeras obras propuso y esclareció que el sentido común de los seres humanos no es aquel conjunto de conocimientos ordinarios o vulgares y de creencias culturales y tradicionales que por lo general se ha pensado que es, sino, más bien, es una estructura mental básica y propia de dichos seres, comprensible como un conjunto articulado de “primeros principios del sentido común”, con base en los cuales y con la ayuda de las evidencias perceptuales y memorísticas adecuadas, los seres humanos somos capaces de juzgar en forma sensata, razonable o, precisamente, juiciosa, las incontables situaciones que nos conducen a actuar o a desenvolvernos en el mundo que nos rodea.

Pero los primeros principios del sentido común humano son tales porque siempre nos parecen evidentes de suyo, no cuentan con otros por encima de ellos y entendemos que negarlos resulta absurdo (Reid, 2002: 452-467). Algunos son totalmente indispensables para sobrevivir y otros nos permiten construirnos o cultivarnos en cuanto seres humanos. A varios de ellos los compartimos con otros animales, aunque es preciso conceder que en los demás animales que no son el humano hay articulaciones distintas de primeros principios y, por lo tanto, es posible hablar de un sentido común propio de cada especie animal, como cuando el célebre adiestrador de perros originario del estado mexicano de Sinaloa, César Millán, se ha referido a un sentido común canino, no poco contrastante con el sentido común humano. Cada especie animal tendría su respectivo sentido común y fue por eso que Reid habló en forma reiterada de un sentido común humano o de la humanidad, característico de nuestra singular especie animal.

Ejemplos escuetos y sencillos de primeros principios del sentido común humano (Reid, 2002: 467 y ss.), que vienen a ser necesarios para sobrevivir en el mundo, son los que indican que todo cuanto percibimos con claridad y en forma adecuada es real y también todo lo que recordamos –de igual manera clara y apropiada– fue, asimismo, real; que es viable distinguir entre los enunciados verdaderos y los erróneos o que tenemos cierto grado de poder o disposición sobre lo que decidimos o cuanto hacemos. Muestras simples de los muy numerosos primeros principios del sentido común, que son indispensables para cultivarnos como seres humanos (Reid, 2002: 490 y ss.), son los que afirman que en toda proposición gramatical tiene que haber sujeto, verbo y predicado; que el todo es siempre mayor a las partes; que a los humanos nos llega a resultar agradable cuanto es excelente en su clase; que no debemos hacerles a las y los demás lo que juzgaríamos injusto, o bien hallaríamos desagradable que ellos nos hicieran a nosotros en las mismas circunstancias o que todo cuanto existe necesita de una causa que lo haya producido. El conjun-

to universal de los seres humanos, afirmó Thomas Reid, hemos pensado siempre a partir de estos primeros principios, desde que fuimos creados –pues él escribiría en una época en la que aún era aceptado el creacionismo cosmológico– y la estructura mental humana básica está constituida por primeros principios como los anteriores. Ellos configuran el sentido común humano que nos permite ser o no sensatos, razonables o juiciosos. No lo somos cuando no juzgamos –lo cual es el *prejuicio*– o cuando lo hacemos con las evidencias y los primeros principios impertinentes.

Pero la naturaleza humana no solamente incluye a los principios de nuestro sentido común humano, sino también a unos “principios de la acción humana”, como los llamaría Thomas Reid en su libro de 1788, referente a las capacidades activas de la mente y los seres humanos. Allí propuso Reid que nos desenvolvemos en el mundo gracias a tres clases de principios de nuestro actuar, que son los *principios mecánicos*, los *principios animales* y los *principios racionales*, estos últimos, exclusivos de nuestra especie animal. Los principios mecánicos de la acción humana son los *instintos* y los *hábitos*. Los principios animales son los *apetitos*, los *deseos* y los *afectos*, que pudieran ser “*benevolentes*” o “*malevolentes*” y los principios racionales son los *intereses* y los *deberes*.

Thomas Reid entendió a los *instintos* (Reid, 2010: 78 y ss.) como movimientos naturales inconscientes e involuntarios, que el cuerpo humano efectúa para resolver necesidades suyas. Piénsese en los latidos del corazón, las respiraciones pulmonares o el parpadeo de los ojos. Asimismo, son instintivas la acción de “meter las manos” cuando se experimenta alguna caída o la de protegerse la cabeza ante un impacto que vaya a recibirse; o también los movimientos faciales y bucales de las y los recién nacidos para alimentarse de su madre y sus chillidos al sentir hambre o acaso miedo o incomodidad, además de la capacidad, en particular infantil, de imitar a los mayores o a quienes saben hacer algo. Desde luego, Reid destacaría que a los instintos los compartimos con los animales.

Y además hay proceder no naturales, sino, en rigor, adquiridos, que se parecen mucho a los instintos. Ellos son los *hábitos* (Reid, 2010: 88 y ss.) como las costumbres de despertar del sueño por las mañanas o de sentir hambre a determinadas horas del día; o los modos de hablar con determinada entonación o inclusive con ciertas palabras específicas.

Con los instintos y los hábitos, que son los *principios mecánicos de la acción*, dan inicio los impulsos naturales que mueven a actuar a los seres humanos y a los animales, pero tales impulsos no terminan con tales principios. Están también los principios animales de la acción, que comienzan con los *apetitos*. Los apetitos (Reid, 2010: 92 y ss.) son deseos momentáneos o episódicos y recurrentes, que pueden satisfacerse con la obtención de los objetos deseados por ellos. Al igual que los instintos, los apetitos son naturales en los animales y en los seres humanos y tienen una fuerza considerable en ambos, la cual sólo puede controlarse mediante el temor o, en el caso de las y los humanos, mediante una gran fuerza de voluntad guiada por la razón. Los tres ejemplos de apetitos mencionados por Reid fueron el *hambre* o el *apetito* propiamente dicho –que le confiere su nombre a estos principios animales de la acción–, el cual se calma con la ingestión de alimentos sólidos; la *sed*, que tan sólo se satisface ingiriendo sustancias líquidas, sobre todo agua, y la *lujuria* –en inglés, *lust*– o *apetito* o *deseo sexual*, que en especial se detiene con el encuentro físico y mental con el objeto anhelado que representa o posee una persona en lo general del sexo opuesto –aunque en la actualidad sabemos que no exclusivamente–.

Pero, de acuerdo con Thomas Reid, los apetitos, de igual modo que los deseos y los afectos de los que pronto se hablará, deben ser controlados en y por los seres humanos, mediante su razón y su voluntad. De lo contrario, del individuo dominado por sus apetitos podrá decirse, con absoluta propiedad, que es alguien embrutecido o brutal. Y así como hay instintos naturales y hábitos o cuasiinstintos adquiridos, existen también apetitos adquiribles por los seres humanos, que curiosamente Thomas

Reid ilustraba ya en 1788 con los apetitos por las bebidas alcohólicas, el tabaco y las sustancias opiáceas. Y agregaría Reid que tales apetitos adquiridos deben evitarse y conviene hacerlo, lo cual es factible y muy pertinente para que los apetitos naturales adquieran en los seres humanos el equilibrio y la fuerza que les son adecuados, a fin de que puedan ser conducidos por la razón y su voluntad o por los principios racionales de la acción.

Los principios animales de la acción continúan con los *deseos* (Reid, 2010: 99 y ss.), que son apetitos o anhelos igualmente naturales, pero en este caso permanentes, hacia ciertos objetos y que jamás logran satisfacerse, no obstante que también sean conducibles por la razón, en aras de una vida prudente y la más conveniente y debida para los seres humanos. Reid subrayó los deseos de poder, estimación y saber. El *deseo de poder* resulta evidente tanto en los humanos, como en “los animales”, quienes natural y espontáneamente establecen rangos entre sí y buscan siempre imponer su voluntad sobre aquellos seres o entidades en donde esto es posible.

Se le llama *ambición* al deseo de poder y ella es saludable y hasta admirable en los seres humanos, claro que en proporciones racionales y razonables. Por su parte, el *deseo de estimación* es además muy común en animales y humanos y existe incluso en personas que sean más perversas y despreciables. Todos los humanos buscan ser apreciados y evitan y aborrecen ser odiados o despreciados. Nadie se opone a ser querido y es feliz cuando ello sucede. Por último, puede destacarse al *deseo de saber*, que no sólo se deposita en las grandes materias del conocimiento –como lo sugeriría Aristóteles en su *Metafísica* (Aristóteles, 1973a: 5)–, sino también en muchas otras cosas más sencillas –la gente quiere saber, por ejemplo, qué le trajo el correo o quién está enamorado de quién–, a modo de la *curiosidad* que no es exclusivamente humana, sino además patente en animales tan cercanos a y queridos por nosotros, como los gatos domésticos.

Y así como hay apetitos naturales, existen además los *deseos adquiridos*, capaces de descomponer el equilibrio y el vigor que es conveniente

y debido para los deseos naturales. En su libro de 1788, Reid hablaría sobre todo del *deseo de dinero*. Dijo que si bien el dinero es un gran invento de la civilización y del comercio y que les acarrea grandes beneficios y comodidades a los seres humanos, también es verdad que logra desarrollar en ellos un deseo adquirido que resulta muy pernicioso en numerosos sentidos. Hay que tener mucho cuidado con el deseo por el dinero, porque puede afectar y desequilibrar a los deseos naturales, que son muy convenientes para la humanidad.

Pero, según Reid, los principios animales de la acción humana abarcan, al final, a los *afectos* (Reid, 2010: 106 y ss.) que, a diferencia de los apetitos y los deseos, no están referidos estrictamente hacia objetos, sino hacia personas humanas o seres vivos. Los afectos son un deseo permanente porque a otras personas o seres vivos “les vaya bien” o “les vaya mal”; son un deseo constante por aquello bueno o aquello malo para determinados seres vivos. A los afectos por los que queremos el bien de otras personas o seres vivos se les denomina *benevolentes* y a los que nos conducen a desear lo malo para ellos, se les llama *malevolentes*. Reid se referiría a los *afectos benevolentes* del *amor materno y paterno-filial*, la *amistad*, la *gratitud*, la *compasión*, la *estimación hacia las personas buenas y/o sabias*, el *amor de pareja* y lo que denominó el “*espíritu público*”, o bien el aprecio por las colectividades o comunidades de las que se forma parte. Y comentó también los *afectos malevolentes* de la *rivalidad* o competencia y de la *ira*, enojo o resentimiento.

En especial, los afectos benevolentes eran muy importantes para Thomas Reid. Destacó que ellos embellecen mucho a las personas y que le dan pleno sentido a la existencia humana, complementando el deseo de estimación que alientan los seres humanos en general. A este mundo hemos venido a querer y ser queridos, fundamentalmente, sentenció de una manera muy sabia el filósofo escocés. Todo lo demás es tan sólo complementario. Del amor materno y paterno-filial diría que es el primero y fundamental de los afectos y que en el caso de los seres humanos, en

contraste con otros animales, perdura toda la vida y hasta trasciende generaciones y amplía los límites familiares, para manifestarse entre abuelos, bisabuelos, etcétera, así como entre nietos, bisnietos, etcétera, o bien entre tíos, sobrinos y primos de diferentes grados. De la amistad escribió que ella era tan importante y valiosa, que todos los filósofos de la historia la han encomiado y apreciado.

Con respecto a la compasión diría Reid que no podemos evitarla todos los humanos, aunque hayamos algunos menos compasivos que otros y la dirijamos hacia personas que no se la merecen; y de la gratitud señaló que a ella la compartimos con otros animales y que es el fundamento animal de la *justicia*, porque ella nos mueve a reconocerles y corresponderles a quienes nos hagan un bien determinado. Por otra parte, Thomas Reid encontró que los humanos le cobramos una estimación especial a quienes nos parecen buenos –con nosotros o en general– y además sabios, porque tales personas contribuyen a resolvernos problemas. Y, desde luego, Reid se referiría con detenimiento al “amor entre los sexos”, que hoy comprendemos como un amor “de pareja”, no sólo heterosexual, como era lo aceptable en el siglo XVIII, sino además homosexual. A este amor lo consideró Reid el más intenso de todos, al grado de instalarnos acaso al borde del posible desencanto y aún del odio. Diría Reid que este “amor de pareja” es el único afecto benevolente que pudiera ser llamado una *pasión*, nombre que suele dársele a los afectos malevolentes. Pero omitió el escocés que ese término de pasión también le sienta bien al afecto benevolente del “espíritu público”.

Por éste entendió Reid el afecto que le cobramos los humanos a las colectividades de las que formamos parte: nuestra familia, nuestra nación o nacionalidad, nuestra iglesia religiosa, nuestra comunidad profesional, nuestras colectividades culturales, por citar algunas. A todas ellas y a sus integrantes les deseamos siempre su bien y el efecto de este afecto benevolente llega a ser sublimador y a sugerirle a los seres humanos un contacto con lo más elevado, con el posible Ser Supremo y Creador, pero asimismo

tal afecto benevolente del amor a las colectividades, nulamente guiado por la prudencia y la razón, numerosas veces conduce a los mayores excesos y a un odio hacia los extraños y merece también llamarse, por lo tanto, una pasión que necesita del control o de la conducción racional.

En resumen, Thomas Reid valoraría mucho a los afectos benevolentes, que compartimos en general con los demás animales y destacó que ellos son en gran medida el secreto de lo que nos parece hermoso en los seres vivos. Los afectos benevolentes son bonitos y embellecen a quienes los cultivan, haciendo más linda a una persona de lo que ella pareciera por sus meros rasgos fisonómicos. Y tampoco hay que olvidar que tales afectos benevolentes son también la clave de la genuina felicidad humana, pues nada satisface más a los humanos que tener seres amados, por medio del amor materno y paterno-filial, el amor de pareja y la amistad. Quien cuenta con eso, le encuentra un gran sentido a su vida, propuso Reid.

Pero Thomas Reid consideraría a los llamados por él afectos malevolentes (Reid, 2010: 124 y ss.), que son los que llevan a las y los humanos a desearle lo malo o lo perjudicial a otras personas o seres vivos. De ellos diría Reid que no son escasos y que, en forma un tanto irónica, no son reprobables en sí mismos, sino necesarios y convenientes para la vida, y abundó particularmente en dos de ellos: la *rivalidad*, emulación o competencia y el *enojo*, ira o resentimiento.

Del primero escribiría que es natural en los seres humanos y muchos animales y consiste en la incomodidad que se siente al ser superados en cualesquiera terrenos por algún congénere. Por ejemplo, no bien dos humanos infantiles juegan juntos a “las carreras”, cuando empiezan a competir para saber quién corre más rápido y triunfa sobre su contrincante. Y en todos los ámbitos de la vida y la sociedad humanas se presenta esa competencia o rivalidad. Entre los comerciantes, desde luego, aunque también entre las naciones, o entre los científicos, o los artistas, o inclusive entre las mujeres –el “bello sexo”, decía, como era común en su época, Thomas Reid–, con motivo de su hermosura, su virtud o su reputación.

Pero hay que hacer notar que la rivalidad o la competencia es causa o motivo de grandes avances en la totalidad de los terrenos humanos y, por lo tanto, es algo positivo para las personas. Por supuesto que debe regularse y controlarse este afecto malevolente, pero él es acaso la mejor prueba de que tales afectos no son perniciosos en sí mismos.

El otro afecto malevolente examinado por Reid es la *ira* o *enojo*, comprendido como la reacción violenta que tenemos con alguien que nos afecte física o espiritualmente. Cuando alguien nos golpea en forma inesperada, nuestra reacción inmediata no se limita a la defensa, además provoca ataque, mala actitud o agresividad hacia quien nos ha lastimado. Es natural que nos enojemos o que sintamos ira en tales circunstancias, afirmó Reid, y a esa ira se le puede llamar *instintiva* o *automática*, diferente de aquella otra *deliberada* que se cultiva y acumula hacia quien entendemos que nos está dañando de un modo permanente y sistemático. Esta otra ira deliberada pudiera ser, según Reid, *real* o *imaginaria*, pues en efecto alguien acaso nos daña con la asidua intención de hacerlo o bien es posible que imaginemos que eso es lo que está ocurriendo, sin que en verdad sea el caso. Entonces la ira deliberada es imaginaria y no real.

Pero es interesante hacer notar dos cosas. La primera es que el enojo o la ira considerada por Thomas Reid equivale en sus dos modalidades, instintiva y deliberada, a la *agresión reactiva* y la *agresión proactiva* que ha destacado en la actualidad el primatólogo Richard Wrangham (2019: *passim*), quien indica que los animales salvajes muestran una enorme agresión reactiva, la cual disminuye mucho en los animales domesticados y autodomesticados, aun cuando no ocurre igual con la agresión proactiva que, inclusive en animales autodomesticados, como en especial los seres humanos, exhibe un amplio desarrollo que resulta en no pocas ocasiones muy peligroso para la propia especie o para otras especies. Los animales (auto)domesticados son mansos, pacientes y tolerantes, al menos en mucho mayor medida que los que no lo son, pero un animal como el humano evidencia una enorme agresión proactiva que además

es *coaligada* o desplegada en grupo, como aparece también en sus parientes biológicos salvajes más cercanos, los chimpancés.

Y el segundo punto a agregar sobre la ira, según Reid, sería que ella nos conduce hasta el ámbito de las *emociones*, que no tomó en cuenta de un modo explícito el filósofo escocés, pero que sin duda alguna aludió en sus reflexiones, porque la ira o enojo es una de las emociones fundamentales entre las numerosas que experimentan los animales, incluidos los humanos. Son emociones aquella ira, pero también el temor, o la incomodidad o insatisfacción, el dolor y los múltiples tipos de placer, o bien la alegría profunda, emociones todas que se expresan o manifiestan de manera física y con las mismas características perceptibles en los animales, incluidos los humanos de nuevo, pues eso conviene a la supervivencia de cada especie, con fines adaptativos e incorporándose a los elementos implicados en la “descendencia con modificación”, subrayada por Darwin.

El biólogo inglés del siglo XIX se interesó mucho por *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, como reza el título de su libro de 1872, y comenzó a demostrar que las emociones no son puramente mentales o psicológicas, sino que siempre tienen además un correlato ineludible en situaciones físicas, algo que cuestiona al esquemático dualismo mente-cuerpo que propagara René Descartes desde el siglo XVII. Lo mental y lo corpóreo no están separados en los animales y “el hombre”; y las especies animales han evolucionado esta dupla inseparable con fines adaptativos que, en caso de fracasar, llevan a la extinción de especies vivas.

Más aún, Darwin exhibiría en su gran libro de 1872 que la expresión facial y corporal de las emociones es en los seres humanos, salvo detalles culturales más bien secundarios, básicamente igual en las diferentes razas, ya fueran ellas “civilizadas”, como la blanca, o no tanto, como la negra o la cobriza, según lo escribió en su libro, reflejando el modo de pensar de la época. Emociones como el temor, la ira, la alegría, la tristeza, la desconfianza, la determinación de ánimo o el desconcierto conducen a los mismos movimientos musculares de la cara y del cuerpo entre las y los in-

dividuos humanos de raza blanca, amarilla, negra, etcétera, lo que constituye una prueba muy convincente de que ellas y ellos forman parte de una misma especie animal, denominada *Homo sapiens*.

Pero si la emoción es físico-mental, ella también afecta al razonamiento humano, no obstante que pueda controlarse hasta cierto punto por este último. El principio de sentido común reidiano que indica que “tenemos cierto grado de poder sobre nuestras acciones y decisiones”, muy bien puede complementarse diciendo que “tenemos cierto grado de poder sobre nuestras acciones, decisiones y emociones”. Estas últimas logran dominar a veces y por completo a la razón humana, o no hacerlo así, pero tampoco están por entero libres de la influencia de ésta. En concreto, no somos los humanos pura emoción y nuestra inteligencia; como suele reiterarse con frecuencia hoy en día, también es emocional.

Hasta aquí los principios animales de la acción explorados por Reid. Resta sólo referirse a los *principios racionales de la acción* que él estableciera (Reid, 2010: 152-195). Éstos son dos, el *interés* y el *deber*, que el escocés dijo que eran sólo humanos y no atributo de las demás especies animales. Pero si el interés es conveniencia o todo aquello que le conviene a un ser dotado de animalidad, entonces no es un principio exclusivamente humano, porque también está presente en muchos animales neurológica y cerebralmente complejos. Ya se dijo antes que animales tales como los perros o los bonobos y chimpancés pueden actuar inspirados en valores como el bienestar, la tranquilidad, lo placentero o la comodidad y, por lo tanto, ellos conciben y manifiestan intereses, que son uno de los dos principios racionales de la acción, según Thomas Reid.

Pero el filósofo aberdinense consideraría el interés y el deber en referencia a las *reglas* de muchos tipos –convencionales, morales, jurídicas, religiosas...– que los humanos podemos establecer, comprender y cumplir o no, algo que, en efecto, no sucede con otros animales, quienes más bien son entrenados o adiestrados para seguir y cumplir ciertas normas que nosotros les imponemos, pero que ellos no entienden a cabalidad, en es-

pecial con respecto a lo importante que resultan para nosotros los humanos, aunque no para ellos –por ejemplo, entrenamos a nuestros perros para que no hagan sus necesidades en el interior de nuestras casas; ellos no entienden la regla, pero la pueden aprender y seguir–. Y tales reglas en las que pensaba Thomas Reid provienen de los múltiples códigos que distinguen a la hipercultura humana, en contraste con la cultura animal en general. Cuando Reid arribó en su análisis hasta los principios racionales de la acción se topó con la hipercultura de los seres humanos, la cual se distingue por los abundantes códigos que genera.

Según Reid, los humanos fijamos reglas plenamente comprensibles para nosotros mismos y que seguimos y cumplimos *por interés*, ya que nos conviene hacer eso o *por deber*, pues entendemos que nuestro deber es hacer ello o, de lo contrario, faltaremos a dicho –en teoría– ineludible deber. Por ejemplo, es factible seguir la regla de “no robar jamás un banco” por mero interés, porque hacer ello no nos conviene en lo absoluto, puesto que pudieran encarcelarnos si lo hacemos, o bien podemos seguir la regla porque sabemos que ella es nuestro deber y que nunca deberíamos robar bancos.

No se refirió, pues, Thomas Reid, al *interés* en general, que compartimos con muchos animales, sino al interés por cumplir reglas entendidas a plenitud, el cual es exclusivamente humano, pero ¿qué pensar del *deber*? Con respecto a éste diría Reid, en primer lugar, que su concepto es plenamente comprensible para los humanos, aunque les resulte a éstos muy difícil definirlo en sí mismo o en su esencia.

Todo ser humano intelectualmente madurado es capaz de entender la noción de deber y comprende que muchas cosas son, justamente, su deber; pero al buscar un esclarecimiento del concepto de deber, Reid sugeriría con mucha lucidez que a él se lo comprende en forma muy nítida sólo a partir del concepto del *derecho* a hacer algo (Reid, 1990: 188-203 y 2010: 284), ya que se cuenta con la capacidad para hacerlo. Los deberes se articulan con y presuponen derechos a cierta entidad, derechos que

deben respetarse. Si niñas y niños, por ejemplo, poseen la capacidad de aprender y de jugar y, en consecuencia, tienen derecho a la educación y a la diversión, nuestro deber es aceptar ese derecho y hacerlo válido. Tenemos el deber de educar a la niñez y de permitir y favorecer que ella juegue. A esta conciencia de los derechos de otros o de nosotros mismos, que podemos desarrollar los seres humanos, no se la encuentra en otros animales, desde luego. Y eso ya lo supo Thomas Reid.

Mediante el interés referido a las reglas y el deber propiamente humano, el *Homo sapiens* es capaz de ofrecerle la guía de la razón a los principios mecánicos y animales de la acción. Los principios racionales logran influir sobre los principios animales, sobre todo, a fin de que los humanos nos realicemos a plenitud, según Reid, lo cual significa que despleguemos una cultura humanista y no sólo humana.

Queda claro así que los seres humanos no sólo actuamos por instinto o por meros impulsos naturales, sino que lo hacemos también mediante una cultura que en nosotros es hipercultura humana. Y muchos animales tampoco actúan sólo por impulsos naturales, los cuales abarcan a los instintos, los apetitos, los deseos, los afectos y las emociones, sino que lo hacen además persiguiendo cuanto es de su interés, lo que conlleva cierta cultura, misma que no llega a ser hipercultura, como en el caso de los humanos. Los animales que no son el humano no se percatan de su deber, porque no lo hacen tampoco de los derechos de otros. A diferencia de los humanos, ellos no son *responsables*. Actúan por impulsos animales y por cultura, pero una que no delinea por completo a la *moralidad* o al deber y a la conciencia de los derechos de otros y de sí mismos. La cultura que involucra a esta moralidad es sólo la hipercultura de los actuales seres humanos.

## 7. LAS GRANDES IMPLICACIONES DEL LENGUAJE, SEGÚN THOMAS REID Y JOHN ROGERS SEARLE

Otra muy relevante aportación de Thomas Reid, el filósofo ilustrado del sentido común y de la naturaleza humana común a toda nuestra especie denominada *Homo sapiens*, sería la referente al lenguaje, contenida en su libro de 1764, *Una investigación de la mente humana según los principios del sentido común*. Allí apuntó Reid (1997: 50-53) algo fundamental: que el lenguaje no es exclusivamente el hablado y escribible de los seres humanos, sino que este último es, en rigor, aquel *lenguaje artificial* que hemos desarrollado los *sapiens* y que se puede distinguir con facilidad del *lenguaje natural* con el que también contamos quienes integramos nuestra especie, aunque de manera adicional los animales y la naturaleza en su conjunto, puesto que se trata de un lenguaje de la naturaleza que nos es posible inteligir en diversos aspectos suyos.

Reid insistiría en que al margen de los idiomas que hablemos los humanos, consistentes en sistemas de signos y de reglas que hemos desarrollado y que comparten las colectividades humanas que los hablan, aunque no otras –y, por lo tanto, resultan incomprensibles para las personas que no aprendan dichos idiomas–, las y los *sapiens* poseemos un lenguaje natural consistente en *gestos faciales, corporales y vocales o de la voz*, con el que nos podemos comunicar algunas cosas, no muy precisas y complejas, quizás, pero sí bastante claras, superando los obstáculos de comprensión que plantean los muy numerosos idiomas inventados y convenidos por los humanos.

Nuestra sonrisa, por ejemplo, tiene un significado universal de buena disposición hacia los demás y de actitud amable y afectuosa. Las lágrimas

expresan siempre una gran pena o dolor físico o emocional y a veces una alegría muy profunda. Las caras de angustia o de agresividad, de enojo o de cansancio son inconfundibles y traspasan la barrera de los idiomas. Todos éstos son los gestos faciales que constituyen el lenguaje universal de la humanidad y también existen los gestos corporales, por ejemplo, movimientos del cuerpo fuertes y rápidos o bien suaves y delicados, además de las caricias o los golpes, que junto con los gestos faciales mencionados, nos permiten a los humanos comunicarnos y transmitir emociones y estados mentales no sólo a nuestros congéneres, sino además a individuos de otras especies, a quienes les podemos expresar ciertos significados. Por último, se suman a los dos gestos previos –faciales y corporales– aquellos vocales o las “modulaciones de la voz” humana, pues ésta puede ser amable y tranquila, angustiosa o enojada, o bien eufórica o muy firme, y a todo ello es factible reconocerlo y entenderlo más allá del idioma que se esté hablando.

Junto a este lenguaje natural de la humanidad está el de las demás especies animales, que también se comunican contenidos mentales entre sus integrantes y logran hacerlo con otras especies o con los propios seres humanos. Estos contenidos pueden ser emociones o estados mentales e inclusive estados de cosas. En el siglo XVIII en el que escribiría Thomas Reid, él asumió que los animales no habían inventado ningún lenguaje artificial, sino que tan sólo recibieron el suyo de la propia naturaleza y que lo manejaban para entenderse entre las y los congéneres de su especie, además de para comunicarse con individuos de otras, como la humana. Humanos y animales habrían recibido del Creador, según Reid, un lenguaje natural y los primeros ampliaron el suyo generando múltiples lenguas o idiomas artificiales, los cuales incluyen códigos adicionales de comunicación, como el de las banderillas de los marineros, el de las señales de humo o el posterior código Morse de comunicación telegráfica.

Pero Reid remataría estas reflexiones acerca del lenguaje natural aludiendo a un sistema de signos fundamental y presente en la naturaleza

misma, que consiste en las percepciones o los actos de la percepción de los que somos capaces animales y humanos. La naturaleza nos habla a los seres humanos a través de nuestra percepción sensorial de las entidades y procesos que podemos aplicar sobre ella; a través de percepciones puntuales de carácter visual, auditivo, olfativo, gustativo o táctil, que también despliegan otros animales con sus propios sistemas sensoriales o perceptuales, y tanto ellos como nosotros entendemos en mayor o en menor medida esas percepciones, a fin de desenvolvernos eficazmente en el mundo, la Tierra o el universo y conocerlos en mayor o menor medida. Como ya señalé, *conocer* consiste, precisamente, en *comprender cuanto percibimos* y conocemos no sólo los humanos, sino además los animales, si bien nosotros, los seres humanos, lo hacemos de mejor manera que ellos y hemos efectuado eso de un modo cada vez más completo o progresivo a lo largo de nuestra historia humana, pues poco a poco hemos ido entendiendo mejor el universo entero; lo vamos conociendo más y mejor (Hernández Prado 2013, 2016, 2021 y 2022c).

Reid propondría así que el lenguaje de la naturaleza, desde las percepciones sensoriales de los animales hasta los gestos faciales, corporales y vocales que realizamos los humanos, está compuesto por signos naturales de tres clases: los relacionados con la ciencia, con el arte y el buen gusto y con el sentido común (Reid, 1997: 58-61). A los primeros signos los entendemos tan sólo paulatina y progresivamente, por medio de observaciones atentas y reiteradas, experimentos realizados y razonamientos correctos y adecuados; a los segundos los comprendemos de inmediato, pero tales signos sólo nos dicen si los objetos percibidos nos resultan agradables o desagradables; y a la tercera clase de signos los captamos de inmediato e igualmente en su significado, pero ellos nos revelan algunas características de las entidades percibidas, como el que nos resulten perniciosas o convenientes o inofensivas; características que averiguamos “por sentido común” y como parte de un conocimiento ordinario.

A manera de ejemplos podemos evocar nuestra comprensión cada vez mejor de los tradicionalmente llamados microbios, gracias a los signos naturales relacionados con la ciencia –hoy hablamos, así, de virus, bacterias, procariotes, eucariotes, etcétera–; nuestra consideración de un bello paisaje o de una melodía armoniosa, en cuanto entidades que nos agradan cuando las percibimos, por medio de signos naturales relacionados con el buen gusto y el arte –o, en contraparte, la consideración de un organismo percibido en estado de descomposición, putrefacto y maloliente, como algo que es en extremo desagradable– o, por último, nuestra reacción espontánea consistente en taparnos los oídos ante un ruido ensordecedor o para reaccionar positiva y amablemente ante una caricia o un abrazo que alguien nos haga o nos dé.

Sin embargo, Reid no profundizaría mucho en lo que llamó el lenguaje artificial de los seres humanos y en los signos convencionales que inventamos y acordamos para poder estructurar y desplegar nuestras lenguas habladas, nuestros idiomas humanos. Una comprensión más acertada de este lenguaje “artificial” tuvo que esperar hasta el siglo xx y dar con propuestas como las del filósofo norteamericano John Rogers Searle (nacido en 1932), quien ha señalado elementos muy pertinentes con respecto a lo que Thomas Reid denominó en el siglo xviii el lenguaje artificial de la humanidad.

Para Searle (Hernández Prado, 2014 y Searle, 1995 y 2010) el lenguaje es desde luego, un sistema de signos y de reglas, desarrollado por animales y por humanos, no únicamente para *comunicar*, sino además para *significar* o entender o concebir de un modo mental a través de signos. Muy probablemente el lenguaje surgió por una necesidad de comunicación cada vez más exhaustiva, pero él no se limita con mucho a comunicar, sino además a *representarse* de un modo mental –o habría que decir, con mayor precisión, a *figurarse* mentalmente– la realidad y sus entidades y procesos.

Según Searle, *comunicar* es llevar un contenido o elemento de una mente hasta otra (2010: 71-72). Es posible comunicar estados mentales,

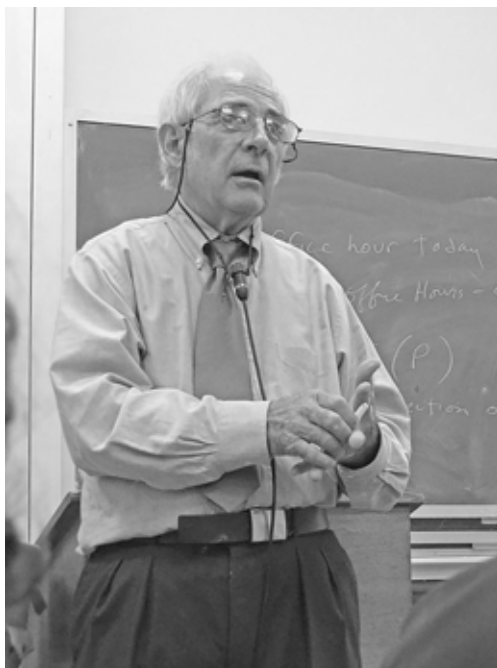


Imagen 13. John Rogers Searle en la Facultad de Christ Church, Oxford  
[foto: Matthew Breindel].

tales como las emociones; por ejemplo, cuando un ser humano o un animal profieren un aullido de dolor y los demás entienden que se ha lastimado en forma severa. Ésta es la comunicación *expresiva*, pero además está aquella otra *significativa*, por la que un ser dotado de una mente coloca en la mente de otro cierto estado de cosas, cierta situación fáctica compleja. Así, los animales logran comunicar “¡peligro!” cuando se les acerca un predador o los humanos pueden decirles a sus congéneres que “tengan muy buenos días” o que “estamos pasando por un invierno muy frío”.

El instrumento o vehículo para la comunicación expresiva y significativa son los signos del lenguaje. Éste surgió muy posiblemente de las exigencias de una comunicación en la relación social que ella implica, pero además ese lenguaje se representa o, mejor dicho, se figura mental-

mente la realidad de cierta manera, con la ayuda de tales signos, que no *hacen* a las entidades o procesos reales, sino que los “dibujan” en alguna manera gracias a los signos lingüísticos, que únicamente en el caso del lenguaje y los idiomas humanos son hablados.

La primera figuración mental de lo real proviene, sin duda alguna, de las percepciones mismas, las cuales captan en los objetos reales todo lo que les es posible recuperar de eso real, dependiendo de las capacidades perceptuales que se posean (Reid, 1997: 167 y ss. y Searle, 2015: 17-20). Los ojos de un ser humano, por ejemplo, captan más colores en todo lo real que los de un perro, pero el olfato canino recoge más olores de los que logra capturar la nariz humana. En consecuencia, percibir no es sencillamente *recibir* en la mente la apariencia o la imagen real de los objetos reales, sino que es *ir a tomar de la realidad aquella información que sea factible*, para con ella *figurarse* en la mente esos objetos percibidos. Por ello las percepciones son ya signos, como lo afirmara Reid, y en el lenguaje natural y en el hablado humano hay, desde luego, signos que constituyen un lenguaje. Es muy erróneo pensar, en consecuencia, que el lenguaje humano conforma la realidad y que las sociedades humanas, con sus lenguajes hablados respectivos, *construyen* todo el universo, de modo tal que sin lenguaje humano, no habría mundo o dicho universo. Más bien es al contrario: sin el universo existente no habría lenguaje y mucho menos el hablado por los humanos. En este punto un antiprotagorismo se debiera imponer sobre el protagonismo habitual y hasta dominante. *Natura mensura* en lugar de *Homo mensura*.

Pero los signos del lenguaje no se presentan de forma desordenada o caótica, sino que muestran siempre una organización o un orden que contribuye a su función o labor semántica o de significación (Searle, 2010: 63-65 y 76-80). Por ejemplo, decir “la casa es grande” es una proposición que tiene sentido por contar con cierto orden, como no la tiene, en cambio, “la grande es casa”. A este factor de organización u orden se le conoce como *sintaxis*, la cual conlleva sus propias reglas, precisamente

“de sintaxis”, que en el caso de las lenguas humanas es algo muy complejo y una clara muestra de los códigos que caracterizan a la hipercultura humana.

La sintaxis de los idiomas humanos le procura a éstos una inequívoca *generatividad*, señala Searle (2010: 64-65); una enorme capacidad para generar signos, que permiten una figuración mental de lo real mucho más amplia, completa y precisa que la de los lenguajes de los demás animales en la naturaleza; y, en síntesis, si los lenguajes animales son en general *significativos* o dotados de signos, los lenguajes humanos son *significadores* o creadores de signos, aunque dicha generatividad comience a manifestarse ya en los lenguajes de los delfines o de los chimpancés y bonobos, por ejemplo, entre los cuales se identifican unos cuantos idiomas diferentes, que pudieran considerarse anticipaciones o primeras manifestaciones de lo que sucede con las más de seis mil lenguas que hoy hablamos los humanos en todo el mundo, aparte de aquellas otras –llamadas “muertas”– que se han dejado de utilizar a lo largo de la historia de la humanidad.

Pero nuestros idiomas humanos son *simbolizadores* además de significadores, pues también han generado *símbolos* o complejos estructurados de signos, que significan entidades culturales complejas, tales como “cristianismo”, simbolizado por el dibujo de una simple cruz, o “nazismo” simbolizado por la famosa y temible suástica dentro de un círculo blanco y con fondo rojo. Análogamente, los lenguajes de los animales pueden ser significativos y *simbólicos*, puesto que dichos animales neurológicamente complejos son capaces de entender símbolos y no sólo signos. Así, todo perro doméstico comprende que la correa que le enseña su dueño *simboliza* el divertido paseo que tanto le agrada y le espera o entre las hembras jóvenes de chimpancés y bonobos se utilizan unas “muñecas”, que en este caso son trozos adecuados de madera, que operan como símbolo de su futuro bebé.

La compleja sintaxis de las lenguas humanas abarca de un modo gramatical no sólo al presente, al futuro y al pasado simples, sino además al

copretérito y al futuro condicional. En otras palabras, para dichas lenguas y quienes las hablamos, el “*hubiera*” *sí existe* como una posibilidad y ello coloca a los humanos en cierta realidad *virtual* o posible, además de la real y constatable. Nuestro complejo lenguaje significador y simbolizador nos permite a los humanos concebir muchas posibilidades reales y preguntarnos acerca de cuáles de ellas son las que debieran existir e imponerse en la realidad, o que acaso está bien o está mal que sean lo real. Aquí se delinea para los seres humanos hablantes una *libertad* que posee por fuerza un carácter *moral*, pues dichos seres humanos somos capaces de optar entre diversas posibilidades reales y cuestionar la legitimidad o el deber ser de las que han adquirido realidad.

Pero de nueva cuenta, la libertad posibilitada por el lenguaje complejo, al igual que el propio lenguaje significador y simbolizador, no surgieron de la nada –por medio de una Creación o de un *Big Bang* hipercultural humano– o no nos fueron otorgados “desde el Cielo”, sino que comenzaron a prefigurarse en los animales hoy neurológica y cerebralmente muy complejos y de vasta y complicada vida social –por ejemplo, los homínidos que son primates antropoides– y de seguro que empezaron a gestarse y hacerse presentes en los animales que condujeron directamente, en la evolución de las especies, hasta el *Homo sapiens*, es decir, los homínidos o bien aquellos *Homo* que no fueron el *sapiens*. La sostenible *libertad* de los animales neurológicamente complejos es una *no moral*, como la humana es una *moral* (Hernández Prado, 2022b) y esa libertad moral que ostenta con nitidez el llamado *Sapiens*, acaso comenzó a manifestarse en los *Homo neanderthalensis* o los *denisova* o los *antecesor*, entre otros probables *Homo* o humanos.

Por último, el complejo lenguaje humano, significador, simbolizador y dotado de una inmensa generatividad, se despliega a través de diversos *actos del habla*, según Searle, los cuales van más allá de aquellos *asertivos* que describen al mundo; por ejemplo, “el espacio y el tiempo son relativos”, “la evolución de las especies se produce mediante descendencia

con modificación” o “el mundo mayormente desarrollado es democrático”. Además de tales actos del habla asertivos están aquellos otros *comisivos* –“me comprometo a venir mañana”–; están los *expresivos* –“cómo me duele esta muela”–, los directivos –“cierra la puerta al salir, por favor”– o, sobre todo, los *actos del habla declarativos*, que para Searle son de una extrema relevancia, porque son los que conducen y producen a la realidad social humana (Searle, 1995: 34-35 y 2010: 84 y ss.), como el ámbito de lo que él denomina los *hechos institucionales*.

Ejemplos sencillos de estos actos declarativos serían cuando un juez de paz, debidamente acreditado, profiere las palabras “los declaro unidos en matrimonio”, o cuando un jefe de Estado declara la guerra al de otro país o bien cuando declara solemnemente inaugurados unos Juegos Olímpicos. Con esos actos del habla declarativos, dice Searle, ocurre la creación de los *hechos institucionales*, o aquellas entidades que los seres humanos hemos *agregado* y le seguimos añadiendo al universo real, a fin de incrementarlo con una innegable realidad sociohumana.

Tan real como el monte Everest, propone Searle, es la presidencia de los Estados Unidos de América, por ejemplo, y asimismo el hecho de que Joe Biden (nacido en 1942) haya sido el titular de dicha presidencia. Los hechos institucionales han llenado al mundo de culturas sociohumanas, países, religiones, Estados y sistemas políticos, monedas y sistemas económicos, disciplinas científicas y artísticas, sistemas filosóficos, tradiciones culturales, sistemas de creencias, etcétera, los cuales se suman a las realidades físico-materiales o “brutas” que son los continentes y los océanos, las cordilleras, las penínsulas o las islas del planeta Tierra y todas las especies vivas y animales que lo habitan.

Con respecto a los hechos institucionales, John R. Searle ha destacado que tanto ellos, como los procesos reales que conllevan, exhiben dos aspectos indisputables, a diferencia de los hechos brutos o físico-materiales, que tan sólo muestran uno de tales aspectos. Esos hechos “brutos” tienen características que Searle denomina ónticas o referentes al *ser* o a

*lo que es*. Los hechos físico-materiales son justo aquello que son y se les puede conocer mejor o peor en este único aspecto óntico. En cambio, los hechos institucionales, creados a partir del complejo lenguaje humano, además de mostrar sus rasgos o su aspecto óntico, conllevan un contundente aspecto *deóntico*, que se refiere a *lo que debiera ser*, aspecto que falta en los hechos brutos y que es parte esencial de los institucionales (Searle, 2010: 145 y ss.).

En relación con los hechos institucionales, siempre cabe la pregunta acerca de si ellos debieran ser o no, además de aquella otra de si son lo que debieran ser. De los hechos institucionales es factible conocer su naturaleza objetiva, tanto como su legitimidad moral o su naturaleza deóntica: si ellos debieran o no ser y, dado este caso, si son cuanto o como debieran ser.

Por lo general, la sociología humana ha sido consciente únicamente del aspecto óntico de los hechos o de las realidades sociohumanas, y sólo cuando se ha preguntado por la *legitimidad* de aquellas realidades, ha abordado su aspecto deóntico. Pero a este último aspecto, señala Searle, se le sigue sin ubicar con la nitidez que sería indispensable. Los sociólogos actuales debieran ser muy conscientes de que su materia de estudio implica *dos* y no sólo *un* aspecto ontológico único; exhibe *características ónticas*, pero también *deónticas*. Ellos han asumido al aspecto óntico como algo muy obvio, pero con suma frecuencia se instalan preferentemente en el aspecto deóntico, descuidando incluso al óntico y sin saber por qué proceden así. La propuesta de Searle hace comprensible este carácter dual o doble de la realidad sociohumana, a la vez óntica y deóntica, como no lo es, en cambio, la que sería la realidad socioanimal, exclusivamente óntica.

## 8. ANTONIO CASO Y LAS COSAS, LOS INDIVIDUOS Y LAS PERSONAS, ASÍ COMO LAS PROTOPERSONAS ANIMALES Y LOS DOS TIPOS DE LIBERTAD

**E**n más de una ocasión dice Carl Safina en sus libros que cuando se está cerca de, o se mira a los ojos a animales tales como una ballena, un elefante o un chimpancé –si bien ello acontece también con un caballo, un perro o un gato–, se tiene la muy fuerte impresión de no tratar con un *qué*, sino con un *quién*. No es como aproximarse a una lombriz, una abeja, una hormiga o inclusive a una lagartija, un pequeño ratón o un simple murciélago, de quienes, sin mucho dudarlos –y acertando o no–, pensamos que son *qués* y no *quiénes*; que son un simple objeto animado y no seres dotados de cierta personalidad; que son más bien *algo* y no *alguien*, como nos queda perfectamente claro cuando nos hallamos frente a un animal neurológica o cerebralmente muy complejo y que, por añadidura, posee en su vida silvestre o en nuestros entornos humanos una incontestable vida social también compleja.

Los animales *qué* a los que se refiere Safina nos parecen o son con nitidez *cosas* y sus animales *quién* son, acaso, *personas*, mayor o menormente impactantes, como acontece con nosotros los humanos o como es sabido que sucedió con la reina británica Victoria, cuando al visitar los *Zoological Gardens* de Londres, en 1842, le fue mostrada la orangutana de nombre Jenny y quedó muy hondamente impactada por el animal, declarando en esa ocasión que Jenny le había parecido “repugnantemente humana” (Jones, 2011: 1). Con esta afirmación, la entonces joven monarca anticipó por más de un siglo lo que la ciencia sostiene hoy: que

los grandes monos antropoides son, en efecto, *homínidos* y, por lo tanto, cercanos al llamado *Homo sapiens*.

Pero la safinesca observación de que existen animales que pudieran considerarse personas y no meras cosas, como otros menos complejos que sí tratamos como si fueran cosas, recuerda de inmediato la propuesta del filósofo mexicano Antonio Caso, quien en 1941, en su libro *La persona humana y el Estado totalitario* (Caso, 2017), sugirió que en el universo conocido es factible identificar tres clases de entidades: las *cosas*, los *individuos* y las *personas*. (Caso, 2017: 175-178 y 183-186).

*Cosa* es todo aquello, propuso Caso, que al desintegrarse o desbaratarse se convierte sencillamente en otras cosas, dotadas de diferente naturaleza y con otras funciones en la realidad. Una silla que se deshace, por ejemplo, se convierte en palos o tubos, así como en superficies planas que pudieran servir para distintos usos, aunque ya no para sentarse con un cómodo respaldo. Las cosas, dijo Antonio Caso, son del ámbito de lo inerte, de lo material, de todo cuanto no está dotado de vida y es del todo “reponible”, sustituible, intercambiable y, por supuesto, comerciable.

*Individuo*, propuso el filósofo mexicano, es la entidad que al desintegrarse de un modo radical se muere, fallece, pierde la vida, por lo que queda en claro que esta clase de entidad universal pertenece al ámbito de lo biológico. Las plantas, los hongos y los animales son individuos, sentenció Caso. Y lo son cada planta, cada hongo y cada animal. Los individuos, si bien tienen una jerarquía superior a la de las cosas materiales e inertes, son de igual modo sustituibles y reponibles como ellas. Así, por ejemplo, podemos cuidar a las poblaciones de especies animales y vegetales y llegar no sólo a disminuirlas con nuestra desatención y negligencia, sino, sobre todo, a aumentarlas y mantenerlas en números adecuados y saludables, cuando nos preocupamos por ellas.

Con base en esta propuesta de Antonio Caso, es viable entusiasrnarnos con la posibilidad de traer de regreso a la Tierra a especies extintas, gracias a una avanzada tecnología genética, como lo muestran las populares



Imagen 14. Antonio Caso [fotografía del estudio Ramos].

películas del *Parque Jurásico*, con respecto a los dinosaurios y animales y plantas prehistóricos en general. Ahora mismo se está intentando traer de nuevo a la vida y a la naturaleza a los mamuts lanudos o a especies recientemente extintas, como el tigre de Tasmania. En eso está trabajando la empresa texana Colossal y el hecho se ha documentado en artículos de la BBC y otros medios de comunicación (BBC, 2022).

Por último, según Antonio Caso, *persona* es el individuo biológico que, si se desintegra radicalmente, no tan sólo fallece o muere, sino que deja un hueco irreparable en el universo. *Ser persona es ser insustituible*, estableció Caso y, en su opinión, no son insustituibles, desde luego, los animales y las plantas, por maravillosos que sean, sino los seres huma-

nos mismos, aunque no tan sólo ellos. También son insustituibles las sociedades y colectividades que conformamos los seres humanos. Nadie podrá sustituir, por ejemplo, al finado premio Nobel mexicano Octavio Paz (1914-1998), como tampoco nada podría suplir a la nación mexicana si ella desapareciera, como sucedió acaso con los cartagineses aniquilados por los romanos o con los mohicanos erradicados por los colonizadores anglosajones del estado de Nueva York y la ribera del río Hudson, a finales del siglo XVIII.

De acuerdo con Caso, es muy válido hablar de *tres* tipos posibles de personas: la *persona humana*, que es cada uno de nosotros, los humanos; la *persona social*, que sería aquella que tiene lugar por las sociedades y colectividades de los seres humanos y, por último, la –según Caso– bastante probable *persona divina*, misma que sería Dios, quien, en el supuesto de que exista –pues Antonio Caso no estaba racional y completamente seguro de ello, no obstante que se percató de que la fe, motivada por la necesidad de otorgarle un sentido a la vida humana, mueve numerosas veces a creer en esa persona (Abrams, 2015)–, sería la persona más perfecta de todas –perfección que conllevaría, por fuerza, su existencia–, o la que cumple a la perfección con todos aquellos rasgos que caracterizan a las personas: humanas, sociales o divina.

Pero antes de mencionar las características de los tres tipos de persona, según Antonio Caso, no sobra recordar que, para el filósofo mexicano, esas personas muestran asimismo una jerarquía. La persona menos importante entre las tres, puesto que recibe su personalidad de la de las personas humanas que la integran, es la persona social. La segunda persona en relevancia ontológica es, por supuesto, la persona humana misma, que es cada uno de los seres humanos que hemos existido, existimos y existiremos y la persona superior entre todas ellas, de nuevo en la eventualidad de que ella realmente fuera posible, es quizás la persona divina, por cumplir a la perfección con todos los rasgos distintivos de las personas sociales y humanas.

En *La persona humana y el Estado totalitario*, de 1941, como fue mencionado antes, Caso sugirió que las características de la persona o de la personalidad común a los humanos, sus sociedades y posiblemente Dios, son las siguientes cuatro: *razón* o inteligencia, *espiritualidad*, *libertad* y *moralidad*.

Con toda claridad, la persona humana es inteligente o racional, es espiritual, es libre y es moral. Se halla dotada incuestionablemente de razón. Es espiritual conforme a la definición procurada por Friedrich Nietzsche (1844-1900) (Caso, 2017: 177), en el sentido de que “ser espiritual es ser creador de valores” y ser capaz de actuar conforme a dichos valores o ideas de valor, como los llamara Heinrich Rickert (1965: *passim*); valores o ideas de valor como la justicia, la bondad, la belleza, la santidad o la igualdad. Es libre cada persona humana porque si bien existirán siempre causas específicas para cualquier cosa que realice o decida hacer (Searle, 2004), todo cuanto haga o determine con su voluntad pudiera ser muy variable y obedecer a una enorme diversidad de causas puntuales. Y la persona humana es moral porque la gran mayoría de sus acciones son correctas o incorrectas, debidas o indebidas o buenas o malas, lo que no sucede con la forma de actuar de otros animales en la naturaleza.

Pero estos cuatro rasgos se presentan, asimismo, en las personas sociales, pues ellas pueden ser inteligentes o no y ser mayor o menormente espirituales; cuentan sin duda con una libertad para desenvolverse en el mundo –a menos de que sean esclavizadas por otras personas sociales– y son por completo capaces de conducirse de un modo inmoral o lo contrario. Y, en cuanto a la persona divina, es lógico pensar que ella sea absolutamente racional, espiritual, libre y moral.

El anterior es el cuadro completo de las tres clases de entidades que Antonio Caso señaló para el universo conocido, con los comentarios adicionales a que él obliga. Pero aquí cabe preguntar algo pertinente: si el universo que incluye a las cosas, los individuos y las personas ha sido uno en evolución y complicación permanentes, ¿cómo es que se pasó de las

cosas a los individuos y de los individuos a las personas? La respuesta posible a esta pregunta, no abordada ni resuelta por el gran autor filosófico mexicano, es que ello habría ocurrido gracias a dos clases de entidades no mencionadas por Caso, cada una a medio camino entre las cosas y los individuos y entre los individuos y las personas. Muy probablemente hubo e inclusive existen hoy unos seres que permiten el tránsito de las cosas hacia los individuos; y otros que de los individuos, conducen hasta las personas. Este otro par de entidades serían los proto- o semindividuos y las semi- o protopersonas o personas incipientes. Digamos que al esquema tripartito de Antonio Caso es preciso convertirlo en un quintuple de cosas, *protoindividuos*, *individuos*, *protopersonas* y *personas* (Hernández Prado, 2022b y Vieyra Bahena y Hernández Prado, 2024).

*Semi-* o *protoindividuos* son aquellos compuestos químicos muy sofisticados que en contacto con otros del mismo tipo o con seres vivos existentes adquieren vida y dejan de ser objetos inertes o puramente materiales, a fin de convertirse en individuos en la caracterización que propuso Caso. Así surgió con mucha probabilidad la vida en el planeta Tierra, con los seres hoy llamados procariotes, y acontece hoy con los virus, tales como el afamado SARS-CoV-2 que causó en años recientes estragos entre la humanidad con la espantosa pandemia de COVID-19. Los virus no están vivos mientras no se adhieran a un ser vivo donde puedan prosperar. Se les ha identificado como auténticos “muertos vivientes” o como *microzombies* que producen más desórdenes que los seres fantásticos que tanto obsesionan en la actualidad a la cultura popular global. Es válido afirmar que las primeras formas de vida, incluyendo a los virus, fueron, por tanto, *protoindividuos*.

Pero accedamos al punto más relevante del presente apartado. Los animales que Safina denomina *quiénes* y no *qués*; animales como los más cercanos biológicamente a los seres humanos, en contraste con otros más ajenos a éstos y además mucho más simples, neurológicamente hablando; animales como los mamíferos terrestres y marinos revisados en

este texto, a diferencia de los insectos sociales o no sociales, e inclusive de los pequeños mamíferos y aves que quizás no se distinguen demasiado de los primeros mencionados, son animales que parecieran ser, a todas luces, *protopersonas*, semipersonas o personas incipientes, mismas que comienzan a mostrarse *insustituibles*, al modo de las personas cabales. No se trataría aquí de meros individuos vivos, sino de los que empiezan a exhibir los rasgos inequívocos de las personas y que merecen, por tanto, el apelativo de *semi-* o *protopersonas*. Un caballo, una elefanta, una orca o delfín, un lobo, un perro o un gato domésticos o una bonobo o un chimpancé son, con toda claridad, personas incipientes o *protopersonas*.

Pero si las personas, recuperando la reflexión de Antonio Caso, poseen las cuatro características de la racionalidad, la espiritualidad, la libertad y la moralidad, las *protopersonas* son tales porque tan sólo poseen *tres* de esas cuatro características. Dichas *protopersonas* son racionales o inteligentes; espirituales, aunque no en el grado en el que lo son las personas humanas y sociales y, a no dudarlo, son también libres, si bien aquello de lo que carecen con nitidez es la moralidad. La libertad de las *protopersonas* animales es *amoral* por la sencilla razón de que esos animales no son responsables de sus actos.

Las *protopersonas* individuales –y sociales, ¿por qué no?, es decir, las colectividades que conforman las *protopersonas* animales, como una manada de lobos o un grupo de chimpancés– tienen inteligencia: la hoy famosa inteligencia animal, eminentemente emocional, como también se va descubriendo que lo es la humana. Tales *protopersonas* animales manejan y entienden signos y símbolos del lenguaje que utilizan y son capaces de juicios y razonamientos como los que hacemos los humanos. Poseen conciencia del tiempo y de sí mismos, aunque no la tengan de los derechos de sus congéneres y de los individuos y *protopersonas* de otras especies y, por consiguiente, carecen de una conciencia acerca de sus deberes morales. Pero no puede dudarse el hecho de que las *protopersonas* animales son inteligentes o racionales a su particular manera.

Y las protopersonas animales son espirituales porque, siguiendo la consideración de Caso y de Nietzsche, ellas conciben y son capaces de perseguir valores en su actuar. Buscan el bienestar, el confort, la vida armónica o no violenta, la saciedad alimenticia e inclusive un respeto hacia los mayores y los ancestros. Claro que los valores que inspiran el actuar animal no son tan numerosos, complejos y diríase que elevados, como llegan a serlo los de los humanos. Ningún animal que no sea el humano tiene religión, por ejemplo (Durkheim, 2012), pero la espiritualidad y la religiosidad no son algo que haya descendido de los cielos como un regalo divino o que iniciara con un humano *Big Bang*, sino que surgieron de cierta complicación cultural que tuvo como punto de partida la limitada, pero innegable espiritualidad animal.

Además, las protopersonas animales son con claridad libres o tienen libertad. De ellas decimos que viven libremente en la naturaleza y lo decimos con acierto, porque, en dicha naturaleza o en los entornos en los que habitan las protopersonas, sin duda alguna ellas juzgan y actúan tomando decisiones y emprendiendo acciones que de seguro están causadas, pero que asimismo disponen de alternativas que no fueron preferidas frente a otras distintas. Un perro, un delfín, una elefanta matriarca y su familia o unos chimpancés o unas bonobos cuentan con libertad, pero una no moral o amoral, pues de las acciones y decisiones que estos animales protopersonales adopten, no se podrá afirmar que sean correctas o incorrectas, malas o buenas o debidas o indebidas, como sí, en cambio, se dice ello de las decisiones y acciones de las y los especímenes del llamado *Homo sapiens*.

Con respecto a esta ausencia de la moralidad en la libertad de las protopersonas animales, es pertinente recordar que tales protopersonas carecen de un lenguaje que conlleve actos del habla de tipo declarativo. En consecuencia, entre esos animales que son protopersonas, no tiene lugar jamás la creación de hechos y realidades institucionales. Aunque se hable, por ejemplo, del “rey león”, es claro que no ha habido monarquías instau-

radas o instituciones políticas y de infinidad de otras clases, a la manera de las del *Homo sapiens*, entre los leones, ni entre los lobos, o los elefantes, o los cachalotes o entre los chimpancés y bonobos. Aunque los etólogos les pongan simpáticos nombres como Frodo o Jagger a los chimpancés alfa de grupos que han estudiado con gran cuidado en sus hábitats naturales, nunca ha habido ni habrá un verdadero y equivalente Alejandro Magno (356-323 antes de nuestra era), o un Luis XIV (1638-1715), o hasta un Donald Trump (nacido en 1946) de los chimpancés y ni siquiera una Margaret Thatcher (1925-2013) o una Ángela Merkel (nacida en 1954) entre los bonobos.

Lo anterior implica que la vida social de la protopersonas animales; es decir, la vida o realidad social de los elefantes, las orcas, los lobos, los parientes biológicos más cercanos al *Homo sapiens*, etcétera, por no hablar de la de los insectos sociales, tales como las abejas o las hormigas, encierra exclusivamente un aspecto o carácter óntico, pero no otro *deóntico*; tan sólo involucra lo que *es* y sucede en ellas, mas no lo que *debiera* tener lugar allí. Y ello constata desde otro ángulo el sello amoral o por completo ajeno a la moral de las sociedades y culturas animales, estas últimas, carentes de moralidad y de códigos morales, como las humanas que, desde hace decenas de miles de años, son tan sólo las de nuestra especie, los supuestos *sapiens*.

Pero en algún punto de la historia de la evolución de las especies animales, en particular las referentes a los australopitecos y todos los *Homo* anteriores al arribo de los *sapiens*, se pudo transitar desde la cultura amoral a la dotada de moralidad y de unos hechos sociales meramente ónticos a aquellos otros sociales e institucionales ya también con un carácter *deóntico*. De eso será muy conveniente hablar en el siguiente apartado del presente texto.

Quizás sólo conviene concluir este inciso mencionando que la tesis principal de Antonio Caso, en su libro *La persona humana y el Estado totalitario*, de 1941, era la de que el régimen político menos propicio para

el desarrollo de la persona humana es aquel totalitario en el que pueden devenir las democracias malogradas y las dictaduras autoritarias, como en contraste el régimen más adecuado para la realización plena de las personas, tanto humanas como sociales, es el de la democracia liberal. Caso concluiría su libro de 1941 proponiendo que el mundo se debatía entonces entre los totalitarismos de Adolf Hitler (1889-1945) y de Iósif Stalin (1878-1953) y –en el otro extremo– la democracia más perfectamente representada por el ministro británico, Winston Churchill (1874-1965). Proclamaba, entonces, el pensador mexicano, en la coyuntura de la terrible guerra que en esa época se hallaba en curso, que “Dios salve a la vieja Inglaterra”.

Pero si todavía hoy la democracia liberal es sin duda el régimen que mejor pudiera proteger y promover a las personas humanas y sociales, lo es también para tutelar de un modo inmejorable los derechos y una situación buena y lo más aceptable posible para las protopersonas animales, y no sólo los derechos y la situación de los individuos animales y vegetales y la naturaleza entera. Por ello es muy positivo que se vigilen y protejan en el presente las poblaciones de protopersonas en la vida silvestre y que se ponga mucha atención a las que conviven con nosotros en nuestras sociedades humanas. Y eso lo hacen mejor las democracias que actúan basadas en la ciencia, que los autoritarismos tradicionalistas que tanto la ignoran y desprecian y que por desgracia –e indebidamente– hoy proliferan en el mundo.

## 9. REFLEXIONES VARIAS SOBRE LA TRANSICIÓN DE LOS HOMÍNIDOS HACIA EL HOMININO AUTONOMBRADO *SAPIENS*

**H**oy se sabe que los chimpancés y los bonobos son los parientes biológicos o genéticos más cercanos a los actuales seres humanos y también se conocen los modos de conducirse socialmente de esos primates antropoides –tales homínidos–, patriarcales y capaces de gran violencia en el caso de los chimpancés y matriarcales y bastante pacíficos en el de los bonobos, de manera tal que no resulta improcedente especular, con algunos fundamentos validadores, acerca de cómo se desenvolvieron en la naturaleza los grupos de australopitecos primero y de los diversos homínidos, después, incluyendo al *Homo sapiens* que cobró forma y existencia en la región suroriental del continente africano hace entre trescientos y doscientos mil años (Christian, 2018; de Waal, 2014, 2019 y 2022; Harari, 2015; Hare y Woods, 2020; Pinker, 2011 y 2018; Wilson, 2012 y 2017; Wrangham, 2019).

Los australopitecos habrían aparecido como una suerte de chimpancés o bonobos completamente bípedos, porque ante una reducción de las selvas y una extensión de las llanuras en regiones orientales de África, esos novedosos primates antropoides se vieron obligados a caminar y, sobre todo, a correr sobre sus extremidades inferiores, para visualizar a y huir de sus depredadores y encontrar alimento. Con las extremidades superiores liberadas de la tarea del desplazamiento, las manos se afinaron y versatilizaron en extremo y, junto con un mayor consumo de proteína animal y del incremento de las capacidades comunicativas, el tamaño del cerebro fue creciendo, para que los *Homo habilis* crearan ya variadas he-

rramientas muy aptas para una dieta omnívora y el *Homo erectus* fuera, además, capaz de manejar el fuego (Coetzee, 2003; Wilson, 2012 y Zamora Bonilla, 2021).

En forma simultánea, las gargantas de los homínidos fueron modificándose, para que neandertales, denisovanos, *antecessors* y, sobre todo, *sapiens*, fueran desarrollando el lenguaje vocal o hablado que tanto caracteriza a la humanidad actual, compuesta exclusivamente de *sapiens*.

Autores como Richard Wrangham (2019) y Steven Pinker (nacido en 1954) (Pinker, 2011) han esbozado un pasado prehistórico para los australopitecos y homínidos más bien semejante al de los chimpancés, pero el primatólogo Frans de Waal reivindicó la gran posibilidad de que éstos hayan sido, preferentemente, como los bonobos (2014, 2019 y 2022). Quizás Yuval Harari (nacido en 1976) (Harari, 2015) tenga razón cuando señala que ambas alternativas fueron factibles y coexistieron, en especial con la aparición de la hipercultura de los llamados *sapiens*. Habría habido grupos de australopitecos y de *Homo* de muchos tipos, incluido el llamado *sapiens*, que fueron machistas, patriarcales y violentos y otros que tal vez fueron más bien pacíficos y matriarcales, o al menos mucho más justos y benévulos con el sexo femenino. Sobre todo en el caso de los *sapiens*, que habrían comenzado a desplegar una variada y versátil hipercultura.

Los chimpancés son patriarcales y agresivos porque tienen que competir por el éxito de su especie en un entorno con grandes limitaciones espaciales y nutricionales, lo que no ha sido el caso de los bonobos. De éstos se ha concedido que parecen ser una especie autodomesticada, en contraste con sus primos, los chimpancés (Hare y Woods, 2020: *passim* y Wrangham, 2019: *passim*). No sólo los bonobos son más tolerantes y mucho menos agresivos que los chimpancés, sino, además, sus cuerpos son menos corpulentos y más gráciles y tienen un cráneo más bien globular—dotado de un cerebro muy empático o altruista—. Muestran, así, el síndrome de Peter Pan, por el cual poseen rostros y labios más afinados y rojizos en sus hembras, cuyas primas chimpancés son mayormente atrac-



Imagen 15. Frans de Waal [foto: Catherine Marin].

tivas para los machos por su porción posterior y baja. Con los bonobos y, sobre todo, con los *sapiens* sucedió que el atractivo femenino se desplazó hacia arriba y hacia el frente, abarcando incluso al rostro refinado y bonito.

Frans de Waal (2022) sugirió que, dada la expansión territorial de los *Homo*, incluido el llamado *sapiens*, cupo muy bien la posibilidad de que dichos homininos tuvieran condiciones parecidas a las de los bonobos, más que a las de los chimpancés, pero ese caso no habría eliminado una extendida y dura competencia entre tales homininos, sobre todo si los números demográficos de sus especies comenzaron a crecer. El hecho es que hoy las sociedades de cazadores-recolectores que subsisten en el mundo se conducen con gran frecuencia como grupos de chimpancés y no tanto o no en lo principal como grupos de bonobos (Wrangham, 2019: 133). Y

cuando los *sapiens* abandonaron la prehistoria y sus periodos paleolítico a neolítico, a fin de adoptar una vida civilizada, el carácter chimpancesco de sus sociedades resurgió con claridad y prevalecería sobre el bonobesco; inclusive se acentuó. Se ha dicho en este texto que aún y, en especial, en el presente, las sociedades humanas debieran *deschimpancizarse* para, en contraste, *bonobizarse*, en bien de su civilización y de su hipercultura humanista.

Pero no cabe duda de que así como los bonobos pudieron “autodomesticarse”, modificando su conducta en un entorno más benigno para ellos, el denominado *Homo sapiens* también lo hizo, aun antes de su expansión territorial por todo el planeta, y no tanto por ciertas condiciones ambientales menos difíciles, sino por sus más amplias capacidades lingüísticas de comunicación y de figuración mental del mundo. Este *Homo* habría tenido, sin duda, ciertos rasgos chimpancescos de conducción y funcionamiento social, pero también algunos rasgos bonobizantes. Richard Wrangham sostiene hoy la opinión del viejo ilustrado Blumenbach, referente a una autodomesticación de los *sapiens*, que se ha hecho patente, fisiológicamente, en sus cráneos globulares y en sus cuerpos más gráciles, comparados con otros *Homo* –como el neandertal, por ejemplo– y de cierto modo conductual en su carácter tolerante y manso, dotado de una menor agresividad reactiva, como todo animal domesticado, aunque también de una enorme agresividad proactiva coaligada, que planea con gran paciencia e inteligencia sus ataques y venganzas y las realiza de un modo abusivamente grupal. Nadie ha superado hasta ahora al autonombrado *Homo sapiens* en el “arte de la guerra”, el cual ha llegado hasta a poner en peligro el planeta Tierra entero.

Richard Wrangham ha sugerido que la autodomesticación de los *sapiens* habría continuado a lo largo de toda su historia humana, por la simple razón de que nuestras sociedades procuraron siempre –primero por la, demasiado frecuente, pena de muerte y, después, ya en tiempos recientes, mediante el aislamiento físico y carcelario de los individuos más



Imagen 16. Richard Wrangham en Gibraltar, 2012.

agresivos y violentos– el que estos individuos “antisociales” no se reprodujeran y perpetuaran su genética conductual pernicioso en las poblaciones humanas (Wrangham, 2019: 143 y ss.), de manera tal que estas poblaciones en alguna medida *siempre*, aunque más *ahora* que algunos productos humanistas de la hipercultura humana se han venido adoptando cada vez en mayor medida, como los regímenes democráticos o la cultura de los derechos humanos, *se encuentran y han estado, en rigor, preparadas en forma muy adecuada* para dejar atrás su carácter chimpancesco y violento e impulsar otro bonobesco y pacífico y constructivo, mucho más a tono con una hipercultura humanista, en concreto, *democrática*. En otras palabras, todos los humanos actuales estamos preparados para la democracia y la podemos realizar si se nos conduce adecuadamente a ello, con los visionarios y preparados líderes pertinentes.

Y en forma adicional, destaca Wrangham que en las especies (auto)domesticadas aparece con más frecuencia la homosexualidad que entre las no domesticadas. Son notables los casos de las ovejas, los bonobos y los humanos actuales, señala el primatólogo británico (Wrangham, 2019: 100 y ss.). En toda la naturaleza animal existe y se presenta la homosexualidad, pero un posible rasgo de la (auto)domesticación es el incremento de casos en las especies que la experimentan; interesante dato para aceptar esta realidad en nuestras sociedades humanas, que sin duda resulta muy constructivo para las mismas, porque debe llevarlas a que sean más incluyentes.

En fin, que la prehistoria del *Homo sapiens* no fue una eminentemente violenta, aunque tampoco otra esencialmente pacífica. Dado que la humanidad llamada *sapiens* sería en mayor grado violenta en o desde su historia civilizada, tienen sentido los tres procesos de pacificación, civilización y humanización de los que ha hablado Steven Pinker en su libro de 2011, *The Better Angels of Our Nature. Why Violence has Declined*, así como la reivindicación que ha hecho este mismo autor de un claro progreso de la humanidad, como se le defiende en su libro de 2018, *Enlightenment Now. The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress*.

La humanidad actual ha progresado en los últimos milenios y siglos, dice Pinker (2018: 39-52; véase también Sebrelli, 2013: *passim*), porque ella ha mejorado en todos los aspectos que en verdad le interesan: la duración de la vida humana y su mejor calidad en cuanto a educación, salud, prosperidad y justicia. Y el progreso es de igual modo defendible –sería factible agregar a Pinker–, porque sin duda hemos tenido y contamos con un “lado bonobesco” –patente en los afectos benevolentes que estudiara y reivindicara Thomas Reid en su siglo XVIII– y que, desde luego, podemos reivindicar todavía más. Nuestra especie quiso llamarse *sapiens* pensando tan sólo en su aspecto benevolente y *bonobesco*, pero su otro aspecto malevolente, determinante para nuestra gran disocialidad interna y externa –ostensible en el interior de nuestras colectividades, así como entre

ellas–, mueve a pensar que, más que un *Homo sapiens*, los únicos homínidos sobrevivientes hemos sido *Homo offensus*: un ser humano resentido, ofendido, agresivo y bastante carente de empatía y simpatía hacia quienes son como él o ella, como debiera mostrarla un cabal *Homo sapiens*, el cual sigue siendo, con toda propiedad, *aspiracional* (Hernández Prado, 2021: *passim*). Y sólo llegaremos a ser *sapiens* si nos democratizamos a cabalidad, *bonobizándonos* con ello.

Según Steven Pinker, en efecto, la humanidad actual ha sido cada vez menos violenta gracias a los tres procesos mencionados de la *pacificación*, la *civilización* y la *humanización* (2011: 31-189). El primer proceso tuvo que ver con el surgimiento de los Estados políticos, que muy weberianamente desplegaron el monopolio legítimo de la coacción física o de la violencia y la fuerza, pacificaron a sus sociedades y resolvieron así el gran problema de la disocialidad interna de las sociedades humanas, descubriendo aquellas formas de la dominación legítima –según Max Weber, la tradicional, la carismática y la legal-racional (Weber, 2014: 334-422)–. Después, un proceso de civilización introduciría los códigos, en especial de moral y religión, que también conllevaron a un retroceso de la *chimpanización* de las sociedades humanas y, por último, se presentaría el proceso de la humanización, desplegado en especial a partir de la Ilustración dieciochesca, que ha materializado la posibilidad de un progreso humano cabal que puede conducir a la vigencia de sociedades democráticas y garantes de los derechos humanos, con su muy deseable *bonobización* –una vez más puede agregársele a Pinker–, al factible logro de una humana eusocialidad externa que conlleve la kantiana *paz perpetua* y al posible futuro fin de las guerras entre los seres humanos y una viable conversión del *Homo offensus* en un auténtico *Homo sapiens*.

En este triple proceso de pacificación, civilización y humanización pueden destacarse el surgimiento y desarrollo del comercio, e incluso del capitalismo, que históricamente ha tenido muy mala prensa o fama. Durante la prehistoria el comercio se pudo presentar y muy probablemen-



Imagen 17. Steven Pinker [foto: Christopher Michel].

te fue ocasional entre los homínidos y los *sapiens*, pero no cabe duda de que con la vida civilizada de los *sapiens*, dicho comercio y los mercados se desarrollaron para dar lugar al capitalismo en su concepto asimismo weberiano de un lucro o una obtención de ganancias económicas mediante el intercambio pacífico y racional de bienes, capitalismo que propició en Occidente el llamado *capitalismo occidental moderno*, de sello industrial y financiero, que involucró en su desenvolvimiento muchísimas injusticias sociales, pero que también permitió, desde los inicios del siglo XIX, un *gran escape de la pobreza* –como lo llamara desde el año 2013 el economista escocés, premio Nobel de economía 2015, Angus Deaton (nacido en 1945), según reporta Steven Pinker (2018: 54 y ss.) y que también reivindican autores como Johan Norberg (nacido en 1973) (Norberg,

2020) y David Christian (nacido en 1946) (Christian, 2018)–, así como además un *escape de la injusticia y de la ignorancia*, para cada vez más amplios sectores de la humanidad.

Hoy, el capitalismo vigente, acotado y limitado por un Estado político que se sustente en un Estado de derecho o Imperio de la Ley, capaz de garantizar y promover los derechos humanos, puede propiciar sin duda una prosperidad real y asequible para todos los seres humanos y sus sociedades; para todos los homínidos sobrevivientes entre todos los *Homo*, que son aquellos *offensus* que disponen de la posibilidad de llegar a convertirse en *sapiens*, si se tornan democráticos y preservan y mejoran sus democracias y, con ellas, sus propios sistemas capitalistas, en el sentido de que sean más justos y sustentables.

Pero, sin duda, la evolución de los homínidos antropoides hasta el denominado *Homo sapiens* y más tarde el paso de éste, desde su vida nómada como cazador-recolector, hasta aquella otra civilizada en la que se hizo agricultor y, al final de cuentas, configurador de sociedades comerciales e industriales, significaron las etapas resultantes de una Gran Historia que comenzó con el *Big Bang* y el origen y desenvolvimiento del universo, sobre la que ha llamado mucho la atención el historiador David Christian (2018; véase también Tyson y Goldsmith, 2022), reivindicando con ella un claro enfoque antiprotagorista para la historia natural y universal de los seres vivos, incluidos, entre ellos, los actuales humanos. Puede trazarse ya la línea de continuidad que ha existido entre aquel cósmico y genuino *Big Bang* y el presente auge de las lamentables democracias iliberales, que ojalá sean en el futuro descartadas por un auténtico *Homo sapiens*, que le pueda hacer honor a su pretenciosa denominación científica.



## 10. Y LAS SOCIEDADES HUMANAS SE COMPLICARON HASTA ARRIBAR A SU VIDA CIVILIZADA

Como se dijo en el inciso anterior, el llamado *Homo sapiens* apareció en el África suroriental hace entre trescientos y doscientos mil años. Debió haber vivido originalmente en grupos de unas cuantas decenas de individuos, como lo hacen hoy sus parientes biológicos más cercanos, aunque sus enormes habilidades lingüísticas de seguro modificaron sus estructuras sociales desde un principio, en virtud de la hiperculturalidad que también debió haber mostrado aquel *Homo* desde sus inicios.

Los *sapiens* ya aprovecharon el fuego –como antes lo haría el *Homo erectus*–, desarrollaron herramientas de piedra y hueso más sofisticadas que las de los demás *Homo* y comenzaron a desplegar la religiosidad –el totemismo que estudiara Émile Durkheim en su gran libro de 1912–, lo que con seguridad alteró la política *chimpancesca* a la que tenía tendencia biológica aquel *Homo*, luego autollamado *sapiens*. Él vivía de la caza menor y mayor y de la recolección de frutos y bayas realizada en grupos principalmente masculinos, la primera, y femeninos, la segunda.

Sus liderazgos adquirieron pronto y tal vez un carácter religioso, colocando en la cúspide de la jerarquía social a sacerdotes-brujos, además de o junto a las jefaturas “políticas” que debieron ser predominantemente patriarcales, aunque no sólo y también, en ocasiones, y dada la hiperculturalidad de estos seres humanos, matriarcales en determinados contextos.

El denominado *Homo sapiens* pasó de África al continente euroasiático hace entre setenta y sesenta mil años –como cientos de miles de años antes lo había hecho el *Homo erectus*, para dar origen en Europa y Asia al

neandertal y a los denisovanos, respectivamente–; llegó a Australia ese *sapiens* unos cuarenta mil años atrás y a América hace unos treinta a quince mil años antes de la época actual. Por último, lo hizo a las islas de la Polinesia alrededor de tres mil años antes del presente. Acabó poblando todo el planeta, con excepción de la Antártida. Su paulatina y costosa adaptación a los diferentes climas y geografías motivó sus razas o subespecies negra, blanca, amarilla y cobriza, ya identificadas por Johann Friedrich Blumenbach en el siglo XVIII, como antes fue apuntado, en cuanto subespecies de una misma y singular especie.

Existe evidencia de que hace unos cuarenta o treinta mil años tuvo lugar toda una emergencia o revolución creativa entre los *sapiens* (Wilson, 2017: *passim*). Quizás la hubo desde antes, con el surgimiento mismo de la especie, pero no se han descubierto claros vestigios al respecto. El hecho es que en la época mencionada, la vida religiosa estaba ya generalizada y era común la práctica del vestido y del calzado hecho con pieles, así como la ornamentación corporal, el arte pictórico rupestre y la música producida con flautas de hueso e instrumentos de percusión de maderas y cueros. En la calidad de las herramientas de piedra se pasó del llamado Paleolítico al Mesolítico y finalmente al eficaz Neolítico.

Comenzó también la domesticación de los animales, para dar lugar al pastoreo y después, y poco a poco, la de las plantas, aunque esta última sería en extremo gradual, pues no fue fácil, ni siempre lo más indicado abandonar la recolección de frutos y bayas (Graeber y Wengrow, 2021). La caza fue a la larga sustituida por el pastoreo de animales. De unos grandes mamíferos herbívoros, conocidos hoy como uros, provino el ganado bovino, así como de jabalíes el ganado porcino y de carneros y cabras salvajes los ganados ovino y caprino. Los perros surgieron a partir de los lobos, como ya se mencionó, y parece que acompañaban ya a los homínidos *sapiens* hace entre cuarenta y treinta mil años. Los pequeños gatos domésticos lo hicieron desde hace unos quince o diez mil años.

Otros animales domesticados serían los équidos o equinos y los camélidos, e inclusive paquidermos, como el elefante asiático o el extinto elefante africano cartaginés, todos ellos entre siete y cuatro mil años atrás, aproximadamente. Burros, mulas, camellos, dromedarios y llamas fueron muy útiles animales de carga en las rutas de comercio desde los inicios de la era civilizada y al caballo se le empleó sobre todo para la caballería militar y administrativa, además de como medio para el transporte de personas en carruajes de tiro. Antes del siglo XIX, inclusive, era común que la gente de posiciones sociales elevadas tuviera caballos como quien tiene ahora vehículos automotores. Con la mecanización que trajo la Revolución Industrial se le llamó al ferrocarril el *caballo de hierro* y a la potencia de las máquinas de vapor y de combustión interna se la midió en *caballos de fuerza*.

Durante el Neolítico comenzaron a darse las primeras reuniones de grupos nómadas alrededor de centros ceremoniales religiosos, propiciando con ello asentamientos temporales multitudinarios (Christian, 2018: 204 y ss.). No sería, pues y por lo tanto, la agricultura, como las creencias religiosas, las que empezaron a forjar sociedades humanas de mayor tamaño que las de los pequeños grupos iniciales de cazadores-recolectores. Y como lo ha dicho el primatólogo Richard Wrangham, siguiendo al antropólogo social checo-británico Ernest Gellner (1925-1995), se fue pasando de la “tiranía de los primos –o primas–”, misma que prevalece en grupos de homínidos como los chimpancés y los bonobos, a la “tiranía de los reyes –y ocasionalmente reinas–” que de inmediato se impuso en las sociedades civilizadas humanas.

Göbekli Tepe, en la actual Turquía, parece ser el primer asentamiento del tipo recién descrito. Su antigüedad es de unos once mil quinientos años. El célebre Stonehenge de Inglaterra, que data de hace poco más de cinco mil años, si bien ya fue contemporáneo del Egipto de los faraones, motivó asentamientos estacionales de la misma índole religiosa.

Se piensa que motivos climáticos llevaron a los grupos humanos en la zona de Asia Menor a preferir la domesticación de pastos y granos a la recolección de frutos y bayas, sumando así la agricultura a la religión como motivación básica para crear asentamientos multitudinarios más fijos. Fue clave, así, la domesticación de los cereales en este mundo antiguo: el trigo en Europa y Asia, el arroz en el Lejano Oriente y el maíz en América.

Catal Hüyük, también en la actual Turquía, se considera quizás la primera ciudad estable de la historia humana, con una antigüedad de entre siete mil quinientos y seis mil quinientos años. Llegó a tener una población de ocho mil habitantes y muestra indicios arqueológicos de que en ella hubo ya personas con diferentes oficios y una clase sacerdotal directiva y parece que también privilegiada.

El geógrafo y biólogo estadounidense Jared Diamond (nacido en 1937) ha llamado a la adopción de la agricultura “el peor error de la historia de la humanidad”, porque al limitarse a una alimentación mediante productos agrícolas, en especial de cereales como el trigo, el arroz o el maíz –según las zonas del mundo–, los seres humanos vieron en un principio afectada su salud, tamaño y fortaleza física, tanto como su calidad y esperanza de vida.

La humanidad empeoró en lo inmediato dicha calidad de vida al abandonar la caza y la recolección, que le habían permitido una alimentación más balanceada, pero al concentrarse en asentamientos que ya no fueron temporales, sino fijos y estables, prosperaron por igual los oficios y el comercio y tuvo inicio una vida “urbana” que a la larga favoreció muchísimo a la hipercultura humana y, desde luego, a la cultura humanista. Fue a raíz de estas poblaciones fijas o ciudades iniciales, por ejemplo, que surgiría la escritura, con sus tremendas implicaciones culturales de muchos tipos.

El primer sistema de escritura fue el ideográfico o jeroglífico y apareció en China entre cinco y cuatro mil años antes de nuestra era, así como también en Egipto, hacia el año tres mil quinientos antes de Jesús

de Nazaret (*circa* 4-33). La escritura cuneiforme nació en Mesopotamia poco después de esa época, marcando el comienzo de las escrituras alfabéticas, cuyos signos representaban letras o fonemas y ya no más palabras, entidades o conceptos.

Y la misma vida urbana que dejó de ser nómada implicaría un entramado de oficios y artes que requirió de organización y protección, por lo que surgieron autoridades políticas y religiosas que se colocaron por encima de la población en general y que institucionalizaron su fragmentación en clases y castas. Entonces resurgiría con claridad el carácter *chimpancesco* de las sociedades humanas. Se hicieron muy importantes instituciones sociohumanas tales como la guerra, el racismo, la esclavitud o el patriarcado, relevantes expresiones de la hipercultura humana, pero no humanista.

Estas ciudades y poblados iniciales devinieron en Estados políticos que se confrontaron unos con otros. La primera guerra documentada de la historia está situada hacia el año cuatro mil quinientos antes de nuestra era, entre las poblaciones sumerias de Lagashi y Umma, en la antigua Mesopotamia. Las armas se fabricaron primero de bronce y después de un metal mucho más eficaz para la lucha y la guerra: el hierro. Las primeras ciudades-Estado tendrían lugar durante la Edad de Bronce, mientras que las polis griegas o el Imperio romano ya se ubicaron en la Edad de Hierro.

Se ha dicho que la primera ciudad-Estado de proporciones gigantescas y que denotó una clara jerarquía monárquica, con una aristocracia política y religiosa, fue la de Uruk, en el actual Irak y la antigua Sumeria en Mesopotamia. La fundó el rey bíblico Nemrod y llegó a tener unos ochenta mil habitantes. Otro de sus reyes famosos sería Gilgamesh, cuya epopeya es el texto histórico-literario más antiguo que se conoce, el cual data aproximadamente del año tres mil antes de nuestra era.

Las ciudades-Estado o capitales de Estado darían origen así a los estados teocráticos que proliferaron por todo el mundo antiguo. En China, en Egipto, en Mesopotamia y el Medio Oriente, así como también y después

en la Europa meridional y en Meso- y Sudamérica, sobre todo. En lo que hoy son México y Perú hay que destacar a olmecas, toltecas, teotihuacanos, aztecas, mayas, incas y quechuas, representantes típicos de los grupos étnicos de una Antigüedad americana y prehispánica.

Se trató de dominaciones tradicionales como las describiera y estudiara Max Weber, gobernando sociedades agrarias y con algunos magnos centros urbanos; dominaciones y sociedades que mostraron una comunicación cultural más fácil en el eje de Este a Oeste, que en el de Norte a Sur. Por ello las culturas y civilizaciones de Eurasia, las cuales se extendían desde China y Japón hasta la Europa de la península ibérica, crearon un polo de dominación y de progreso mucho más importante y poderoso que los que pudieron tener lugar en los polos apenas desarrollados en África y América. Ello también lo sugirió Jared Diamond y lo ha subrayado Steven Pinker (2011: 478).

Pero no sólo la guerra, sino además la esclavitud se arraigó y se generalizó entre la humanidad civilizada –que no humanizada–. Ya en pueblos cazadores-recolectores y pastores de África, por ejemplo, comenzó a practicarse aquella esclavitud y a hacerse de otros seres humanos derrotados y sojuzgados para incorporarlos a la propiedad patrimonial de sus vencedores, aunque con el surgimiento de la civilización y de la política estatal, dicha esclavitud se convirtió en una realidad institucional con amplios y complejos fundamentos jurídicos, además de una institución frecuentísima y considerada, inclusive, “natural”. Así se referiría a ella Aristóteles en su *Política* (Aristóteles, 1973b: 157 y ss.).

El mundo moderno de la globalización impulsada por Occidente, del siglo xv en adelante, adoptó y adaptó también a la esclavitud en su desarrollo capitalista. En particular la esclavitud se racializó, pues mucha población negra africana devino en esclava de manera automática y hereditaria en los dominios americanos del Portugal y del Reino Unido de la Gran Bretaña. Fue hasta diferentes momentos del siglo xix que en tales contextos socioculturales se suprimiría legalmente la esclavitud.

Hoy mismo se calcula que en el mundo existen alrededor de treinta millones de personas con toda propiedad esclavizadas, pero no hay que perder de vista que la población mundial ya es de más de ocho mil millones de personas, de modo que el porcentaje de gente esclavizada es –gracias al “pinkeriano” *proceso de humanización*– muy bajo. No vivimos más en una era propiamente esclavista, aunque todavía ocurre la esclavitud.

Y asimismo se haría muy obvia la dominación masculina preponderante, la cual fue instituida y se generalizó con la aparición de las sociedades humanas estatales y urbanas desde unos cuantos miles de años antes de nuestra era. Y aunque de modo ocasional hubo desde entonces monarcas femeninas, éstas fueron más bien la excepción y no la regla y actuaron siempre siguiendo los modelos de la autoridad masculina, como los “señores” que dijera Max Weber al examinar la “dominación tradicional” (Weber, 2014: 349 y ss.).

Por otro lado, muy importante, con el surgimiento de las grandes sociedades humanas estatales y dotadas de ciudades ocurrió también la conformación de lo que el filósofo y psicólogo alemán Karl Jaspers (1883-1969) llamaría la Era Axial, a partir del siglo VIII antes de nuestra era y durante casi toda la Antigüedad, o bien la era en la que, por el florecimiento cultural que permitieron las ciudades-Estado o capitales de Estado, aparecieron grandes sabios por todo el mundo, sabios considerados aún como los grandes maestros históricos de la humanidad, en China, la India, Asia Menor y el Medio Oriente, Europa e inclusive Mesoamérica.

Personajes como Zoroastro o Zarathustra en la antigua Persia; el chino Confucio (Kong Qiu o Kong-Futzú, “el maestro Kong”; 551-479 antes de nuestra era); el indio Siddharta Gautama, llamado el Buda (“el Iluminado”, quien vivió hacia los años 563 a 483 antes de nuestra era); los griegos presocráticos y después los propios Sócrates (470-399 antes de nuestra era), Platón (*circa* 427-347 antes de nuestra era) y Aristóteles, así como Jesús de Nazaret y Mahoma (570-632) en el Oriente Medio y entre los acolhuas texcocanos de Mesoamérica, Nezahualcóyotl (“Coyote –o

lobo– que ayuna”; en los tardíos años de 1402 a 1472), entre otros, mostraron y reivindicaron, todos ellos y de distintas maneras, que existe plausiblemente una naturaleza común a todos los seres humanos, la cual está llamada a la trascendencia, la justicia y la bondad y, con diferentes tipos de claridad y precisión, perfilaron asimismo lo que siglos más tarde –en el siglo xvii, por la tradición protestante anglicana– se denominaría la Regla de Oro de la Ética, que dice: “no hagas a los demás lo que considerarías injusto o no te agradecería que te hicieran a ti mismo en circunstancias idénticas” (Pfaff, 2015: 144-149).

Pero esta enseñanza humanista fundamental contaría por lo general con la enorme limitante de la lealtad hacia la colectividad humana de la que se forma parte (de Waal, 2006: 53-54); del “espíritu público” sobre el que escribiera Thomas Reid en el siglo xviii (Reid, 2010: 119-120), el cual conduce hasta una contundente y cuestionable permisividad con respecto al cumplimiento de la Regla de Oro de la Ética, en relación con los extraños: “no hagas a otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti mismo... salvo que aquellos otros u otras pertenezcan a un grupo diferente al tuyo y no al que tú estés incorporado”.

El modo esencial de superar este gran obstáculo para el cumplimiento de la Regla de Oro no sería otro que el de la democracia liberal moderna –tan preparada e impulsada por la Ilustración dieciochesca y con sus instituciones jurídicas y políticas– la cual ha llevado a la humanidad, con la weberiana dominación legal-racional que la caracteriza, a romper el “techo de cristal” de la lealtad hacia los grupos de los que se forma parte, fomentando una eusocialidad tanto interna, como externa y acotando y resolviendo las disocialidades interna y externa de las colectividades humanas (Hernández Prado, 2021: 207-220). A medida que las sociedades del mundo se han hecho más y más democrático-liberales, ha perdido legitimidad la guerra y ella misma se ha vuelto menos presente entre la humanidad, incluso.

Hoy día, en la actualidad, seguimos los humanos padeciendo los conflictos bélicos, aunque tan sólo promovidos y “legitimados” –así, entre comillas– por autoridades poco o nada democráticas, como el ruso Vladimir Putin (nacido en 1952), el norcoreano Kim Jong-un (nacido en 1984), el israelí Benjamín Netanyahu (nacido en 1949) y otros anacrónicos personajes políticos del presente (Heller, 2023), que siguen sin entender el carácter ilegítimo que ya se ha descubierto en las guerras y en la conducción política al margen de un *imperio de la ley*.

Pareciera que el *Homo sapiens* sólo será en verdad *sapiens* cuando sus sociedades se tornen satisfactoriamente democráticas y con ello haga valer a plenitud o de un modo más amplio la Regla de Oro de la Ética. Entonces le hará cabal justicia a su actual y pretenciosa denominación científica y dejará atrás lo que ha sido hasta el presente: más bien un *Homo offensus*. Como ya se consignó, el calificativo de *sapiens* es todavía aspiracional, pero no real. Lo real en este *Homo* que somos es por ahora la posibilidad de que nos convirtamos en *sapiens*.

Y la democracia liberal no es una meta a la cual tan sólo llegar para con ello cumplirla a plenitud. Se debe trabajar además de por *lograr*, por *preservar y mejorar* dicha democracia, debido a que, en rigor, somos *offensus* (Levitsky y Ziblatt, 2018: *passim*; Gershberg e Illing, 2022). Lo somos en cuanto especie autodomesticada, que ha disminuido su violencia reactiva coaligada y perfeccionado su proactiva coaligada, pero que no tiene garantizado en modo alguno el sostener en forma permanente una vida democrática.

Estamos preparados para tal existencia democrática y aún podremos estarlo más si, como lo ha dicho Richard Wrangham, nos vamos y hemos ido deshaciéndonos poco a poco los humanos, a lo largo de nuestra historia, de los individuos más violentos, con su genética contraproducente. Podemos ir siendo al paso de los siglos cada vez más democráticos, tolerantes, cooperativos y antirracistas, anticlasistas o antisexistas, si bien nuestra genética actual no garantiza que lo seamos hoy. Hemos atestigüa-

do en estos tiempos cómo la democracia liberal –electoral, constitucional y afincada en un Estado de derecho como el mejor medio para acceder a la justicia– da pasos hacia atrás en el mundo, regresando a muy grandes porciones de la humanidad a la “tiranía de los reyes” o a la weberiana dominación tradicional de los autócratas, vía dominaciones carismáticas populistas. Pero ya probamos las mieles de la ilustrada democracia liberal y será muy difícil hacerlas desaparecer para siempre, por más retrocesos que esa democracia muestre en el mundo actual.

Hasta ahora hemos superado en forma paulatina la violencia y la intolerancia mediante la cultura y sus instituciones más progresistas. La humanidad debiera persistir en ello, porque de tal suerte hará de dicha educación democrática, de aquella crianza orientada a la eusocialidad –*nurture*–, propiamente, nuestra naturaleza –*nature*–. Pero allí falta aún bastante camino por recorrer. El hoy llamado *Homo sapiens* es todavía un *offensus*, aunque cuenta con todos los elementos requeridos para tornarse en *sapiens*.

**EPÍLOGO. HACERSE *HOMO SAPIENS*  
A PARTIR DE UN PERSISTENTE *OFFENSUS***

**E**n síntesis, nuestra especie está biológicamente preparada para la democracia liberal e inclusive ella sería el tipo de gobierno que debería adoptarse y cultivarse, lo que precisará no sólo de las instituciones culturales conducentes, sino también de intervenciones directas por parte de personas decididas a entregarse a esta muy digna causa humanista.

La humanidad actual pareció adoptar por completo en décadas pasadas a la democracia y desterrar bastante rápido sus múltiples obstáculos y dificultades, pero hoy resulta claro que tal no ha sido el caso. Quizás la humanidad persista todavía en cultivar modalidades novedosas de la “tiranía de los reyes” –como los actuales regímenes populistas y las llamadas democracias iliberales–, antes de convencerse de que tiene que hacerse democrática a cabalidad y perseverar en dicha condición.

Y conviene mucho convencerse de ello, porque la llamada democracia liberal es el régimen político más coherente con personas moralmente libres, como lo son los seres humanos, integrantes de la especie denominada *Homo sapiens* –en los hechos *offensus*–, según lo ha propuesto y reivindicado este pequeño libro. Es esta democracia, a pesar de todo, el régimen más congruente con dicha libertad moral, que puede y debe hallarse protegida e impulsada por Estados democráticos que se apoyen en un imperio de la ley y que hagan valer cualesquiera clases de derechos humanos y no únicamente a éstos, sino también los de las protopersonas animales, como las que han sido consideradas en este texto: aquellas que conviven con los humanos por ser sus animales de compañía o de tra-

bajo y las que viven aún en medios naturales o, inclusive, en los zoológicos; esas protopersonas que se desenvuelven en medio de la libertad moral humana o las que lo hacen en sus respectivas sociedades, donde despliegan su libertad no moral, dándole forma a sus incontestables culturas animales.

Los humanos del presente tenemos que velar por tales sociedades animales, con sus derechos indiscutibles y su libertad amoral, preocupándonos no sólo por nosotras y nosotros los llamados *sapiens*, sino también por toda la naturaleza de la que provenimos y que abarca, desde luego, a dichas protopersonas de las que emergimos evolutivamente como una especie que se autonombró *sapiens*, porque tan sólo repararía en su compleja eusocialidad lingüística, su carácter altruista (Pfaff, 2015: *passim*) y personal y su dimensión, en rigor, *bonobesca*, pero que a la fecha es aún un *Homo offensus* porque sigue siendo aquella especie que exhibe todavía una gran disocialidad externa, sobre todo, y un lado *chimpancesco* que será preciso controlar y reducir para que devengamos en auténticos *sapiens*, con sociedades democráticas *bonobizadas* y *deschimpancizadas* de manera satisfactoria.

El que la humanidad actual o el mal llamado *Homo sapiens* estén preparados para la democracia no quiere decir que sus colectividades la busquen con decisión. Sólo significa que con una conducción adecuada por parte de gobernantes ilustrados, cultos, inteligentes y sensatos, ella se puede lograr, preservar y mejorar, así como también podrá superar sus numerosas dificultades. Han sido abundantes en la historia humana las “democracias sin demócratas” y por ello no es infrecuente hoy que ellas se malogren. Y claro que, para funcionar y ser eficaces, las sociedades democráticas necesitan de recursos económicos o de cuantiosos capitales que es obligado crear, desarrollar y distribuir en forma adecuada, a través de un capitalismo global y abierto (Norberg, 2020: *passim*), que esté bien acotado y encauzado, a la vez que estimulado y promovido por Estados democráticos y de derecho que lo entiendan y conduzcan con sensatez.

Las personas humanas y sociales de las que hablara Antonio Caso descubrieron de un modo paulatino que la economía no es un proceso de suma-cero en el que, donde unos ganan, otros deban perder por fuerza. Esto último fue lo que padecieron las protopersonas animales de las que provendría el ser humano actual. Para ellas, la naturaleza ha sido como un *gran banquete* al que se está invitado y del que puede y debe tomarse cuanto sea suficiente para cada quien, según la figura propuesta por Thomas Reid (Reid, 1990: 204-205). Con mucho esfuerzo, arrancamos de la naturaleza lo que necesitamos y eso que alguien obtuvo lo perdieron por fuerza otros individuos que no pudieron apropiárselo. El animal cazado por otro animal ya no será más la presa de otro depredador y el fruto o la baya recolectada es la que perdieron quienes llegaron después del recolector inicial.

Sin embargo, en este mismo proceso de extraer productos de la naturaleza, que ya ha posibilitado en las protopersonas animales –por no hablar de las personas humanas– un claro sentido de la equidad o de la desigualdad –según Frans de Waal– y por el que tales protopersonas se resentían mucho al constatar que otro individuo obtenga más de lo que se les da a ellas, opera lo que Antonio Caso llamaría desde 1916, en la que años más tarde fue su magna obra, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad, el principio universal de la economía*, que consiste en la obtención del máximo provecho con el mínimo esfuerzo, pues todo ser vivo y todo animal, señalaba Caso, persigue que su esfuerzo no sea jamás en vano y que esté enfocado a un máximo de provecho o de ganancia (Caso, 1916: 5).

Tal pudiera llamarse el *protocapitalismo de las protopersonas*, que en las personas humanas habría de convertirse ya en un capitalismo de las personas, al cual Max Weber consideró universal en las sociedades e hiperculturas humanas si se lo entiende, en forma apropiada, como la búsqueda de una ganancia económica mediante el intercambio pacífico y racional de lucro (Weber, 2003: 57-59).

Este capitalismo es el que permitiría a Adam Smith (1723-1790) descubrir que el trabajo *crea* riqueza y que no sólo la *extrae* de la naturaleza (Smith, 2003: 107 y ss.). En consecuencia, crear e incrementar un capital no es, necesariamente y por lo regular, quitarle bienes a otros. Una vez más, la economía de los llamados *sapiens* no es, en realidad, un proceso de suma-cero o de gana-pierde, sino que es o puede ser otro de gana y gana y ello es lo que sin duda hace falta para que tengamos sociedades prósperas, productivas y que cuenten con los medios necesarios para impulsar hiperculturas humanas que abandonen prácticas criticables y que alienten a todas sus expresiones humanistas, referentes a la ciencia, la tecnología, el arte y las humanidades en sus múltiples expresiones, dignificándonos y construyéndonos como mejores seres humanos; convirtiéndonos en *sapiens* a partir de nuestra actual condición de *offensus*.

Pero la construcción de sociedades humanas democráticas y sanamente capitalistas de auténticos *sapiens*, que ya no tanto de *offensus*, está mostrando ser un proceso mucho, muy arduo, difícil y complejo (Sebrelli, 2013). Parece ser excesivo y abrumador todo lo que heredamos los humanos actuales de cierto pasado animal, bastante defectuosamente entendido todavía, porque, cuando lo vayamos conociendo mejor, quedará tal vez en claro que a no poco de lo dicho en este breve texto ensayístico es a lo que estamos llamados los aún aspiracionales *Homo sapiens*. Y nuestra historia continúa escribiéndose. Ella comenzó mucho antes de nosotros mismos, con las sociedades y culturas de las protopersonas animales, en particular, y ojalá que la llevemos hasta buen puerto –requerido siempre de continuo mejoramiento– en los cortos y largos tiempos por venir.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS PERTINENTES

**Actos del habla:** modalidades adoptadas por el lenguaje hablado del *Homo sapiens*, o bien las formas en las que éste se manifiesta en su modo lingüístico. Según John Rogers Searle, los hay de diversos tipos, tales como asertivos, expresivos, comisivos, directivos o declarativos, siendo estos últimos, en su opinión, muy importantes.

- *Declarativos:* actos del habla humana que declaran existentes a los hechos institucionales, conformadores de la realidad sociohumana. Aquellos que pronuncia, por ejemplo, un jefe de Estado para declarar la guerra o bien pactar la paz entre su país y otro.

**Agresividad reactiva:** la respuesta violenta, inmediata e intensa de un animal ante el daño o la molestia que le produce otro. Los animales salvajes o no domesticados exhiben una vasta agresividad reactiva, en comparación con aquellos que sí están domesticados, según el primatólogo inglés Richard Wrangham.

**Agresividad proactiva coaligada:** la cultivada y planeada por un animal en contra de otro, la cual suele ser coaligada porque se despliega en grupos que procuran superar en número al o a los individuos que son objeto de ella.

**Animales:** seres vivos que no tan sólo nacen, crecen, se reproducen y mueren, sino que además perciben los objetos de su entorno, experimentan sensaciones y emociones y pueden moverse y trasladarse espacialmente.

- *Animales qué:* según el naturalista norteamericano Carl Safina, los animales que pudieran considerarse meros objetos individuales vivientes y carentes de estricta individualidad o personalidad propia,

por no ser neurológica y cerebralmente complejos. Por ejemplo, los anélidos o los insectos y pequeños crustáceos o moluscos.

- *Animales quién*: de acuerdo con Safina, los animales neurológica y cerebralmente muy complejos que manifiestan una personalidad propia. Por ejemplo, todos los mamíferos, en especial, grandes, y desde luego los grandes monos o primates antropoides.

**Antiprotagorismo**: postura filosófica contraria al protagonismo o la doctrina enseñada por Protágoras de Abdera, según la cual “el hombre –el ser humano, femenino o masculino– es la medida de todas las cosas”. Para el antiprotagorismo, en contraste, no es el ser humano, sino “la naturaleza, la medida de todas las cosas”, particularmente aquellas vivas y humanas.

**Bonobización**: el que las sociedades de los actuales seres humanos operen y se conduzcan como lo hacen en las suyas los bonobos, en especial en cuanto a su organización matriarcal y su eliminación de la violencia. En el presente sería sumamente deseable y defendible una bonobización de las sociedades humanas.

**Capitalismo**: según la acertada definición del sociólogo alemán Max Weber, cualquier acto encaminado a la búsqueda de una ganancia económica o un lucro, por medio del intercambio pacífico y racional de bienes. Apareció con el comercio y los mercados y, en opinión de Weber, está y estará presente en todas las sociedades del *Homo sapiens*.

- *Capitalismo occidental moderno o modo de producción capitalista*: a juicio de Max Weber, aquel de sello industrial y financiero, cuyo cálculo de capital es el más exacto y sofisticado de todos y que equivale a lo que el marxismo ha considerado en forma discutible un modo de producción histórico al que se arribó y del que podrá salirse en algún momento futuro de la historia humana.

**Ciencia**: tradicionalmente ha sido el conocimiento demostrable, comprobable, verificable, aunque esa concepción mueve a pensar a la ciencia como algo infalible, lo que con claridad no es el caso. Más bien es el

conocimiento en mayor medida sustentado y convincente o, tan sólo, aquello mejor que se puede decir acerca de una realidad dada en un momento dado.

- *Natural*: la ciencia sobre la realidad natural que, según el filósofo norteamericano John Rogers Searle, se limita al aspecto óptico de dicha realidad, aspecto que viene a ser el referente a lo que es, a lo que es un hecho o es real.
- *Social*: aquella que investiga la vida social que, tradicionalmente, se atribuyó sólo a los seres humanos, pero que la investigación científica reciente fue encontrando también en los demás animales que no son el humano, siempre con una perspectiva concentrada en lo óptico, o aquello que es, pero no en lo deóntico o cuanto debe ser.
- *Sociohumana*: la ciencia referente a la vida social de los homínidos y, de manera principal, a la del llamado *Homo sapiens* que, de acuerdo con John R. Searle, debiera considerar los aspectos óptico y deóntico de aquella vida. Ciencia sociohumana es lo que habitualmente se ha denominado, de un modo simplista y defectuoso, “ciencia social”.

**Civilización o vida civilizada**: la emprendida por los seres humanos al abandonar el nomadismo que mostraron cuando fueron cazadores-recolectores y que surgiría aparejada a poblaciones asentadas y a la agricultura, los Estados políticos, la religión organizada, la escritura y en general a una compleja hipercultura que lo mismo generó instituciones cuestionables como el esclavismo, el racismo o el patriarcado, que a los primeros grandes maestros de la humanidad, descubridores y promotores de la llamada Regla de Oro de la Ética.

**Coevolución genocultural**: de acuerdo con Edward O. Wilson, la evolución conjunta y articulada tanto de la naturaleza biológica y psicológica de una especie, en particular la humana, como de su cultura. En el caso de los humanos, la evolución genocultural ha implicado que la naturaleza de estos seres haga posible su hipercultura y que ésta influya a la larga sobre su biología y su psicología.

**Conocimiento:** tradicionalmente se ha considerado como toda proposición que dice cómo es en verdad aquello de lo que se habla, pero esta definición lo vincula exclusivamente con el lenguaje hablado de los seres humanos y hoy se reconoce que los animales también conocen, por lo que una caracterización más acertada sería la sugerida por el filósofo escocés Thomas Reid en el siglo XVIII, consistente en entender cuanto se percibe sensorialmente de la realidad objetiva.

**Cosa:** de acuerdo con el filósofo mexicano Antonio Caso, toda aquella entidad en el universo que, si se fragmenta en forma radical, tan sólo se convierte en otras cosas con diferentes naturaleza y funciones, aunque nada perece con ello y mucho menos resulta imposible de reponer o de sustituir con otras cosas.

**Cultura:** todo aquello –a manera de procedimientos, conocimientos o conceptos– que se descubre o ingenia en un entorno determinado y que se enseña a otros congéneres, principalmente las crías o las y los menores del grupo, y que se aprende por ellas o ellos, transmitiéndose de generación en generación e integrándose poco a poco, al paso de dichas generaciones, a la psicología y hasta a la biología de la especie que desarrolla cultura.

- *Animal:* la cultura desarrollada por todos los animales neurológica y cerebralmente muy complejos y con una muy rica vida social. Así, la cultura, que en forma tradicional se consideró exclusivamente humana, comienza por ser animal.
- *Humana o hipercultura:* la cultura desarrollada por las especies de homínidos y en especial por el llamado *Homo sapiens*, la cual se caracteriza por ser extremadamente compleja debido a la multiplicidad de códigos de signos, símbolos y reglas a que da lugar. Por consiguiente, la hipercultura humana puede generar contenidos francamente inmorales –como el racismo o la esclavitud–, aunque también una cultura humanista.

- *Humanista*: aquella cultura humana que, armonizándose con la Regla de Oro de la Ética, se presenta como la mayormente legitimada y la que más dignifica y enaltece a la naturaleza humana. No formarían parte de ella instituciones muy cuestionables como el racismo, el machismo o el esclavismo, pero sí las ciencias, la filosofía o las artes o bien aquellas formas más civilizadas de política, religión y economía.

**Deber(es)**: conducta impelida u obligada por la conciencia de los derechos de otros congéneres o de seres vivos distintos o de uno mismo, los cuales es razonable y lógico respetar. Lo debido se concibe siempre como algo que tiene qué hacerse o cumplirse, pero se comprende, en rigor, cuando se le relaciona con los derechos que hay que reconocerles a otros seres.

**Democracia liberal**: régimen político o sistema de gobierno consistente en la elección de autoridades a través de elecciones libres y equitativas, a fin de colocar en el poder a quienes obtengan el voto mayoritario y para garantizar una transición pacífica del mando. En la democracia liberal gobiernan las mayorías, pero hay un cabal respeto por las minorías, que en última instancia son los individuos humanos de ambos sexos, a fin de que puedan llegar a constituirse en mayorías, todo ello con base en normas que elabora un poder legislativo electo y aplica un poder ejecutivo asimismo electo, y que cuenta con un poder judicial designado por los anteriores, compuesto por expertos legales que velan por la coherencia que debiera existir en el marco legal de dicha democracia, el cual configura el Estado de derecho o imperio de la ley consustancial a la misma.

**Deóntico**: referente a lo que debe ser o es moralmente obligado.

**Derechos**: acciones o posibilidades legitimadas que han de ser respetadas por otros seres, en virtud de características y capacidades que poseen los seres vivos que son depositarios de esos derechos.

- *Humanos*: aquellos que les corresponden a los seres humanos, quienes son hoy todo espécimen masculino o femenino de la especie denominada *Homo sapiens*.

**Deschimpanización**: el que las sociedades de los actuales seres humanos dejen de operar y conducirse como lo hacen en las suyas los chimpancés, en especial con respecto a su organización patriarcal y su constante violencia. En el presente sería sumamente deseable y defendible una deschimpanización de las sociedades humanas.

**Disocialidad**: lo contrario de eusocialidad y etimológicamente, por el prefijo de origen griego antiguo *dis*, una mala socialidad o sociabilidad defectuosa, por ser problemática y conflictiva, que puede llegar a ser muy violenta. Muchas especies animales manifiestan disocialidad y requieren resolverla para que opere en ellas la eusocialidad. Por lo general, la disocialidad afecta a la manera en la que las colectividades animales establecen sus jerarquías de poder; en el caso de los homínidos, grandes primates antropoides como los chimpancés y los bonobos, por medio de lo que Richard Wrangham ha llamado la “tiranía de los primos” –o “las primas”–, y en el caso del actual *Homo sapiens*, a través de una “tiranía de los reyes”, mencionada igualmente por el primatólogo inglés.

- *Externa*: la disocialidad que se presenta entre colectividades de animales, sobre todo de una misma especie y, desde luego, entre los humanos, manifestándose a través de la guerra o el conflicto violento y armado o bélico.
- *Interna*: la disocialidad que se presenta en el interior de las sociedades animales, para establecer las relaciones entre sus integrantes, en lo principal, de poder. En el caso de los actuales seres humanos, la disocialidad interna se ha resuelto históricamente por medio de lo que Max Weber llamó los tipos puros o ideales de la dominación legítima, que son la tradicional primero y la legal-racional después, afec-

tadas ambas, a lo largo de la historia de la civilización humana, por lo que el sociólogo alemán denominó la dominación carismática.

**Domesticación y autodomesticación:** proceso temporal y generacional por el cual una especie animal afecta las características genéticas de otra, en los aspectos biológico y psicológico, con el fin de adaptar a esa especie a su propio ambiente o, sencillamente, a su ámbito doméstico, de donde se deriva el término “domesticación”. La autodomesticación consistiría en la modificación emprendida por una especie con el fin de adaptarse a las condiciones habituales y domésticas de otra, o bien a un ambiente diferente al que enfrentaba originalmente. Se dice, así, que el perro, más que ser domesticado por los humanos, se autodomesticó a sí mismo para vivir con los *sapiens*, o bien que los bonobos y los propios *sapiens* se autodomesticaron, diferenciándose, los primeros, de los chimpancés comunes y los segundos de otros *Homo* con los que coexistían.

**Dominación legítima:** según Max Weber, el resultado de las relaciones de poder por las que unos individuos imponen su voluntad sobre otros, con el fin de lograr su obediencia continua y permanente, lo cual es la dominación propiamente dicha. La dominación puede basarse en la fuerza, la razón o la emoción o afectividad, pero ante todo, y de acuerdo con Weber, ella busca su legitimidad, es decir, su obligatoriedad moral en virtud de la cual quien es dominado piensa y siente que su deber es obedecer y quien domina se sabe y siente con el derecho a dominar. Para Weber había tres tipos –que llamó puros o ideales– de la dominación legítima:

- *Carismática:* es la dominación que funda su legitimidad en el llamado “carisma” de las o los líderes, el cual es un conjunto de cualidades personales “que pasan por extraordinarias” entre los dominados y que hace factible la dominación de los liderazgos carismáticos.
- *Legal-racional:* la dominación que fundamenta su legitimidad en “un cosmos” de leyes racionalmente establecidas y que en el mundo

actual remite a la dominación de los gobiernos que han buscado adoptar la democracia liberal y son gobernados por autoridades electas, tales como presidentes o primeros ministros en el poder ejecutivo y representantes igualmente electos en el poder legislativo.

- *Tradicional*: la dominación que basa su legitimidad en una tradición de normas consideradas sacrosantas y válidas desde tiempos inmemoriales. En los hechos ha sido la dominación de todo tipo de monarcas, tales como reyes, emperadores, príncipes, sultanes, califas, jeques, caciques, tlatoanis, etcétera. Es la dominación que ha ocupado la mayor parte de la historia civilizada de los seres humanos y que persiste en seguir dirigiéndola con regímenes autoritarios, por cierto, aunque enfrentando la competencia reciente de la dominación legal-racional.

**Eclocalización**: ubicación de objetos, así como identificación de su distancia y hasta de su forma, mediante el eco que reciben animales que han emitido ondas sonoras, las cuales rebotan en esos objetos para generar el eco que permite la eclocalización. Es utilizada en la naturaleza por animales tales como murciélagos, delfines, orcas o cachalotes.

**Era Axial**: según el filósofo Karl Jaspers, el periodo surgido por la vida civilizada de los seres humanos, a partir del siglo VIII antes de nuestra era y para abarcar lo que se conoce, en general, como la Antigüedad, en el que aparecieron, por todos lados del mundo, grandes sabios y maestros de la humanidad, a modo de filósofos, sabios, científicos e inclusive líderes religiosos, desde Zarathustra en la antigua Persia hasta Nezahualcóyotl en el mundo americano prehispánico, pasando por figuras tales como Confucio, Aristóteles o Jesús de Nazaret.

**Esclavitud**: sometimiento de unos seres humanos a otros como si fuesen de su propiedad jurídica y anulando toda capacidad de decisión y acción en esos individuos esclavizados. En el mundo antiguo Aristóteles la llegó a considerar natural y tan sólo con la Ilustración occidental del siglo XVIII comenzaría a ser cuestionada de un modo generalizado y

paulatinamente erradicada de las culturas y sociedades humanas que han experimentado la influencia de tal Ilustración.

**Espiritualidad:** según el filósofo mexicano Antonio Caso, que en esta definición dijo seguir al pensador alemán Friedrich Nietzsche, consiste en una capacidad para concebir y actuar con base en valores, ideales o ideas de valor. Tales valores pudieran ser muy variados y mostrar una compleja jerarquía. Los humanos actuales actuamos, sin duda, a partir de valores, que suelen ser muy sofisticados, pero hoy se sabe que los animales neurológica y cerebralmente complejos también son capaces de actuar con base en valores más simples que ellos conciben y persiguen, como su comodidad o su bienestar.

**Estado:** según Max Weber, el grupo de individuos que en una sociedad y territorio determinados, ejerce con éxito el monopolio legítimo –es decir, debido o moralmente obligatorio– de la coacción física, la violencia o el uso de las armas. Los Estados políticos habrían surgido con la vida civilizada de la humanidad o de los actuales *Homo sapiens*.

- *Ciudades-Estado:* asentamientos humanos fijos que surgieron con la vida civilizada de la humanidad, desde los cuales comienzan a gobernar clases dominantes en lo político, lo religioso y lo económico, para dar lugar a los Estados políticos en la historia.

- *de derecho:* también conocido como *imperio de la ley*, es la condición por la que los múltiples aspectos de la vida social de los humanos quedan regulados mediante normas jurídicas establecidas de manera racional y garantizadas por el poder político.

**Eusocialidad:** lo contrario de disocialidad y, etimológicamente, por el prefijo de origen griego antiguo *eu*, una buena socialidad o sociabilidad cooperativa, que se expresa a través de una coordinada división del trabajo, por lo general acompañada de altruismo o de esa conducta que persigue el bien de otros individuos y no el propio. El término sería impulsado por el biólogo Edward O. Wilson, quien encontró eusocialidad en los insectos sociales y después en muchas otras especies

animales, incluidos los homínidos y el *Homo sapiens*. Con respecto a éste y las sociedades humanas la eusocialidad fue muy estudiada, a manera de una división del trabajo, por el sociólogo francés Émile Durkheim (1982).

- *Externa*: aquella posible y constatable entre sociedades de animales y del llamado *Homo sapiens*, en este último como un ideal a alcanzar mediante la Paz Perpetua, que sería concebida por primera vez en la Ilustración dieciochesca por autores como el Barón de Montesquieu (1689-1755) y, sobre todo, por Immanuel Kant.
- *Interna*: la desplegada en el interior de las sociedades animales, desde las hormigas y abejas hasta los mamíferos y los homínidos, en quienes gracias al lenguaje significador y simbolizador y la hipercultura de los denominados *sapiens*, pudo alcanzar niveles exorbitantes de desarrollo, para permitir, según Edward O. Wilson, una “conquista social de la Tierra” que ya antes habían logrado las eusociales hormigas.

**Filosofía**: reflexión e investigación sobre el significado o el sentido que puedan tener lo real y la vida, en particular, de los seres humanos; reflexión e investigación que han motivado el desarrollo de disciplinas filosóficas tales como la ontología, la metafísica, la epistemología, la ética, la estética y las filosofías de la ciencia, la historia, el derecho o la política.

**Gran escape**: tesis propuesta por el economista escocés Angus Deaton, conforme a la cual, a partir del año 1800, aproximadamente, con el desenvolvimiento del capitalismo industrial, grandes porciones demográficas de la humanidad han venido escapando de la pobreza y además del analfabetismo, la falta de educación, la desnutrición y la injusticia.

**Gran Historia**: término propuesto por el historiador David Christian para designar la historia integral y articulada del universo, desde el *Big Bang* que le dio origen hasta el desenvolvimiento y los aconteci-

mientos más relevantes y recientes de la historia del *Homo sapiens* en nuestro planeta Tierra.

**Guerra:** conflicto cargado de violencia y también armado entre seres humanos y antes de ellos, entre homínidos, como las guerras ocurridas entre chimpancés, inicialmente documentadas por la primatóloga Jane Goodall. Si bien y con gran probabilidad ya hubo guerra entre grupos nómadas de homínidos cazadores-recolectores, con la vida civilizada se perfiló como una cabal institución sociohumana, que paulatinamente ha perdido legitimidad desde el Siglo de las Luces o de la Ilustración.

**Hechos:** sucesos acaecidos en el universo, ya sea como las propias entidades en él surgidas y que lo constituyen, como entre los procesos que esas entidades propician.

- *Brutos:* según John R. Searle, los hechos que suceden en el universo con plena independencia de la acción de los modernos seres humanos. Así, la gravitación universal, la evolución de las especies vivas, la cordillera de los Himalayas y el monte Everest o los actuales océanos de la Tierra, son claros ejemplos de hechos brutos.

- *Institucionales:* aquellos creados por los integrantes de la especie *Homo sapiens*, mediante los actos declarativos de su complejo lenguaje hablado de carácter significador y simbolizador. Las propias lenguas humanas, los países, las religiones, el mercado, las monarquías o la política partidista, por ejemplo, son hechos institucionales que los humanos modernos le hemos agregado al universo, al lado de los hechos brutos ya contenidos en él.

**Hipercultura:** la peculiar y muy vasta cultura de los llamados *sapiens*, caracterizada por la creación e inmensa proliferación de códigos de muy diversa índole: lingüísticos, morales, jurídicos, religiosos, culturales, científicos, artísticos, etcétera.

**Homínidos:** cuadrúpedos mamíferos de la familia de los grandes monos o simios antropoides o bien parecidos al humano moderno, los cuales

abarcan inclusive a este último. Homínidos se consideran hoy a los orangutanes, los gorilas, los chimpancés y los bonobos, pero también a los desaparecidos australopitecos y a la totalidad de los *Homo*, desde el *habilis*, el *ergaster* o el *naledi* hasta el denominado *sapiens*.

**Homininos:** los homínidos cuya denominación taxonómico-científica incluye el término *Homo*. Entre otros, han sido homininos los *habilis*, los *ergaster*, los *naledi*, los *erectus*, los *heidelbergensis*, los *neanderthaliensis*, los denisovanos, los *antecessor* y, por supuesto, los llamados y actuales *sapiens*.

***Homo mensura*:** expresión latina utilizada para significar el apotegma formulado por Protágoras de Abdera, que señala que “el hombre –el ser humano, masculino o femenino– es la medida de todas las cosas”, y asimismo el gran lema de lo que sería el protagorismo filosófico.

***Homo offensus*:** el ser humano ofendido, indignado, resentido que aflora con facilidad entre la humanidad actual en determinadas circunstancias de desigualdad e injusticia, aunque estrictamente la condición permanente del llamado *Homo sapiens*, quien en su historia ha sido muy poco el “hombre que sabe” y más bien se ha mostrado como un “hombre que odia, que se desquita o que agrede” a sus semejantes porque piensa, con razón o sin ella, que éstos han sido injustos con él o con ella. *Homo offensus* pudiera ser así, el nombre verdadero o más apropiado para el habitualmente denominado *Homo sapiens*.

***Homo sapiens*:** denominación taxonómico-científica asignada desde los tiempos de Carl Linneo a la especie de homininos que somos los humanos actuales y que sugeriría el hecho de que somos el humano “que sabe”, aunque, en rigor, se trata de un nombre o denominación aspiracional, más que real, pues sigue conviniéndonos, en mayor medida, el término *Homo offensus*.

**Ilustración:** movimiento intelectual configurado en la llamada cultura occidental durante el siglo XVIII, el Siglo de las Luces (de la Razón), consistente en aplicar la razón humana y sus análisis a todos los campos

de la actividad humana y del saber y, particularmente, al político. La Ilustración francesa fue la más célebre de todas, pero también destacaron mucho las de otras naciones, en especial la escocesa, de la que formaría parte Thomas Reid, el gran filósofo moderno del sentido común humano.

**Impulsos naturales:** según Thomas Reid, los “principios de la acción humana” o bien aquellos resortes o impulsos que mueven a los seres humanos a actuar y desenvolverse en el mundo, procedentes de su propia naturaleza biológica y conductual. Según Reid, pudieran ser “principios mecánicos” –los instintos y los hábitos– y “principios animales” –los apetitos, deseos y afectos “benevolentes” y “malevolentes”–. Mencionados en su orden jerárquico:

- *Instintos y hábitos:* movimientos inconscientes e involuntarios que despliegan el cuerpo humano y el de otros animales o seres vivos, con el fin de resolver cierta necesidad orgánica básica. Por ejemplo, respirar, parpadear o bien los latidos del corazón. Los instintos son puramente biológicos y los hábitos son “instintos adquiridos” por la costumbre y una manera inercial de actuar, tales como el despertarse a cierta hora exacta de la mañana o el sentir hambre en momentos específicos del día.
- *Apetitos:* en los seres humanos, de acuerdo con Thomas Reid, deseos que para resolver necesidades biológicas se despiertan de cuando en cuando en aquellos seres y tan sólo se calman –para reaparecer después de un tiempo– con la consecución de cierto objeto. Ejemplos de ellos son el hambre –o apetito, de donde toman su nombre–, la sed o el deseo sexual.
- *Deseos:* asimismo en los seres humanos y según Reid, los anhelos permanentes que obligan a la obtención de alguna entidad u objeto, con el fin de que esos seres mitiguen una necesidad. Por ejemplo, los permanentes deseos de poder, de estimación y del saber.

- *Afectos*: en los seres humanos y muchos animales, en opinión de Thomas Reid, las actitudes psicológicas dirigidas no hacia objetos, sino hacia seres vivos o personas, con el fin de desearles y procurarles su bien o que “les vaya bien” o, en contraste, su mal o que “les vaya mal”. Los primeros son los afectos benevolentes, por ejemplo, el amor materno-paterno-filial, la amistad o el amor de pareja o hacia las colectividades de que se forma parte, y los segundos, los afectos malevolentes, como la rivalidad, la ira, el resentimiento o la envidia.

**Individuo**: de acuerdo con el filósofo mexicano Antonio Caso, el tipo de entidad en el universo que si se fragmenta radical o esencialmente, fallece o muere. Los individuos pertenecen al ámbito de la vida y en general son los especímenes de todas las especies vivas, animales, vegetales, etcétera, quienes no son meras cosas, sino, en rigor, individuos.

**Insectos sociales**: aquellos insectos que despliegan su vida conformando colectividades organizadas con una compleja división del trabajo y, por lo tanto, eusocialidad. Los insectos sociales por antonomasia son las hormigas, las abejas y las termitas.

**Intereses**: los objetivos de las acciones que los agentes o sujetos de las mismas estiman o juzgan que son de su conveniencia. Según Thomas Reid, los intereses son uno de los dos principios racionales de la acción humana –los otros son los deberes–, si bien, en la actualidad, puede sostenerse que no sólo los humanos actuamos por interés o con intereses, sino también muchos animales neurológica y socialmente complejos.

**Juiciosidad**: sinónimo de sensatez, razonabilidad o buen juicio. Pensar y actuar en forma juiciosa, generando juicios bien realizados a partir de las evidencias apropiadas y los principios pertinentes para juzgar, con el fin de arribar hasta juicios, sentencias o veredictos lo más correctos posibles.

**Lenguaje**: sistema de signos que permite la comunicación entre seres de una misma especie o de diferentes, aunque también la concepción o

figuración mentales de las entidades que se persigue comunicar o ser comprendidas en la comunicación.

- *Artificial*: Según Thomas Reid, aquellos sistemas de signos, llamados lenguas o idiomas, además de los múltiples códigos de comunicación ingenieros, difundidos y utilizados por los seres humanos. El denominado *Homo sapiens* los ha cultivado, sin duda alguna, pero es muy posible que hayan aparecido en otros *Homo* que lo antecedieron en la historia natural, tanto como que comiencen a manifestarse en animales cerebral y socialmente muy complejos; por ejemplo, delfines, chimpancés y bonobos.
- *Natural*: de acuerdo con Reid, los sistemas de signos generados por la propia naturaleza y presentes ya, por ejemplo, en los gestos faciales, corporales y vocales de los seres humanos, gestos que poseen cierto significado universal más allá de los idiomas y culturas y, desde luego, los sistemas presentes en las especies animales que no son la del denominado *sapiens*, pues ellas cuentan con un lenguaje, aunque no sea el hablado y artificial característico de aquel *Homo*. Hoy es claro que existe un lenguaje de los perros, los caballos, los elefantes o los cachalotes. Incluso es factible pensar en la percepción sensorial de los seres vivos como un lenguaje con el cual la naturaleza se comunica o habla a tales seres.
- *Significador*: el lenguaje no sólo significativo o dotado de signos, como todo lenguaje, sino creador o generador de signos y estructuras sintácticas significativas, como claramente lo es el humano.
- *Simbolizador*: el lenguaje no únicamente simbólico o dotado de símbolos como complejos organizados de signos, sino también generador de símbolos culturales, como con nitidez lo es el de los llamados *Homo sapiens*.

**Libertad**: la capacidad y posibilidad de tomar diferentes decisiones y de actuar con base en ellas, mostrada no sólo por el *Homo sapiens*, sino además por muchas otras especies animales en la naturaleza, de-

cisiones y acciones que, si bien una vez adoptadas, exhiben causas inequívocas de por qué fueron del modo en que fueron, muy bien pudieron haber sido distintas a las que finalmente se adoptaron.

- *Moral*: toda aquella libertad que conduce a la pregunta filosófico-moral de si lo que se ha decidido y se está haciendo es o no algo correcto, es debido o indebido o es algo bueno o malo, en virtud de que se tiene conciencia de que tales decisiones y acciones pudieran o no afectar los derechos de seres vivos relacionados con dichas acciones y decisiones. La libertad de los *sapiens* es –y tal vez las de otros *Homo* quizás ya fueron– de carácter moral, pero la de otras especies animales, sin duda alguna, no lo es.
- *No moral o amoral*: la libertad exhibida por muchos animales en la naturaleza, los cuales se mueven o pueden moverse libremente en ella o acaso en otros ambientes procurados por los seres humanos, pero que implica acciones y decisiones que carecen de una conciencia de los derechos de otros seres y, por lo tanto, están desprovistas de una conciencia del deber, de lo correcto o de lo bueno y de lo malo y carecen, así, de moralidad.

**Mamíferos**: animales vivíparos que alimentan mediante la lactancia a sus pequeñas crías –desplegada por los individuos de sexo femenino– y que, según el primatólogo Frans de Waal, desarrollan a causa de ello, mucho más que otras especies de animales en la naturaleza, lo que Thomas Reid llamara los afectos benevolentes. Jamás debe olvidarse que los grandes primates antropoides, es decir, los homínidos y también los homíninos, son mamíferos y que ello deja su huella o bien tiene enormes consecuencias en su conducta y en las sociedades de los seres humanos, posibilitando su deseable *bonobización* y su *deschimpanización*.

**Moralidad**: característica de la libertad y de la conducta humanas y propia de los *Homo* hoy autonostrados *sapiens*, que implica que lo que

ellas y ellos decidan y realicen es debido o indebido, correcto o incorrecto o bueno o malo.

**Natura mensura:** expresión latina propuesta e inspirada en la de *Homo mensura*, que intenta significar justo lo contrario de esta última y sintetizar al antiprotagorismo filosófico: la propuesta de que no es el ser humano, sino la naturaleza en su conjunto, la que puede concebirse como “la medida de todas las cosas”, tesis que es factible resumir en la expresión *Natura mensura*.

**Natural:** lo propio o correspondiente a la naturaleza.

**Naturaleza:** la porción del universo o cosmos que involucra a todos los seres o entidades vivas.

**Óntico:** cuanto se refiere a lo que es o corresponde al ser y no al deber ser, lo cual sería lo deóntico.

**Paz perpetua:** término sugerido por el filósofo ilustrado alemán Immanuel Kant en 1795 para denotar la posible desaparición de la guerra entre las sociedades humanas. Antes de Kant el concepto de *paz perpetua* fue atisbado acaso por el Barón de Montesquieu hacia 1748 –en su célebre libro, *Del espíritu de las leyes*– y en la era contemporánea pueden hallarse sus ecos en la célebre canción del *beatle* John Lennon, intitulada *Imagine*, dada a conocer en 1971.

**Persona:** según Antonio Caso, el tipo de entidad en el universo que si se fragmenta o desintegra de manera radical o esencial, deja un hueco irresoluble en ese universo; uno imposible de llenar o de suplir. Ser persona es ser insustituible, concluyó el filósofo mexicano.

- *Divina:* desde luego, la persona de Dios, que en caso de existir sería la más perfecta de todas, a juicio de Antonio Caso.
- *Humana:* la persona que viene a ser todo ser humano o cualquier espécimen de la especie *Homo sapiens*. De acuerdo con Caso, todo ser o individuo humano es persona y tiene los cuatro rasgos ontológicos de la inteligencia, la espiritualidad, la libertad y la moralidad.

- *Social o colectiva*: aquella que existe en toda sociedad de seres humanos, debido a que estos seres, que la constituyen, son personas. Es la persona menos valiosa o importante de todas, según Caso.

**Primates antropoides**: grandes monos o simios con semejanza a los humanos modernos, identificada desde antiguo y que en el siglo XIX le sugeriría a Darwin que tenemos con ellos un antepasado común. Hoy se clasifican como homínidos o de la familia *Hominidae*, a la que también pertenecen los homínidos y el autodenominado *Homo sapiens*.

**Progreso**: según Steven Pinker, el mejoramiento histórico de la especie humana en todas aquellas áreas que son de su genuino interés, referentes a la duración y la calidad de su vida. De acuerdo con este autor, ha habido progreso en materia de salud, de educación –incluyendo al progreso científico y artístico– e, inclusive, de moralidad y política, puesto que los llamados *sapiens* se han civilizado, humanizado y democratizado en clara comparación con el pasado de su especie.

**Protocapitalismo**: actitud vigente en la vida económica de todas las especies animales, marcada por lo que el filósofo mexicano Antonio Caso denominó la ley económica universal: la búsqueda del máximo provecho con el mínimo esfuerzo. Ello es lo que persigue la totalidad de los seres vivos en la naturaleza y en particular los animales, propiciando de ese modo al capitalismo, como lo entendería el sociólogo alemán Max Weber.

**Protoindividuos**: con base en la clasificación tripartita de Antonio Caso, referente a las entidades en el universo –cosas, individuos y personas–, los protoindividuos, semiindividuos o individuos incipientes son aquellas entidades “a medio camino” entre las cosas inertes y los individuos orgánicos, a manera de cosas muy complejas que cobran vida en contacto con otras cosas o con otros seres vivos. Por ejemplo, los virus hoy identificados y estudiados por la ciencia.

**Protopersonas**: con base en la clasificación tripartita de Antonio Caso, referente a las entidades en el universo –cosas, individuos y personas–,

las proto- o semipersonas o personas incipientes son las entidades “a medio camino” también entre los individuos y las personas. Es decir, individuos en extremo complejos que comienzan a ser personas por contar con algunas de sus características ontológicas; en concreto, la razón o inteligencia, una espiritualidad asimismo incipiente y la libertad, pero no la moralidad. Pudieran ser protopersonas los animales cerebral y socialmente muy complejos; por ejemplo, los grandes mamíferos terrestres y marinos y los homínidos considerados en este libro. Lo más probable es que se haya pasado de las protopersonas a las personas en algún punto de la evolución de los *Homo*.

**Protogorismo:** postura filosófica promovida por el retórico de la Antigüedad, Protágoras de Abdera, condensada en su célebre filosofema que propone que “el hombre –o el ser humano, masculino o femenino– es la medida de todas las cosas”. Aludido en la expresión latina *Homo mensura*, el protogorismo contempla la totalidad del universo en función de los actuales seres humanos, llegando, incluso, al extremo de suponer que la realidad es tal si y sólo si nosotros la pensamos, como lo han sugerido las múltiples modalidades del idealismo epistemológico.

**Realidad institucional de hechos institucionales:** según John R. Searle, la creada por el complejo lenguaje hablado, significador y simbolizador de los modernos seres humanos, mediante sus actos del habla declarativos, la cual se agrega al universo físico y material de los hechos brutos. Esta realidad institucional posee no sólo características o capacidades ónticas, como los hechos brutos, sino además características o capacidades deónticas referentes al asunto de si ellas deben ser o no y si deben serlo o no del modo en que son.

**Regla de Oro de la Ética:** nombrado así por la tradición protestante anglicana del siglo XVII, el principio moral que pide no hacerles a los demás lo que se consideraría injusto o inadecuado –o bien lo que no nos agradaría– que nos hicieran a nosotros en las mismas circunstancias.

Esta regla fue descubierta y afirmada de distintas maneras durante la Era Axial de que hablara Karl Jaspers, por los primeros grandes maestros de la humanidad. Thomas Reid la consideró el más relevante de los primeros principios de un humano sentido común moral e Immanuel Kant la enunció de un modo agudo y profundo con su célebre “imperativo categórico”, que propone que “debemos actuar siempre de un modo tal que la máxima de nuestra conducta pueda ser una ley universal de la naturaleza”.

**Sensatez:** De acuerdo con Thomas Reid, la capacidad de ser juiciosos o razonables, mediante juicios que busquen entender la realidad o servir de apoyo para actuar en ella y que estén fundados en las evidencias adecuadas –de tipo empírico o perceptual, memorístico o racional– y en los principios adecuados para juzgar, los cuales requieren incluir a los primeros principios del sentido común.

**Sentido común:** la estructura mental propia de cada especie animal, incluida la actual humana, que es posible articular y formular en lo que Thomas Reid llamó los primeros principios del sentido común; es decir, principios evidentes de suyo, que no tienen lógicamente a otros por encima de ellos y cuya negación resulta absurda. Por ejemplo, “es posible distinguir a la verdad del error”, “cuanto percibimos o recordamos con plena conciencia y claridad existe o existió en realidad”, “todo tiene una causa que lo haya producido”, “la totalidad siempre es mayor a las partes”, “no debemos hacer a otros lo que consideraríamos injusto que nos hicieran a nosotros en las mismas circunstancias”, etcétera.

**Social:** referente a las interacciones entre los individuos de las múltiples especies animales, incluyendo a la de los autonostrados *Homo sapiens*.

**Sociobiología:** Según Edward O. Wilson, el estudio de la vida social de las especies animales, haciendo a un lado la de los actuales seres humanos. La vida social investigada por la sociobiología o sociología

llamada animal abarcaría únicamente su dimensión o aspecto óntico, pero no una inexistente dimensión deóntica, que tan sólo se presenta en la vida social humana, conforme a lo propuesto por John Rogers Searle.

**Sociohumano:** referente a lo social entre los seres humanos, que en esencia es deóntico además de óntico, de acuerdo con John R. Searle.

**Sociedad:** conjunto articulado de las interacciones sociales y los procesos que ellas suscitan, ámbito en el que es muy importante la eusocialidad y en algunas especies de animales cerebral y socialmente muy complejos, asimismo, la disocialidad.

- *Animal:* la sociedad apreciable en muchas especies de animales.

- *Humana:* la conformada por los seres humanos, del tipo *Homo* que en la historia natural reciente es tan sólo la de los *sapiens*.

**Sociología:** estudio científico de la vida y las estructuras y procesos sociales de los animales, incluido el actual autonombrado *Homo sapiens*.

- *Animal o sociobiología:* aquella abocada al conocimiento de las sociedades animales que no son el humano, conocimiento que se centra en su exclusivo aspecto óntico. Edward O. Wilson la denominó sociobiología en los años setenta del siglo xx.

- *Humana o sociología habitualmente considerada:* aquella abocada al estricto conocimiento de las sociedades humanas y de sus estructuras y sus procesos, iniciada en el siglo xix y con autores clásicos que aparecieron a la vuelta del siglo xx, así como contemporáneos muy activos en el presente. A principios del siglo xxi John Rogers Searle llamó la atención sobre el hecho de que la sociología requiere tomar en cuenta no sólo el aspecto óntico de las sociedades humanas, sino además el deóntico.

**Tiranía de los primos:** en los textos del primatólogo inglés Richard Wrangham, la autoridad o el poder de los aliados del macho alfa entre los chimpancés, o la de las aliadas de la hembra dominante en los grupos de bonobos, por ser éste un dominio absoluto que despliegan,

finalmente, individuos o protopersonas mayor o menormente emparentadas entre sí, dada su calidad de hermanas o hermanos, o primas o primos en diferente grado.

**Tiranía de los reyes:** según Richard Wrangham, la expresión o transposición de la tiranía de los primos o primas en las sociedades humanas que alcanzaron una vida civilizada. Se trata de aquel poder, en no pocas ocasiones legítimo, que Max Weber denominó la dominación legítima tradicional y que prácticamente ha sido generalizado en la política de los seres humanos de la especie *Homo sapiens*, hasta siglos recientes y que tiene todavía mucha fuerza y presencia en la actualidad.

**Vida:** capacidad que exhiben ciertas entidades complejas en el universo para modificarse a sí mismas y por sí mismas, en un ciclo que incluye nacimiento, reproducción y muerte o también el que pudiera involucrar infancia, juventud, madurez y senectud.

**Violencia:** alteración de un estado equilibrado de elementos en un organismo, de manera muy energética e intensa y recurriendo material o figuradamente a la fuerza o la coacción física, acompañada muchas veces de una actitud agresiva hacia otros organismos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abrams, Nancy Ellen (2015), *A God That Could Be Real. Spirituality, Science and The Future of Our Planet*, Beacon Press, s.l.e., ed. para Kindle.
- Aristóteles (1973a), *Metafísica*, trad. de Patricio de Azcárate, Porrúa, México.
- \_\_\_\_\_ (1973b), *Política*, trad. de Patricio de Azcárate, Porrúa, México.
- BBC (2022), “El multimillonario plan para revivir al tigre de Tasmania, extinguido hace 86 años”, en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-62575623>.
- Boyd, Robert *et al.* (2018), *A Different Kind of Animal. How Culture Transformed Our Species*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, Reino Unido.
- Caso, Antonio (1916), *La existencia como economía y como caridad*, Librería de Porrúa Hermanos, México.
- \_\_\_\_\_ (1972) [1943], “La existencia como economía, como desinterés y como caridad”, en *Obras completas*, vol. III, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- \_\_\_\_\_ (1985) [1933], *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores*, en *Obras completas*, vol. X, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- \_\_\_\_\_ (2017) [1941], “VII. La persona y el Estado”, en *La persona humana y el Estado totalitario*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Christian, David (2018), *Origin Story. A Big History of Everything*, Little Brown Spark, Nueva York, Boston y Londres.
- Coetzee, J. M. (2003), *Las vidas de los animales*, trad. de Miguel Martínez-Lage, Grijalbo, México.

- Damasio, Antonio (2018), *The Strange Order of Things. Life, Feeling, and the Making of Cultures*, Vintage Books, Nueva York.
- Darwin, Charles (1998) [1859], *The Origin of Species*, Wordsworth Classics of World Literature, Hertfordshire, Reino Unido.
- (2011) [1871], *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, s.e., s.l.e., ed. para Kindle.
- (2023) [1872], *The Expression of the Emotions in Man and Animals*, ed. para Kindle a partir de D. Appleton and Co., Nueva York.
- Dawkins, Richard (2006), *The Selfish Gene*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York.
- (2009), *The Greatest Show on Earth. The Evidence for Evolution*, Black Swan, Londres.
- Durkheim, Emile (1982) [1893], *De la división del trabajo social*, trad. de Carlos G. Posada, Akal Editor, Madrid.
- (2012) [1912], *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*, trad. de Jesús Héctor Ruiz Rivas, ed. crítica de Héctor Vera, Jorge Galindo y Juan Pablo Vázquez Gutiérrez, Fondo de Cultura Económica, México.
- Graeber, David y David Wengrow (2021), *The Dawn of Everything. A New History of Humanity*, Penguin Books, Nueva York.
- Gershberg, Zac y Sean Illing (2022), *The Paradox of Democracy. Free Speech, Open Media and Perilous Persuasion*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- Guillaumin, Godfrey (2022), *Del arte de la aceptación al arte del control. Dewey y la primera lógica de la investigación científica*, Universidad Autónoma Metropolitana/Gedisa, México.
- Harari, Yuval Noah (2015), *Sapiens: A Brief History of Humankind*, Harper Collins Publishers, Nueva York.
- Hare, Brian y Vanessa Woods (2020), *Survival of the Friendliest. Understanding Our Origins and Rediscovering Our Common Humanity*, Random House, Nueva York, ed. para Kindle.

## BIBLIOGRAFÍA

- Heller, Claude (2023), “Desafíos e incertidumbres en el mundo en 2024”, en *Reforma*, Primera Sección, Revista R, México, pp. 13-14.
- Hernández Prado, José (2013), *Breve introducción al pensamiento de Reid*, Universidad Autónoma Metropolitana, 1ª. reimpresión, México.
- \_\_\_\_ (2014), *La realidad social humana. Diálogos imaginarios con base en John Rogers Searle y Thomas Reid*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- \_\_\_\_ (2016), *Epistemología y sentido común*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- \_\_\_\_ (2021), *Homo offensus. Un estudio sobre la disocialidad entre los seres humanos*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- \_\_\_\_ (2022a), “Cultura animal, humana y humanista”, en *Diálogos sobre la cultura: Irlanda y México*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 17-45.
- \_\_\_\_ (2022b), “Libertad moral y libertad no moral. Los orígenes animales de la libertad humana”, en *Intersticios. Filosofía, arte, religión*, año 26, núm. 56, enero-junio, pp. 47-62.
- \_\_\_\_ (2022c), “¿Qué tan alta es la alta cultura? Cultura humanística, artística, científica y filosófica”, en *CienciAcierta*, núm. 72, octubre-diciembre, pp. 185-200.
- \_\_\_\_ (2022d), “Thomas Reid y la percepción humana y animal”, en *Metafísica y persona. Filosofía, conocimiento y vida*, año 14, núm. 28, julio-diciembre, pp. 41-60.
- \_\_\_\_ (2022e), “Antiprotagonismo, coevolución genocultural y sociología”, en *Anduli. Revista andaluza de ciencias sociales*, núm. 22, pp. 87-101.
- Jones, Steve (2011), *The Darwin Archipelago*, Yale University Press, New Haven.
- Kant, Immanuel (1980) [1795], *La paz perpetua*, trad. de F. Rivera Pastor, Porrúa, México.

- Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt (2018), *How Democracies Die*, Broadway Books, Nueva York.
- Mead, George Herbert (1967) [1934], *Mind, Self, and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- Naím, Moisés (2021) *La revancha de los poderosos. Cómo los autócratas están reinventando la política en el siglo XXI*, trad. de María Luisa Rodríguez Tapia, Debate, México.
- Norberg, Johan (2020), *Open. How Collaboration and Curiosity Shaped Humankind*, Atlantic Books, Londres.
- Pfaff, Donald W. (2015), *The Altruistic Brain. How We Are Naturally Good*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York.
- Pinker, Steven (2002), *The Blank Slate. The Modern Denial of Human Nature*, Viking-Penguin, Nueva York.
- (2011), *The Better Angels of Our Nature. Why Violence Has Declined*, Penguin Books, Nueva York.
- (2018), *Enlightenment Now. The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress*, Viking-Penguin, Nueva York.
- (2021), *Rationality. What It Is, Why It Seems Scarce, Why It Matters*, Viking-Penguin, Nueva York.
- Reid, Thomas (1990). *Practical Ethics, Being Lectures and Papers on Natural Religion, Self-Government, Natural Jurisprudence, and the Law of Nations*, ed., introd. y comentarios de Knud Haakonssen, Princeton University Press, Nueva York.
- (1997) [1764], *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense. A Critical Edition*, ed. por Derek R. Brookes, Edinburgh University Press, Edimburgo.
- (2002) [1785], *Essays on the Intellectual Powers of Man. A Critical Edition*, ed. por Derek R. Brookes, The Pennsylvania State University Press, Pensilvania.

- (2010) [1788], *Essays on the Active Powers of Man*, ed. por Knud Haakonssen y James A. Harris, The Pennsylvania State University Press, University Park, Pensilvania.
- Richerson, Peter J. y Robert Boyd (2005), *Not by Genes Alone. How Culture Transformed Human Evolution*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- Rickert, Heinrich (1965) [1910], *Ciencia cultural y ciencia natural*, trad. de Manuel García Morente, Espasa Calpe, Madrid.
- Ritzer, George y Douglas J. Goodman (2004), *Modern Sociological Theory*, McGraw-Hill, Nueva York.
- Safina, Carl (2015), *Beyond Words. What Animals Think and Feel*, Henry Holt and Company, Nueva York.
- (2020) *Becoming Wild. How Animal Cultures Raise Families, Create Beauty, and Achieve Peace*, Picador, Nueva York.
- Searle, John R. (1995), *The Construction of Social Reality*, The Free Press, Nueva York.
- (2004), *Freedom and Neurobiology. Reflections on Free Will, Language and Political Power*, Columbia University Press, Nueva York.
- (2010), *Making the Social World. The Structure of Human Civilization*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York.
- (2015), *Seeing Things as They Are. A Theory of Perception*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York.
- Sebrelli, Juan José (2013), *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*. Random House Mondadori, Buenos Aires.
- Smith, Adam (2003), *The Wealth of Nations*, ed. por Edwin Cannan y con una introd. de Alan B. Kroeger, Bantham Classics, Nueva York [1776].
- Tolkien, J.R.R. (2023), *The Letters of J.R.R. Tolkien*, ed. por Humphrey Carpenter. HarperCollins Publishers, Londres.
- Tomasello, Michael (2014), *A Natural History of Human Thinking*. Harvard University Press, Cambridge, Mass. y Londres.

- Tyson, Neil de Grasse y Donald Goldsmith (2022), *Orígenes. Catorce mil millones de años de evolución cósmica*, trad. de Joan Soler Chic, Ediciones Culturales Paidós, México.
- Vieyra Bahena, Pedro José y José Hernández Prado (2024), “La individualización humana y sus bases en la individualización animal”, en *Figuras. Revista Académica de Investigación*, vol. 5, núm. 3, julio-octubre de 2024, pp. 78-102.
- Waal, Frans de (2006), *Primates and Philosophers. How Morality Evolved*, Princeton University Press, Princeton.
- \_\_\_\_\_ (2014), *The Bonobo and the Atheist. In Search of Humanism Among the Primates*, W. W. Norton, Nueva York y Londres.
- \_\_\_\_\_ (2019), *El último abrazo. Las emociones de los animales y lo que nos cuentan de nosotros*, trad. de Ambrosio García Leal, Tusquets, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2022), *Diferentes. Lo que los primates nos enseñan sobre el género*, trad. de Ambrosio García Leal, Tusquets, Barcelona.
- Weber, Max (2003) [1905], *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, introd. y ed. crítica de Francisco Gil Villegas M., trad. de Luis Legaz Lacmbra, Fondo de Cultura Económica, México.
- \_\_\_\_\_ (2014) [1922], *Economía y sociedad*, nueva edición revisada, comentada y anotada por Francisco Gil Villegas M., Fondo de Cultura Económica, México.
- Wikipedia (2024), *Gorilla*, en <https://es.wikipedia.org/wiki/Gorilla>
- Wilson, Edward O. (1998), *Consilience. The Unity of Knowledge*, Vintage Books, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (2000), *Sociobiology. The New Synthesis. 25th Anniversary Edition*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass. y Londres.
- \_\_\_\_\_ (2004), *On Human Nature. With a New Preface*, Harvard University Press, Cambridge, Mass. y Londres.

## BIBLIOGRAFÍA

- \_\_\_\_\_ (2012), *The Social Conquest of Earth*, Liveright, Nueva York y Londres.
- \_\_\_\_\_ (2017), *The Origins of Creativity*, Liveright, Nueva York y Londres.
- \_\_\_\_\_ (2019), *Genesis. The Deep Origin of Societies*, Liveright, Nueva York y Londres.
- Wolf, Maryanne (2008), *Cómo aprendemos a leer. Historia y ciencia del cerebro y la lectura*, trad. de Martín Rodríguez-Courel, Ediciones B, Barcelona.
- WWF (World Wildlife Fund) (2024), *Gorila*, en <https://www.worldwildlife.org/descubre-wwf/historias/gorila>
- Wrangham, Richard (2019), *The Goodness Paradox: How Evolution Made Us Both More and Less Violent*, Profile Books, Londres.
- Zamora Bonilla, Jesús (2021), *Contra Apocalípticos. Ecologismo, Animalismo, Posthumanismo*, Shackleton Books, s. l.



## ÍNDICE DE IMÁGENES

1. Hormigas. Foto: Aleksander Polanowski,  
<https://pixabay.com/es/photos/hormigas-insectos-animales-macro-7905074/> 26
2. Abejas. Foto: PollyDot,  
<https://pixabay.com/es/photos/abejas-insectos-macro-292133/> 27
3. Edward Osborne Wilson. Foto: Jim Harrison,  
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Plos\\_wilson.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Plos_wilson.jpg) 29
4. Elefantes africanos. Foto: Michael Siebert,  
<https://pixabay.com/es/photos/elefantes-reba%C3%B1o-familia-ternero-2923917/> 36
5. Carl Safina. Foto: Michael J. Lutch  
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Carl\\_Safina.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Carl_Safina.jpg). 41
6. Lobos. Foto: Larry Clark,  
<https://pixabay.com/es/illustrations/ai-generado-lobos-paquete-bosque-7964753/> 43
7. Orcas. Foto: ia,  
<https://chatgpt.com/c/67f4882f-cd00-8000-a512-038237f62f1a> 51
8. Cachalotes. Foto: ia,  
<https://chatgpt.com/share/67f4869c-22bc-8000-8364-3e38f7de5687> 55

9. Gorilas. Foto: Dušan,  
<https://pixabay.com/es/photos/los-gorilas-pocos-primates-4205770/> 61
10. Chimpancés. Foto: ia,  
<https://chatgpt.com/c/67feeadb-a980-8000-8173-fd543b2294c3> 64
11. Bonobos. Foto: tsauquet,  
<https://pixabay.com/es/photos/bonobo-primate-mono-lola-ya-bonobo-2139552/> 64
12. Thomas Reid. Foto: por el retratista Sir Henry Raeburn. 1796.  
National Trust for Scotland, Fyvie Castle, Aberdeenshire, UK  
<https://en.m.wikipedia.org/wiki/File:ThomasReid.jpg> 86
13. John Rogers Searle en la Facultad de Christ Church, Oxford.  
Foto: Matthew Breindel,  
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:John\\_searle2.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:John_searle2.jpg) 103
14. Antonio Caso. Foto: Estudio Ramos 111
15. Frans de Waal. Foto: Catherine Marin,  
[https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/64/Frans\\_de\\_Waal.jpg](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/64/Frans_de_Waal.jpg) 121
16. Richard Wrangham en Gibraltar, 2012. Foto:  
[https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/08/Richard\\_Wrangham.jpg](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/08/Richard_Wrangham.jpg) 123
17. Steven Pinker. Foto: Christopher Michel,  
[https://es.wikipedia.org/wiki/Steven\\_Pinker#/media/Archivo:Steven\\_Pinker\\_in\\_2023.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Steven_Pinker#/media/Archivo:Steven_Pinker_in_2023.jpg) 126

*Natura mensura. De las sociedades y culturas animales*  
*a las humanistas* terminó de imprimirse el 7 de julio de 2025  
en los talleres de DVD Print, Calle 3 núm. 180,  
col. Agrícola Pantitlán, alcaldía Iztacalco,  
03100 Ciudad de México.  
Se tiraron 400 ejemplares.



José Hernández Prado (Ciudad de México, 1956) ha sido profesor-investigador titular de tiempo completo en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, además de profesor en la Escuela de Filosofía de la Universidad Panamericana y en el Colegio de Defensa Nacional. Ha estudiado y recuperado para el medio humanístico y científico-social hispanohablante los pensamientos filosóficos de Thomas Reid, José María Vigil, Antonio Caso, John R. Searle y Edward O. Wilson. Entre sus libros de autoría individual más relevantes figuran *Breve introducción al pensamiento de Reid* (2010 y 2013), *La realidad social humana. Diálogos imaginarios con base en Thomas Reid y John Rogers Searle* (2016) y *Homo offensus. Un ensayo sobre la disociación entre los seres humanos* (2021).

Muchas especies animales no sólo se conducen y conviven, al interior de sus colectividades, apoyándose en los llamados instintos, sino además dando lugar a conductas ingenias y desarrolladas en muy diversos hábitats, que son enseñadas por ellas a sus descendientes y aprendidas por éstos. Es muy válido hablar hoy de *culturas animales*, debido a que no todo lo que hacen los animales en la Naturaleza es por completo instintivo y, para sobrevivir, deben aprender a hacer muchas cosas, que conllevan elementos culturales. Urge establecer la relación que existe entre la *cultura animal*, la *humana* y la *humanista* y comprender que lo que suele denominarse *cultura*, comienza por ser animal, continúa o se prolonga siendo humana y termina como la que sería factible calificar de cultura humanista, porque construye moral y civilizatoriamente a los seres humanos.

En la actualidad se ha insistido mucho en la necesidad de impulsar un *antiprotagorismo* que reivindique la tesis de que no somos los humanos “la medida de todas las cosas”. En contraste, es la totalidad de las cosas –especialmente las dotadas de vida– la medida de cuanto llamamos humano. Ya no es sostenible el principio del *Homo mensura*, sino, por el contrario, el que propone la *Natura mensura*, o bien a la Naturaleza como medida de lo que es humano y que proviene de aquélla. Hoy pudiera afirmarse, en lengua latina, *Natura omnium rerum mensura est*.